

ISSN: 0124-4841

ARQUEOLOGÍA  
DEL  
ÁREA INTERMEDIA

---

No. 4 Año 2002

INSTITUTO COLOMBIANO DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA  
SOCIEDAD COLOMBIANA DE ARQUEOLOGÍA



**ARQUEOLOGÍA  
DEL ÁREA  
INTERMEDIA**

---

No. 4 AÑO 2002

INSTITUTO COLOMBIANO DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA  
SOCIEDAD COLOMBIANA DE ARQUEOLOGÍA

**Revista de Arqueología del Área Intermedia. N° 4 Año 2002**

**Editores**

Víctor González Fernández (Instituto Colombiano de Antropología e Historia)  
Cristóbal Gnecco Valencia (Departamento de Antropología, Universidad del Cauca)

**Asesores**

Tamara L. Bray (Department of Anthropology, Wayne State University)  
L. Antonio Curet (Department of Anthropology, The Field Museum)  
Robert Drennan (Department of Anthropology, University of Pittsburgh)  
Oscar Fonseca (Departamento de Antropología, Universidad de Costa Rica)  
Arturo Jaimes (Escuela de Comunicación Social, Universidad de Venezuela)  
Carl Langebaek (Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de los Andes)  
Santiago Mora (Department of Archaeology, St. Thomas University)  
Eduardo Góes Neves (Museu de Arqueologia e Ethnologia, Universidade de São Paulo)  
Dolores Piperno (Smithsonian Tropical Research Institute, Panamá)  
Ernesto Salazar (Museo Jacinto Jijón y Caamaño, Pontificia Universidad Católica del Ecuador)

**Asistente Editorial**

Claudia Marcela Vanegas Durán

**Diagramación e Impresión**

Imprenta Nacional de Colombia

---

© Instituto Colombiano de Antropología e Historia

**María Victoria Uribe Alarcón**, Directora

**Víctor González Fernández**, Coordinador del Grupo de Arqueología y Patrimonio

**Nicolás Morales Thomas**, Jefe de Proyectos Editoriales

Calle 12 N° 2-41, Bogotá/Colombia. Teléfonos (571) 5619896- 3410761

Fax 5619600. Correo electrónico: [vgonzalez@mincultura.gov.co](mailto:vgonzalez@mincultura.gov.co)

---

© Sociedad Colombiana de Arqueología

**Luis Gonzalo Jaramillo**, Presidente

**Carlo Emilio Piazzini**, Vicepresidente

**Carlos Armando Rodríguez**, Secretario

**Martha Cano**, Vocal

**Cesar Velandia**, Tesorero

Departamento de Antropología y Sociología Universidad de Caldas, Manizales

Correo electrónico [jaramillo\\_gonzalo@hotmail.com](mailto:jaramillo_gonzalo@hotmail.com)

---

La Revista de Arqueología del Área Intermedia es editada por la Sociedad Colombiana de Arqueología y el Instituto Colombiano de Antropología e Historia. Su objetivo es convertirse en un espacio público para el intercambio de información arqueológica básica sobre el área comprendida entre Ecuador y Costa Rica, incluyendo la región Caribe y la cuenca del Amazonas. Tiene el triple propósito de llenar un vacío de publicaciones temáticas en la región, de propiciar diálogos académicos transnacionales y de estimular una concepción dinámica de los procesos históricos que obvie las barreras imaginarias impuestas por las fronteras geográficas actuales. Las ideas aquí publicadas son responsabilidad de los autores y no necesariamente reflejan la opinión de los editores, del Instituto o de la Sociedad.

---

Versión electrónica: <http://www.icanh.gov.co/raai.html>



El trabajo intelectual contenido en esta obra se encuentra protegido por una licencia de Creative Commons del tipo "Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional". Para conocer en detalle los usos permitidos consulte el sitio web <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

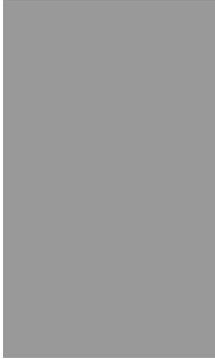
# Contenido

|  |   |     |
|--|---|-----|
| Editorial  |   | 9   |
| <b>Artículos</b>   |   |     |
| Karen Olsen Bruhns   | Vestimentas en el Ecuador precolombino  | 11  |
| Augusto Oyuela-Caycedo   | El surgimiento de la rutinización religiosa: La conformación de la elite sacerdotal Tairona-Kogi.   | 45  |
| Alberta Zucchi y Rafael Gassón.  | Elementos para una interpretación alternativa de los circuitos de intercambio indígena en los Llanos de Venezuela y Colombia durante los siglos XVI-XVIII   | 65  |
| Francisco Javier   | Interacciones fitoculturales en el Cauca Medio durante el Holoceno Temprano y Medio   | 89  |
| Juan Ricardo Aparicio Aceituno Bocanegra   | La búsqueda de un nuevo consumidor del conocimiento arqueológico: El caso de los textos escolares   | 115 |
| Wilhelm Londoño  | La poética de los tiestos: El sentido de la cultura material prehispánica en una comunidad Nasa   | 137 |
| <b>Reseñas</b>   |   |     |
| Robert D. Drennan et al.   | Las sociedades prehispánicas del Alto Magdalena ICANH. 2000. Reseñado por Héctor Llanos Vargas  | 159 |
| Carl Langebaek y Alejandro Dever   | Ultimas noticias del viejo Formativo: Arqueología en el Bajo Magdalena: Un estudio de los primeros agricultores del Caribe Colombiano. ICANH-UNIANDES 2000. Reseñado por Miguel Angel Mackenzie y Franz Flórez. | 163 |
| Carl Henrik Langebaek, Emilio Piazzini, Alejandro Dever e Iván Espinosa.           | Arqueología y guerra en el valle de Aburrá: Estudio de cambios sociales en una región del noroccidente de Colombia.UNIANDES, STRATA, IFEA y BANCO POPULAR. 2002. Reseñado por Sofía Botero Páez                 | 173 |
| Monika Therrien, Elena Uprimny, Jimena Lobo Guerrero, Felipe Gaitán, Marta Fandiño | Catálogo de cerámica colonial y republicana de la Nueva Granada: Producción local y materiales foráneos (Costa Caribe, Altiplano Cundiboyacense-Colombia-)  |     |
| María Fernanda Salamanca,  | Reseñado por Sonia Archila.   | 179 |



# Contents

|   |  |     |
|---|--|-----|
| Editorial   |  | 9   |
| Articles  |  |     |
| Karen Olsen Bruhns  | Clothing in Pre-Columbian Ecuador  | 11  |
| Augusto Oyuela-Caycedo  | Development of religious rutinization: The formation of the Tairona-Kogi priestly elite  | 45  |
| Alberta Zucchi y Rafael Gassón.   | Elements for an alternative interpretation of indigenous exchange networks in the Venezuelan and Colombian Llanos during the 16th to 18th centuries.   | 65  |
| Francisco Javier Aceituno   | Phito-cultural Interactions in the Cauca Medio during Early and Middle Holocene  | 89  |
| Juan Ricardo Aparicio   | The search for a new consumer of archaeological knowledge: The case of school texts  | 115 |
| Wilhelm Londoño   | The poetics of sherds: The meaning of material pre-hispanic culture in a Nasa community  | 137 |
| Book Reviews  |  | 159 |
| Robert D. Drennan <i>et al.</i>   | The pre-hispanic societies of the alto Magdalena. ICANH, 2002<br>Reviewed by Héctor Llanos Vargas  | 159 |
| Carl Langebaek y Alejandro Dever.   | Last news. of old formative: Archaeology in the bajo Magdalena: A study of the first agriculturalists in the Colombian Caribe ICANH<br>Reviewed by Miguel Angel Mackenzie y Franz Flórez.                        | 163 |
| Carl Langebaek, Emilio Piazzini, Alejandro Dever e Iván Espinosa.                                       | Archaeology and warfare in the Aburrá Valley : Study of social changes in a region of Colombias<br>Nortwest. Uniandes, Strata, Ifea, Banco Popular, Uniandes 2002<br>Reviewed by Sofía Botero Páez               | 173 |
| Monika Therrien, Jimena Lobo Guerrero, María F. Salamanca, Felipe Gaitán, Marta Fandiño. Elena Uprimny, | Catalog of Colonial and Republican Ceramics in the Nueva Granada: Local production and foreign materials (Caribbean coast, Cundinamarca-Boyacá high plateau- Colombia). FIAN, 2002.<br>Reviewed by Sonia Archila | 179 |



# Editorial

Con mucha satisfacción presentamos el cuarto número de la revista Arqueología del Área Intermedia. A pesar de que el presupuesto de inversión para la arqueología sigue disminuyendo cada año a ritmos acelerados en nuestros países la revista se ha consolidado como una de las pocas publicaciones periódicas dedicadas a la arqueología de la región. Aunque la revista existe debido a la colaboración de autores, evaluadores y asesores académicos también queremos resaltar el trabajo persistente y paciente de un grupo de personas que participan en los proyectos editoriales del ICANH y que, coordinados por Nicolás Morales Thomas, se encargan de la producción y distribución de la revista; agradecemos, además, a los abogados, correctores de estilo, diagramadores, impresores, contadores, vendedores y digitadores del ICANH su valiosa y oportuna colaboración. El Comité Editorial del ICANH y las directivas de la Sociedad Colombiana de Arqueología han brindado apoyo institucional. Finalmente, el Comité de presupuesto del ICANH es responsable del apoyo financiero anual a la revista.

La revista se nutre y participa de los variados eventos arqueológicos y el 2002 fue un año especialmente activo. En mayo (9-11) se celebró en el Museo Antropológico de la Universidad del Tolima el II Congreso de Arqueología en Colombia. A nosotros nos correspondió el honor de organizar el simposio central del congreso, sobre la "Situación actual de la arqueología del Área Intermedia". El propósito del simposio fue discutir los avances sustantivos de la arqueología de la región presentando de manera sintética y analítica los resultados de las investigaciones recientes en el área desde una perspectiva amplia y comprensiva. En el simposio, cuya publicación en forma de libro está en proceso, se discutieron aspectos relacionados con la arqueología de las Antillas, Venezuela, Colombia, Ecuador y la cuenca amazónica. El congreso contó con ocho simposios más, algunos temáticos y otros enfocados en regiones particulares. En septiembre (20-21) se celebró en la Universidad de los Andes, en Bogotá, la III Reunión Internacional de Teoría Arqueológica en Suramérica. Este congreso reunió arqueólogos suramericanos que trabajan en asuntos teóricos para discutir las tendencias actuales y para ampliar el espectro temático. Con seis simposios y la parti-

cipación de arqueólogos de varios países suramericanos la reunión demostró que, a pesar de las graves crisis por las que atraviesa la región, la disciplina está más activa que nunca. Finalmente, un evento no académico, pero de importantes repercusiones para la arqueología de Colombia y para todos quienes están interesados en los referentes significativos que se hacen descansar en la materialidad del pasado, fue la expedición del Decreto 833 de 2002. Por primera vez el ICANH logró que el gobierno volviera explícitas las normas legales de protección de los sitios y bienes arqueológicos en el país. Este decreto aclara muchos aspectos legales del manejo y protección del patrimonio arqueológico, de manera que los yacimientos tienen ahora mejores probabilidades de preservación y de ser investigados, un asunto en el que no solamente están interesados los arqueólogos sino una variedad de historias locales, como quiera que también militan en contra de la mercantilización que activa el comercio ilegal del patrimonio arqueológico.

Esperamos que los arqueólogos y otros individuos interesados en estudiar el pasado del Área Intermedia sigan colaborando con la revista. Además, los invitamos a conectarse a la versión electrónica de la revista en el sitio del ICANH (<http://www.icanh.gov.co/raai.html>).

*Víctor González y Cristóbal Gnecco, Editores.*

# Vestimentas en el Ecuador precolombino

KAREN OLSEN BRUHNS  
San Francisco State University

**Resumen:** *Las vestimentas precolombinas en Ecuador fueron muy diferentes a las del Perú. En la época prehispánica la desnudez fue común y muchas veces los vestidos, como se representan en la alfarería, parecen haber sido básicamente rituales. Sólo empezaron a ser usados comúnmente en el Formativo tardío (después de 2000 a.C.) y eran, generalmente, taparrabos para los hombres y faldas para las mujeres. Los vestidos exclusivos para propósitos especiales incluían tabardos muy decorados y elaborados disfraces de figuras supernaturales. Los textiles precolombinos son muy escasos en Ecuador pero los hallazgos arqueológicos en figurinas y otros medios muestran que se usaron joyas y ornamentos. Las vestimentas de los Andes Centrales, incluyendo las túnicas masculinas y los vestidos femeninos largos y enrollados comenzaron a aparecer en Ecuador antes de la conquista incaica; al arribo de los españoles muchos pueblos andinos usaban ropas de estilo Inca. La combinación de ideas Incas y españolas de modestia física parecen haber conducido a la adopción generalizada de prendas largas entre los pueblos indígenas coloniales y contemporáneos del Ecuador.*

**Abstract:** *Pre-Columbian costume in Ecuador was very different from that of neighboring Perú. Throughout prehistory nudity was common and many times clothing, as depicted in ceramic art, seem to be mainly ritual garments or costumes. Clothing only began to be commonly worn in the Late Formative (after 2000 b.C.) and generally consisted of a loin-cloth (males) and a wrapped skirt (females). Unique special purpose garments include highly decorated tabards and elaborate disguises of supernatural figures. Pre-Columbian textiles are very scarce in Ecuador but archaeological finds show that the jewelry and ornaments shown on figurines and in other media actually were worn. Central Andean dress, including male tunics and long wrapped dresses for women began to appear in Ecuador sometime before the Inca conquest and when the Spanish arrived many highland peoples were wearing Inca style clothing. The combination of Inca and Spanish ideas of physical modesty seem to have led to the widespread adoption of long garments among Ecuadorian indigenous peoples of the colonial and modern periods.*



Figura 1. Mapa de Ecuador mostrando los sitios mencionados en el texto.

## Ecuador antes de los Incas

Las culturas prehistóricas del Ecuador tienen sus raíces firmemente asentadas en el pasado. Los primeros ocupantes de América, los llamados Paleoindios, llegaron al territorio ecuatoriano antes de 8000 a.C. (Figura 1)<sup>1</sup>; su evidencia

proviene de las tierras altas, porque allí se han llevado a cabo la mayoría de las investigaciones sobre este período. Puesto que los sitios Paleoindios se han encontrado en todas las tierras altas del

Ecuador es evidente que estos inmigrantes tempranos ocuparon rápidamente los pastizales de los páramos y los charrascales de altura, quizás porque allí había venados y otros mamíferos de gran tamaño, incluyendo las poblaciones remanentes de la megafauna pleistocénica, como el mastodonte (Salazar 1984; Bruhns 1994). Las poblaciones parecen haber crecido rápidamente y en un corto lapso de tiempo los seres humanos empezaron a habitar los ecosistemas productivos de las cálidas regiones costeras, donde se establecieron y empezaron a explotar los ricos recursos del mar, de los estuarios, de los pantanos de mangle y de las llanuras costeras, donde empezaron a cultivar calabazo o puro (*Lagenaria siceraria*), zapallo, achira (*Canna edulis*) y maíz. La cultura Las Vegas de la península de Santa Elena es la más conocida de estas primeras culturas agrícolas, pero con seguridad existieron a todo lo largo de la costa ecuatoriana (Stohtert 1987-1988).

### Período Formativo

12 Hacia ca. 4000 a.C. aparece la primera evidencia del llamado período Formativo. En la costa de las provincias de Guayas y Manabí los primeros agricultores y pescadores

<sup>1</sup> El mapa y la mayoría de las figuras fueron hechos por Tom Weller. La Figura 5 es una cortesía de Costanza di Capua y las Figuras 13-15, 18 y 20 son cortesía de Tom Cummings. Las demás fotografías fueron hechas por la autora.





tierras altas de Ecuador y Perú necesitaban esta concha para hacer joyas y máscaras y, quizás, para ofrendas (Collier y Murra 1943). Más al norte el sitio de Cotocallao, ahora un suburbio de Quito, atestigua la existencia en las tierras altas de ciudades de agricultores con cerámicas desarrolladas, otras artesanías y vastas tradiciones de intercambio (Villalba 1988).

La influencia Chorrera fue más fuerte a lo largo de la costa y formó las bases culturales de los desarrollos posteriores. En el norte, en los pantanos, estuarios y deltas de los ríos de las costas de Nariño (Colombia) y Esmeraldas (Ecuador) existieron las culturas relacionadas de Atacames, Tumaco, Inguapi, Esmeraldas, Tiaone y Tolita, conocidas colectivamente como Tolita o Tolita-Tumaco; el nombre del sitio tipo, la pintoresca aldea llamada Tolita Pampa de Oro, debido a los pequeños ornamentos de oro erodados de las plataformas de tierra de las casas y templos de las poblaciones prehispánicas. Los habitantes Tolita fueron los primeros en construir en Ecuador estructuras en plataformas de tierra y piedra (tolas). Los modelos de cerámica que se conocen sugieren que las construcciones eran de madera, guadua y palma, elaboradamente decorados con tallas y pinturas. La práctica de colocar estas construcciones en montículos puede haber surgido como consecuencia de las frecuentes inundaciones que ocurren a lo largo de la costa, aunque pronto se adoptó en las tierras altas y en el piedemonte oriental de los Andes, en donde las inundaciones no representaban el mismo peligro. Las plataformas fueron construidas con suelos locales que contenían, por supuesto, los restos de las personas que habían vivido allí antes. Muchas de las vasijas de cerámica y de las figurinas de las culturas Tolita, nuestra mejor fuente de información sobre sus formas de vida, han sido encontradas erodiéndose de plataformas de habitación más tardías (Sánchez 1981; Bouchard 1982-1983; Váldez 1987).

Las figurinas y las vasijas modeladas son nuestra mayor fuente de información sobre los vestidos, joyas, tocados, arquitectura, danzas, música y religión de las poblaciones prehispánicas del Ecuador. En la mayoría de los casos la función de las figurinas en las culturas prehispánicas es desconocida. La mayor parte de ellas se encuentra en los basureros de las unidades domésticas después de haber sido usadas, rotas y desechadas; algunas figurinas terminaron en las tumbas, pero la extendida guaquería de los sitios arqueológicos ecuatorianos nos ha privado de sus contextos, de manera que no podemos establecer ninguna asociación consistente entre, por ejemplo, las figurinas que muestran danzantes y músicos y los enterramientos de las mujeres, y/o entre las figurinas que representan, supuestamente, sacerdotes y rituales y las tumbas de hombres o mujeres de edad que pueden haber sido sacerdotes o chamanes. Varias funciones han sido sugeridas para las figurinas, como su uso en rituales de paso, en ceremonias de curación o, incluso, como ídolos; sin embargo, todo lo que sabemos es lo que podemos ver representado en ellas. Las figurinas Tolita y las de las culturas relacionadas a lo largo de la costa norte de Ecuador (Bruhns 1994:17) muestran varios tipos de actividades, vestidos, artefactos y personajes; el estudio sistemático de estos sujetos apenas comienza y las interpretaciones más frecuentes (“sacerdotes”, “chamanes”, “jefes”, “dioses”) son, por decir lo menos, imaginativas. Los sitios Tolita también son famosos por sus artefactos de oro:

aretes, pectorales, cuentas, anzuelos, agujas y otras herramientas pequeñas de oro, platino y tumbaga<sup>2</sup>.

Los antiguos habitantes del Ecuador fueron los primeros en el mundo en trabajar el platino, anticipándose más de mil años a la tecnología europea (Bergsoe 1937; Scott y Bray 1980). Al igual que otras culturas costeras contemporáneas su economía se basó en agricultura, pesca e intercambio y, si podemos juzgar por los elaborados vestidos y artefactos exhibidos en su cerámica y por el tamaño y proliferación de sus pueblos y aldeas, la gente Tolita-Tumaco tenía, probablemente, sociedades de rango con jefes hereditarios y elites, y una vida ceremonial activa, cualquiera que haya sido su religión específica.

En el sur, en las culturas Jama-Coaque y Bahía de la costa central del Ecuador, se ha encontrado evidencia similar de aumento de población y jerarquía social: grandes sitios con plataformas que, probablemente sostenían templos elaborados, que sugieren la existencia de grupos permanentes de especialistas religiosos (Estrada 1962). La isla de La Plata, cerca a la costa de Manabí, usada como lugar de peregrinación y como santuario de la cultura Valdivia tardía, también parece haber sido un lugar importante para la gente de la cultura Bahía (Dorsey 1901; Damp y Norton 1991). Aunque existen diversos tipos de figurinas, vasijas modeladas y otras cerámicas las culturas de la costa tenían muchas cosas en común en esta época, especialmente en términos de vestidos y economía; esta última incluía comercio cada vez más creciente con el resto del Ecuador y con el norte de Perú (Bruhns 1994b).

En las tierras altas tenían lugar desarrollos paralelos en términos de aumento de la población, riqueza y estratificación. Aunque no se han realizado muchas investigaciones sobre sitios del período de Desarrollos Regionales en comparación con la costa sabemos que la arquitectura no fue tan elaborada y que la tendencia a vivir en pueblos grandes no fue tan marcada. Sin embargo, la información proveniente de enterramientos muestra un desarrollo tecnológico y artístico sofisticado, especialmente en lo que se refiere al trabajo de cerámica, metales y textiles (Jijón y Caamaño 1914, 1920, 1997). En la provincia de Azuay, al norte y al oriente de Cuenca, una serie de tumbas de tiro profundo guaqueadas a fines del siglo XIX en la vecindad de los actuales pueblos de Cojitambo, Gualaceo, Chordeleg y Sigsig muestra que el contacto y el comercio con Perú no se limitó a los pueblos costeros. Estas tumbas contenían una cantidad apreciable de ornamentos de oro y plata: cuencos, pendientes, pectorales, aretes y coronas (Huezey 1870; Saville 1927). Un individuo llevaba un manto acuñado con pendientes de cobre y cubierto con placas de cobre, un tipo de textil común en esa época en Perú a juzgar por representaciones cerámicas pintadas y modeladas Moche, Sicán y Chimú, en

<sup>2</sup> La tumbaga es una aleación de oro, cobre y cualquier elemento traza que se encuentre en el oro, generalmente plata. Esta aleación tiene una menor temperatura de fundido que el oro o el cobre puros y, aproximadamente, la misma dureza del estaño o el bronce arsénico. La tumbaga fue usada, generalmente, para hacer ornamentos destinados a ser dorados por oxidación, aunque parece que el color rojo de la tumbaga con alto contenido de cobre fue admirado en algunas partes de Colombia. La tumbaga es suficientemente dura para ser usada en herramientas, en las zonas en las cuales el cobre era más escaso que el oro (e.g. Tumaco/La Tolita).

la costa norte; otros individuos llevaban coronas de oro en un estilo popular en el norte de Perú o pectorales grabados con diseños parecidos a los de Sicán o Chimú. Una máscara de oro martillado, una placa de plata (actualmente perdida) y una pequeña botella de cerámica (conservada en el Museo Real de Bruselas) muestran, claramente, que estos pueblos estaban comerciando con el expansionista imperio Huari del norte y centro de Perú o con comunidades influenciadas por Huari, como las culturas Sicán, Moche V o Chimú temprano (Bruhns 1994b, 1998). Las tumbas sugieren que la región que fue ocupada por los Cañari después de la Conquista ya estaba organizada en entidades políticas ricas que continuaron el patrón de comercio a larga distancia establecido en el Formativo. Estos pueblos, aunque no urbanos ni con la costumbre de construir arquitectura monumental, tenían una sociedad estratificada en la cual pocos eran realmente ricos y llevaban sus riquezas con ellos a sus tumbas.

En La Florida (cerca a Quito, en el piedemonte del volcán Pinchincha) Leon y Megan Doyon excavaron un cementerio que indica que allí existían sociedades de rango con nobleza y clase dirigente que merecieron enterramientos elaborados y ofrendas (Doyon 1988). Los enterramientos múltiples contenidos en cada tumba de pozo profundo muestran como algunos hombres y mujeres tenían una posición suficientemente alta para ser enterrados con sirvientes, joyas, cerámica y otros bienes, algunos importados. Piezas de *Spondylus*, madreperla y otros ornamentos de concha, como trompetas, indican contactos con la costa; los ornamentos de oro y cobre dorado muestran que la metalurgia ya estaba bien establecida en las tierras altas. Un curioso textil de fibra de camélido con prendedores de cobre<sup>3</sup> cosidos a él sugiere que la gente que vivía en pequeñas aldeas alrededor del valle de Quito pastoreaba llamas o recibía fibras de camélidos a cambio de la deseada obsidiana de las fuentes de Mullamica e Ilaló que, sin duda, controlaban. En el extremo norte del Ecuador, que se extiende al sur de Colombia, la cultura Capulí enterró sus muertos en tumbas de tiro y cámara (Francisco 1969; Uribe y Lleras 1982-1983); las ofrendas enterradas en ellas reflejan la posición diferencial de los muertos. Las tumbas más frecuentes son poco profundas, con un enterramiento individual acompañado por una o dos vasijas sencillas de cerámica; sin embargo, hay tumbas profundas con enterramientos múltiples, aparentemente un personaje importante y sus sirvientes. Cieza de León (1984, primera parte, cap. xviii y xx) reportó que en muchas regiones de Colombia y Ecuador las personas importantes eran enterradas con sus esposas y concubinas favoritas y con sus sirvientes, todos ellos acompañados de objetos personales, como joyas, vestidos, herramientas y alimentos. La evidencia arqueológica sugiere que esta costumbre fue muy antigua en varias partes de Latinoamérica antes de la Conquista.

La cerámica Capulí tiene engobe rojo y decoración geométrica con pintura orgánica negativa negra. Las copas y cuencos con bases anulares o sostenidos por animales o personas modeladas son característicos de este estilo, tanto como las figurinas de muje-

<sup>3</sup> Se han encontrado textiles con prendedores de metal cosidos a ellos en otros dos sitios ecuatorianos: en una tumba de La Florida y en una urna funeraria de una tola en la provincia de Los Ríos (Doyon 1988, Gardner 1982); este último textil fue de algodón y no de fibra animal. Los prendedores del textil de Los Ríos son de plata, no de cobre (Gardner 1982:10).

res sentadas con largas faldas decoradas y hombres sentados en bancas, con bolas de coca visibles en sus mejillas. A diferencia de las elaboradas vestimentas de la gente de la costa, las figuras Capulí visten ropas muy simples y no hay evidencia cerámica de música, danzas o rituales. La falta de excavación de sitios domésticos Capulí y la falta de información sobre su arte hacen que la gente Capulí sea todavía enigmática.

### *Período de Integración*

Hacia 800 d. C. empezaron a aparecer los ancestros de las culturas existentes cuando llegaron los españoles 700 años después. Las culturas Manteño y Huancavilca estaban desarrollando una serie de cacicazgos grandes y poderosos en la costa central y del sur, respectivamente, cuya riqueza estaba basada, en buena medida, en comercio riverino y costero. Esos cacicazgos controlaban la explotación de cuentas *Spondylus* desde los sitios principales de la isla Puná; donde ahora se encuentran Salango y Manta; y desde Agua Blanca, una ciudad situada cerca de la moderna Machalilla, hacia el interior (¿quizás para escapar de los piratas?) (Saville 1907-10; Estrada 1957a, 1957b; McEwan 1992; McEwan y Silva 1987). El apetito de los peruanos por el *Spondylus*, especialmente de los Chimú y de otros pueblos de la costa norte, iba en aumento y los Manteño parecen haber aprovechado la necesidad peruana de cantidades crecientes de conchas rojas y moradas (Paulsen 1974; Cordy-Collins 1990; Pillsbury 1996). Los ecuatorianos también necesitaban *Spondylus* y *Strombus* para ornamentos y trompetas; el floreciente negocio del intercambio con las comunidades de las tierras altas y, muy probablemente, con las de la selva tropical, que había comenzado en la época Formativa, alcanzó ahora su cima. Salomon (1971) y Hartmann (1971) han documentado una clase especial de comerciantes, los mindalaes, y la existencia de mercados y ferias grandes establecidos en las tierras altas en los que se comerciaba con bienes tan deseados como sal, textiles, tintes para teñir, oro y plata, cuentas de concha y esclavos. Pocos de estos bienes serían visibles en el registro arqueológico.

Otros pueblos relacionados, localizados alrededor del golfo de Guayaquil, en la península de Santa Elena y en la llanura aluvial de los ríos Guayas, Daule y Babahoyo, son mejor conocidos por la construcción de grandes campos de cultivos drenados que permitieron cultivar la llanura inundada estacionalmente y sostener una densa población de agricultores, comerciantes y artesanos. Uno de los más conocidos de estos grupos fue Milagro-Quevedo, pequeños cacicazgos guerreros que crearon una de las metalurgias más impresionantes del antiguo Ecuador. Sólo este hecho señala su riqueza y posición como comerciantes; de hecho, la cuenca de Guayaquil carece de metal. Las comunidades Milagro-Quevedo produjeron ornamentos elaborados y herramientas, como anzuelos, cuchillos y pinzas, además de hachas-monedas y pesadas "hachas" de cobre usadas como bienes de ostentación, no de trabajo. Esta área del Ecuador parece haber sido gran productora de algodón y de pescado seco y salado y quizás también estuvo involucrada en el comercio de *Spondylus*, movilizándolo la deseada concha hacia las tierras altas (Estrada 1954; Holm 1981).

En el norte, la cultura Capulí había sido reemplazada por la cultura Cuasmal/Tuza, cuyos artefactos característicos fueron cuencos pintados en café o crema con diseños geométricos

y representaciones de guerreros y danzantes. Otra forma cerámica característica son las trompetas en forma de *Strombus* que duplican, de manera exacta, el interior y el exterior de la concha (Francisco 1969; Idrovo 1987). Los ornamentos de oro y plata siguen el mismo estilo. En el norte, la idea de construir casas y templos en plataformas de tierra se había vuelto muy popular. El más conocido de los sitios del período de Integración es Cochasquí, al norte de Quito (Athens 1980; Oberem 1981); allí se ha mapeado y preservado un gran número de plataformas, con y sin rampas. Estas tolas fueron tanto residenciales como rituales y varias muestran señas de haber sido usadas y reutilizadas muchas veces a través de los siglos. Las comunidades del norte del Ecuador, como sus contemporáneas de la costa, estaban organizadas en cacicazgos grandes, ricos y, normalmente, guerreros. La economía estaba basada en la agricultura, pastoreo, minería de obsidiana y metales y comercio.

En el sur de las actuales provincias de Cañar y Azuay se han identificado los antecesores de los Cañari, organizados en pequeñas unidades políticas que hicieron bellos objetos de cerámica y metal (Oberem 1974-1976). En su condición de comunidades guerreras construyeron fortalezas a lo largo de las cadenas montañosas, pero vivieron en los valles en pequeñas aldeas. Los Cañari adoraron las fuerzas de la naturaleza y tuvieron altares en nacimientos y montañas. Varios de ellos todavía están en uso, aunque la deidad adorada haya cambiado<sup>4</sup>. También usaron sitios antiguos como cementerios; así, el sitio Formativo de Cerro Narrío contiene un número grande de enterramientos Cañari posteriores (Collier y Murra 1943; Fresco 1984). Los Cañari estuvieron involucrados en comercio y guerra (siempre estrechamente vinculados) con sus vecinos Shuar (Jíbaro), una relación de amor-odio que continuó en el período colonial en su lucha por el control de las rutas de comercio y las fuentes de sal. Prácticamente no sabemos nada sobre los Shuar prehispánicos, aunque las excavaciones en las cercanías de Macas y alrededor del volcán Sangay han indicado que en las selvas orientales las comunidades estaban organizadas en grupos políticos de tamaño suficientemente grande para construir inmensas obras de tierra y sitios con plataformas para vivienda y templos de considerable tamaño. Estos sitios son distintos de los producidos por los Shuar históricos e indican cambio cultural sustancial o reemplazo étnico en esta región antes de la Conquista (Porrás 1987; Ochoa *et al.* 1997).

### **Vestimentas en Ecuador antes de los Incas**

Desde el principio las culturas ecuatorianas fueron diferentes de las culturas de los Andes Centrales. Estas diferencias se expresaron de muchas maneras, pero una de las más notorias fueron las vestimentas y los ornamentos. Uno de los aspectos más interesantes de las vestimentas precolombinas de Ecuador es lo diferente que fueron de la tradición de vestidos del vecino Perú. Aunque existe buena evidencia de comercio creciente y de contactos entre las culturas del norte de Perú y las de Ecuador, incluyendo la probable presencia de peruanos en la isla Puná y/o en otros puertos de *Spondylus*, las

<sup>4</sup> Muchos de los sitios sagrados antiguos (huacas) sólo tenían una estatua de la virgen María o del sagrado corazón de Jesús colocado en ellos o en un lugar cercano. Las huacas antiguas que todavía se usan incluyen nacimientos, cabezas de sistemas de irrigación, lugares de derrumbes frecuentes, grandes afloramientos o grandes piedras y montañas o colinas con formas curiosas u otras características poco usuales.

vestimentas ecuatorianas tuvieron un desarrollo particular; consistieron, básicamente, de desnudez para uno o ambos sexos o un taparrabo para los hombres y una simple falda enrollada (similar al *sarong*) generalmente sin correa, para las mujeres. Probablemente ambos sexos también usaron (o estuvieron envueltos en) una capa o cobija por la noche o en épocas frías; esas capas no están representadas en las figurinas, nuestra mejor fuente de información sobre las vestimentas antiguas, pero fueron mencionadas, una y otra vez, por Cieza. En este contexto vale la pena mencionar que una prenda similar fue común en Perú, pero virtualmente nunca se mostró en figurinas o representaciones pintadas de ninguna cultura. Sólo con el estilo europeo de Guamán Poma de Ayala (ca. 1613) se muestra una envoltura rectangular que parece haber sido una parte integral de la vida cotidiana (y ceremonial)<sup>5</sup>. También hubo algunas prendas menos comunes: un tabardo<sup>6</sup>; una falda para hombres corta y rígida; una capa del largo del codo; una prenda terciada (probablemente un manto doblado); y una rara prenda de una sola pieza que parece haber sido un vestido ritual. Parece probable que en las tierras altas se usó una suerte de vestido para la parte alta del cuerpo, con una abertura en el cuello (quizás un ancestro de la *kushma* moderna, un vestido hecho de una sola tela con una abertura en el cuello, pero con las uniones de los lados sin coser). Sin embargo, debido a la escasez de arte representacional en las tierras altas hay poca evidencia de esta vestimenta antes de las primeras descripciones del período colonial de numerosos grupos que usaron “camisetas” (camisas pequeñas o cortas), un término también usado para las túnicas Incas en Ecuador; si comparamos las descripciones españolas con las representaciones humanas del período del contacto parece probable que las “camisetas” podían ser alguna de las variedades de prendas parecidas a las túnicas, cortas o largas, con las uniones de los lados cosidas o sin coser.

A diferencia de las culturas peruanas, en las cuales la ausencia de vestidos era una indicación de desgracia social, la desnudez fue común en Ecuador. Muchas personas parecen rara vez haber usado ropa, excepto joyas, tocados de cabeza u ornamentos para el pelo. Como sucede con muchos pueblos que no usan ropa o usan muy poca, la decoración del cuerpo fue muy desarrollada. La pintura corporal parece haber sido común. Lo más seguro es que la pintura del cuerpo se hizo con achiote, las semillas del arbusto tropical *Bixa orellana*, que se muelen y mezclan con agua o grasa para formar un tinte de color naranja brillante, y genipa (*Genipa americana L.*)<sup>7</sup>, que produce un tinte negro que desaparece lentamente. Aunque achiote y genipa no se usan para teñir ropa, puesto

<sup>5</sup> Guamán Poma ilustró la vida Inca para los europeos en la tradición europea de mostrar a la gente ordinaria, tanto como a la social o religiosamente importante, en sus actividades diarias. Esta clase de ilustración, como la del códice Mendoza de México, un poco más temprano, fue completamente extraña a los nativos suramericanos, quienes no tenían una categoría de arte para representar la vida cotidiana. La única excepción es la tradición Moche del norte del Perú, quienes, se ha sugerido, mostraron lo sobrenatural en las vestimentas diarias; sin embargo, una rápida mirada al arte europeo medieval, en el cual lo sobrenatural también fue mostrado en vestimentas modernas, revela que esta es una idea algo diferente que ilustrar gente de baja posición en ropa ordinaria de baja posición haciendo tareas ordinarias.

<sup>6</sup> Prenda sin mangas y con los lados abiertos que, en Europa medieval, fue usada por los nobles y, más tarde, por los heraldos para mostrar quiénes eran o a quiénes servían. Los tabardos europeos tenían, frecuentemente, el escudo de armas del dueño tejido o pintado. Los tabardos de la costa de Ecuador eran similares en forma y parecen haber tenido el mismo propósito; esto es, su elaborada decoración pudo proclamar la posición social o las relaciones familiares del usuario.

<sup>7</sup> Una preparación similar fue usada en tiempos prehispánicos en América Central y México.

que no son tintes permanentes, fueron usados en toda América tropical y todavía son usados por algunos pueblos amazónicos y ecuatorianos como pintura corporal y tinte para el pelo; en este último caso el achiote se mezcla con grasa o cera y se aplica en forma de gel espeso, tiñendo el pelo y volviéndolo una masa escultural. Los *tsachela* o colorado contemporáneos de Santo Domingo de los Colorados, en el norte de Ecuador, todavía lo hacen así, lo mismo que los *akwe shavanti* y otros grupos nativos de Brasil. Estos dos colores (rojo y negro) se ven frecuentemente en las representaciones de personas del Ecuador antiguo y, aunque es posible que se usaran otros colores (como el blanco y el amarillo de las arcillas), parece probable que, tanto en el pasado como en el presente, estos fueron los dos principales colores escogidos porque son durables y no se desescaman o desaparecen de inmediato. Probablemente los sellos cilíndricos o planos, tan comunes en los basureros prehispánicos, se usaron para aplicar pintura corporal o facial; entre los grupos tradicionales de la Amazonia todavía se usan sellos con este propósito.

Los tatuajes y las cicatrices decorativas también fueron practicados, como indican las incisiones en las cerámicas Manteño, fundamentalmente monócromas en negro. También es posible que los patrones incisos en las figurinas de culturas más tempranas representen tatuajes, especialmente porque aparecen en combinación con pintura corporal o solos. En la costa se practicó la perforación de orejas, cara y pezones; los ornamentos que colgaban de las perforaciones fueron, evidentemente, importantes marcadores de posición y riqueza, como indicaré más adelante.

Otro medio importante de decoración corporal usado por la mayoría de los pueblos ecuatorianos fue la modificación craneal<sup>8</sup>. Las representaciones más tempranas de esta práctica se ven en la cerámica Chorrera;<sup>9</sup> además, en un cementerio de este período se encontraron esqueletos con el cráneo modificado (Zevallos 1965-1966). Sin embargo, no todas las personas presentan ese tratamiento y hubo grados y formas diferentes de esta difundida práctica. No parece haber sido tan popular en las tierras altas; de hecho, la mayoría de las vasijas modeladas y de las figurinas muestra personas con cráneos “normales”. Los enterramientos de La Florida, cerca a Quito (ca. 500 d. C.), y los del siglo XVI del asentamiento Inca/Cañari de Ingapirca tampoco contienen cráneos modificados. Por lo menos un cráneo de los cementerios excavados en Nariño por María Victoria Uribe muestra modificación frontaltabular, una forma poco común en las cerámicas modeladas de esa región (Uribe y Lleras 1982-93). Por lo demás, ha sido sugerido que la modificación craneal puede haber sido un símbolo de posición familiar (puesto que tuvo que ser practicada en los bebés) y sólo común entre las familias de las elites.

<sup>8</sup> Esta modificación ha sido llamada “deformación craneal” por escritores euroamericanos, quienes no se refieren a la moderna ortodoncia cosmética o a la cirugía plástica como deformaciones. Un término menos etnocéntrico es “modificación craneal” o “modificación cosmética del cráneo”.

<sup>9</sup> La introducción del molde cerámico en tiempos Chorrera tardío pudo haber contribuido a la decoración poco elaborada de la cabeza en las figurinas simples de varios estilos.

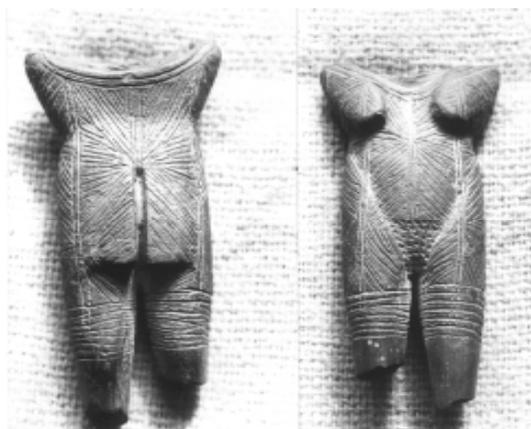


*Figura 3. Vista frontal y posterior de tres figurinas Valdivia mostrando la desnudez típica y los elaborados estilos de peinado afeitado que pueden haber estado relacionados con la posición social en los rituales de pasaje. Colección privada, Quito.*

### Evidencia temprana de vestimentas indígenas

La evidencia más temprana de decoración corporal conocida proviene del período cerámico más temprano, de las figurinas Valdivia (**Figura 3**); casi todas están desnudas y llevan el cabello hasta el hombro. El cabello es el área de mayor ornamentación y las figuras muestran divisiones del cabello en partes anchas, tonsuras, afeitados decorativos y ganchos de cabello que se asemejan (en el concepto, no en el patrón decorativo) al arreglo del cabello moderno entre la juventud afroamericana y latina en Norte América. Este patrón de arreglo del cabello, en cuanto a longitud, grosor y las formas de sujeción o afeitado, es el precursor del elaborado estilo de cabello Chorrera.

El estilo de pintura corporal en Valdivia es simple: normalmente se trata sólo de anchas bandas sobre el torso. Algunas figuras tienen diseños sobre el cuerpo que pueden representar tatuajes (**Figura 4**). Son patrones geométricos simples que probablemente se derivan de la cestería o los textiles. Dado que la desnudez es tan extendida, es muy probable que la tela de algodón Valdivia no se haya tejido para ser usada como vestido sino con otros propósitos domésticos, quizás incluso como abrigo para la noche o durante los días fríos. Algunas pocas figurinas Valdivia, sin embargo, muestran que los vestidos básicos del traje ecuatoriano indígena, el guayuco y la falda, ya eran conocidos. Se han encontrado varias figuras que llevan guayuco, una prenda que más tarde se convirtió en símbolo masculino. Todas estas figuras muestran los mismos rasgos distintivos: un pedazo estriado de tela, o quizás un manojo de fibras, colocado entre las piernas y amarrado con un delgado cordón a manera de cinturón (**Figura 5**). Igualmente raras son las figuras que muestran mujeres con largas faldas. También es posible que algunos tocados, identificados como capuchas por Costanza Di Capua (1994), fueran hechos de tela, dado que muestran diseños geométricos que evidentemente no es-



*Figura 4. Torso de una figurina Valdivia con tatuaje (?) elaborado y región púbica depilada. Colección privada, Quito.*

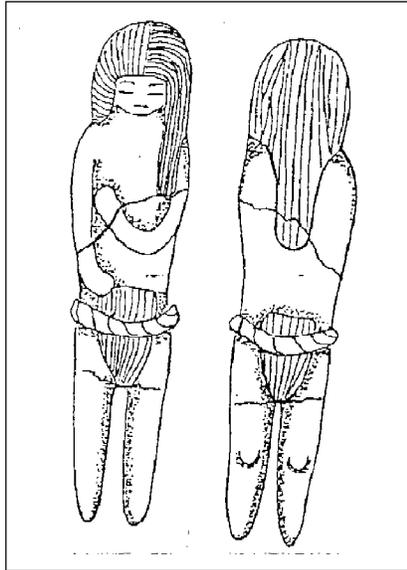


Figura 5. Vista frontal y posterior de una figurina Valdivia con taparrabo.

tán trenzados. Desafortunadamente, la mayoría de las figurinas Valdivia carecen de contexto arqueológico y en un porcentaje significativo las piezas conocidas son falsas, por lo cual no podemos asociarlas a una región o período particular.

Después de Valdivia, la cultura Machalilla tiene pocas evidencias de uso extendido de prendas de vestir pero su cerámica sí muestra complejización de la pintura corporal. Las raras figurinas Machalilla pintadas muestran diseños elaborados de rayas estrechas y patrones de círculos en pintura negativa que cubren la cara y mucho del cuerpo. El cabello se dejaba corto, con capul y con las primeras evidencias de joyería, en forma de uno o dos collares de cuerda y perforaciones múltiples

en las orejas, precursores de los ornamentos elaborados de culturas más recientes.

En la época Chorrera la decoración corporal parece haberse vuelto todavía más compleja. Las figuras Chorrera muestran una preferencia por cabezas más bulbosas y cabello cortado en forma de casco o a veces afeitado con patrones elaborados de piel desnuda y cabello arreglado decorativamente (Figura 6). Algunas figuras parecen llevar una gorra en forma de casco. Debido a la estilización de las figurinas ecuatorianas es difícil a veces distinguir entre una gorra ajustada y un corte de cabello. Es posible que los peinados pintados elaborados sean gorras, aunque, de nuevo, podrían ser una mezcla de achiote u otros colorantes de cera o grasa usados para moldear con el cabello una masa sólida. De vez en cuando las figuras tienen cabello corto y una venda para cabeza. La gente Chorrera generalmente continuó yendo desnuda, pero la pintura y el tatuaje se volvieron muy elaborados (Figuras 7 y 8). Un patrón típico incluye la pintura



Figura 6. Cabeza de una figura Chorrera mostrando la continuación de los elaborados estilos de peinado afeitado y las pequeñas orejeras típicas de esa cultura. Colección privada, Quito.



**Figura 7.** *Figurina Chorrera de una mujer desnuda con un estilo de peinado elaborado y pintura corporal en el bajo torso y los muslos. Colección privada, Quito.*

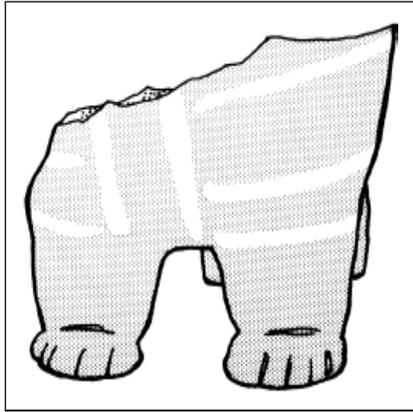


**Figura 8.** *Figurina Chorrera con pintura e incisión elaboradas que representan pintura corporal y tatuajes (?) en forma de blusa y pantalones, prendas desconocidas en el antiguo Ecuador. Colección privada, Quito.*

de “pantalones” y “faldas” sobre el cuerpo. Algunas de estas ornamentaciones pueden haber sido aplicadas con los sellos y “cilindros” de arcilla comunes en los sitios Chorrera. Algunas figurinas Chorrera llevan una falda envuelta, a la longitud de muslo o de vez en cuando una más larga, que pronostica la longitud preferida de los estilos Bahía y Jama-Coaque. Estas faldas pueden estar decoradas con diseños que claramente indican patrones textiles<sup>10</sup>. La joyería Chorrera era bastante elaborada y consistía en 2-3 collares, con conchas, piedras coloreadas y cuentas de cristal o con conchas y pendientes de piedra. Las narigueras parecen ser raras, pero las orejeras de concha y o cerámica estaban muy extendidas. Algunas figuras muestran dos tipos de orejeras: una más grande en el lóbulo y una más pequeña en la oreja superior. Los primeros aretes colgantes también aparecen en Chorrera; parecen haber estado restringidos a los varones, aunque más tarde los llevaron también a veces las mujeres.

La evidencia contemporánea de regiones montañosas es prácticamente ausente. Una sola impresión de textil de Pirincay muestra un tejido fino (¿algodón?) presente hacia el 1200 a.C. y los niveles de los últimos siglos a.C. muestran evidencias de la introducción de llamas acompañada de un gran aumento en los utensilios para hilar y tejer (Bruhns y Meisch sf; Bruhns 1988-1989). Al mismo tiempo fue introducido el uso de metales y el hallazgo fortuito de una pequeña nariguera de oro indica que este ornamento había hecho su entrada a las regiones montañosas. Pirincay también se especializó en la pro-

<sup>10</sup> Algunos investigadores incautos o muy entusiastas han propuesto que las pinturas de las figurinas Chorrera representan pantalones y weskits reales, vestidos que, de hecho, eran totalmente desconocidos en la Suramérica antigua (cf. Anawalt 1998). Un examen cuidadoso de las figurinas Chorrera que tienen este tipo de pintura e incisión muestra claramente que los artistas estaban mostrando cuerpos pintados y, quizás, tatuados, ya que son visibles detalles de pechos y genitales.



**Figura 9.** Fragmento de figurina Chorrera o Guangala, probablemente encontrada en Chaullabamba (Uhle 1922, Figura 96).



**Figura 10.** Figurina femenina Guangala con un estilo de peinado simple, pintura corporal y tatuajes (?) y una pequeña falda enrollada. Colección privada, Quito.

ducción de cuentas de cristal de roca<sup>11</sup>, un artículo aparentemente muy valorado en la costa, carente de fuentes de este material. Una muy rara y fragmentada figurina del período Formativo, proveniente del Valle de Paute o del Valle del Bajo Tomebamba muestra un guayuco decorado hecho de un pedazo muy largo de tela envuelto dos veces alrededor de las caderas y pasado entonces por entre las piernas (**Figura 9**). Los hallazgos frecuentes de sellos y rodillos en esta región sugieren que la pintura del cuerpo y/o de la cara también era importante, una idea apoyada por la decoración ocasional de copas/cuencos con una cara humana diseñada y pintada.

### Desarrollo Regional en la costa

Guangala, la subsiguiente cultura en la costa, cuenta con la primera evidencia de muñequeras de cuentas, así como con la adopción del uso común de narigueras. Aunque las gentes de la cultura Guangala también parecen haber ido desnudas y continuaban con la tradición de Chorrera de llevar el cuerpo elaboradamente pintado y/o tatuado las figuras vestidas empiezan a aparecer con mucha más frecuencia que antes. Las mujeres llevaban una falda envuelta y los hombres un guayuco bajo las caderas y con una tela larga al frente hasta las rodillas (**Figuras 10 y 11**). Es en el período de Desarrollos Regionales y, sobre todo, en las culturas de Bahía, Jama-Coaque, y La Tolita (fases Tumaco-La Tolita y Tiaone) que encontramos la mayoría de la información elaborada sobre los trajes del Ecuador antiguo. Todas estas culturas produjeron cantidades de vasijas y figurinas modeladas que muestran la

<sup>11</sup> Más de cincuenta “talleres” de cuentas de cristal de roca (realmente agrupamientos de desechos de talla de cristal de roca que fueron barridos del suelo) se han encontrado en éste muy pequeño sitio. Desechos y cuentas rotas en el proceso de manufactura son comunes, mientras que las cuentas completas son muy raras. Cuentas de cristal idénticas a las producidas en Pirincay se han encontrado en entierros Chorrera, y cerámica Chorrera se han encontrado en Pirincay, confirmando el comercio entre la costa y la región montañosa.



**Figura 11.** Figurina masculina Guangala. Es claramente visible la pronunciada modificación cosmética del cráneo, típica de las culturas de la costa ecuatoriana, acentuada por una elaborada banda. También son típicas de esta cultura la joyería simple, representada por líneas incisas; los tatuajes (?) en los hombros; y el taparrabos caído. Colección privada, Quito.

sobre sus cabezas, pero estas no son tan elaboradas como los tocados masculinos. Los hombres parecen haber ido a menudo desnudos, pero a veces llevan un guayuco simple con un cinturón ancho, probablemente hecho de una sola tira ancha de tejido. De vez en cuando el guayuco se simplificó a sólo una venda ancha alrededor de las caderas, cubriendo los órganos genitales. Tres nuevos vestidos masculinos aparecen en la cultura Bahía y las culturas costeras contemporáneas: un capotillo corto, una especie de falda, punteada o cepillada, y un tabardo<sup>12</sup>. Los primeros dos vestidos son relativamente raros. El capotillo llega hasta el codo y parece haber sido cosido con cuentas grandes o con conchas enteras. Es más común en figuras de ocarinas o silbatos. La falda rígida y corta (hecha tal vez de cuero, *furcraea* o corteza) no llevaba nada debajo, a

gran elaboración de los trajes y la joyería a lo largo de la costa del Ecuador en los primeros 600-800 años d.C. Las figurinas Bahía y Jama-Coaque eran pintadas después de la cocción en colores brillantes y, en los casos en los que esta pintura sobrevive, podemos apreciar el complejo uso del color en los antiguos vestidos y ornamentos.

Las figurinas de Bahía se caracterizan porque muestran a hombres y mujeres en trajes elaborados que parecen estar relacionados con su posición social y sus ocupaciones. Las mujeres de Bahía llevan una falda hasta el tobillo o la pantorrilla, a menudo decorada con atractivos patrones geométricos o curvilíneos (**Figuras 12 y 13**). En las cabezas de forma bulbosa o tabular las figuras llevan un corte de cabello en forma de gorra, similar al estilo Guangala, o una venda relativamente simple de tela o cuentas decorativas. Algunas mujeres llevan gorras altas so-



**Figura 12.** Mujer Bahía sentada; lleva la capucha y aretes típicos de esta cultura, junto con un collar de cuentas grandes. La pintura post-cocción de su falda muestra un elaborado diseño de plantas y un dobladillo de cuentas. Colección privada, Quito.

<sup>12</sup> Las mujeres, al igual que los hombres, llevan capotillos, pero los “ponchos” y los vestidos de una sola pieza parecen haber sido prendas exclusivamente masculinas.



*Figura 13. Mujer Bahía de pie; lleva en el hombro una tela bordeada por cuentas, falda, un collar de cuentas, varios aretes y una capucha con banda. Colección privada, Guayaquil.*

diferencia de las faldas y los vestidos de ala trasera usados en las culturas peruanas contemporáneas como Moche y Nazca, aunque de vez en cuando la falda se usaba sobre un traje de una pieza o sobre un guayuco. Estas faldas pueden haber sido alguna clase de vestido ritual o de baile. No hay suficiente evidencia contextual para saber si estaban asociados con una actividad particular. Sin embargo, el tabardo era, al parecer, un vestido comúnmente usado para rituales u ocasiones ceremoniales y sobrevive hasta el presente en esos contextos entre los Shuar del sureste del Ecuador (Braun 1985:41). Los tabardos de Bahía son vestidos relativamente estrechos que parecen haber sido hechos de un material fuerte y rígido (**Figura 14**); varían en su longitud desde el medio pecho hasta debajo de la rodilla y tienen un escote redondeado que, a menudo, expone

mucho del pecho. El escote redondeado puede ser una indicación de

que los tabardos eran hechos de cuero o corteza, ya que tejer un escote profundo en un vestido es difícil y relativamente raro; los tabardos modernos son hechos de corteza. Normalmente los tabardos eran muy decorados, a menudo con rebordes de cuentas o encordelado fuerte y se cosían entonces con conchas enteras, ornamentos de concha, cuentas grandes, o borlas sobre la superficie (**Figura 15**). Es posible que también se usaran plumas para adornarlos, aunque no se conoce ninguna evidencia clara de este tipo de ornamentación. Las plumas, o incluso los pájaros enteros son la decoración más común en los tabardos de los Shuar contemporáneos, tanto como semillas grandes, alas de escarabajo y diseños pintados. Sin embargo, no existe casi ninguna evidencia arqueológica de vestidos cubiertos de plumas. Esto contrasta con las culturas del Perú contemporáneo, donde los vestidos y colgaduras de plumas eran importantes marcadores de posición. Otros artículos de vestir incluyen los tocados a manera de capucha con borde adornado con cuentas y una variedad de otros tocados en muchas formas diferentes que probablemente se relacionaban con la posición social y los roles, incluyendo coronas de plumas, tocados decora-



*Figura 14. Hombre Jama-Coaque con una capucha que hace juego con un tabardo con borlas (?). Las conchas de la capucha son típicas, tanto como la elaborada joyería de orejeras, nariguera, bezote, collar, brazaletes, tobilleras y cinturón de cuentas. Museo del Banco Central, Guayaquil, GA-4-1234-79.*



**Figura 15.** Hombre Jama-Coaque con elaborado vestido ritual. Su capucha, bordeada por cuentas, está decorada con tres conchas. Su cabeza está adornada con joyas elaboradas: una inmensa nariguera (de oro en los ejemplares arqueológicos conocidos), una nariguera grande y un bezote trapezoidal de gran tamaño. Un pendiente formado por dos conchas y una cuenta cuelga de la parte superior de su pecho. Un tabardo grande, puesto encima de un taparrabo, está bordeado por un flequillo de cuentas y cosida con pequeñas conchas de *Conuss*. Unas tobilleras anchas (¿de tela ?) completan el vestido. Esta figura y otras similares, identificadas como ejecutantes de rituales de alguna clase, lleva un báculo decorado y una bolsa (quizás de coca u otro elemento ritual). Museo del Banco Central, Guayaquil, GA-1-2267-82.

dos con conchas enteras de *Strombus* y/o *Conus*, pájaros enteros, adornos de metal, cuentas, serpentin y adornos similares. Los tocados en forma de capucha aparecen especialmente asociados con ropas elaboradas y ornamentos (**Figuras 14 y 15**). Es posible que estas capuchas sean descendientes de las capuchas con formas mucho más simples de Valdivia, formas cuya antigüedad podría ser un elemento asociado al ritual o a la posición social.

Algunas figuras llevan una bolsa decorada al estilo de las de coca del Perú antiguo y moderno. Estas se llevaban alrededor del cuello o en las manos (**Figura 15**). La evidencia arqueológica indica que el mambeo de la coca ha estado presente en la costa desde los tiempos Valdivia, si no antes, pero esta es la primera vez que vemos representado lo que en otras partes era una parte esencial del traje masculino: la bolsa decorada en la que se lleva la coca y los artículos necesarios para el mambeo. Las figuras Bahía y Jama-Coaque muestran una elaboración de la joyería desconocida antes o después en la costa de Ecuador. Las muñequeras parecen haberse vuelto una parte esencial del vestido tanto masculino como femenino, pero en el masculino se agregan a éstos las tobilleras y un segundo juego de cobertores de cuentas o cordones directamente debajo o arriba de la rodilla. Los pendientes adoptan un número desconcertante de formas, incluso orejeras de cilindro o de tubo, pendientes largos y aros o bucles de múltiples vuel-

tas. Las mujeres llevan a menudo tres o más aretes en los lóbulos y otros más continuando sobre el borde de la oreja. Es muy probable que los “cequíes” de madreperla reportados para muchos sitios sean, en realidad, aretes. Los hombres llevan pendientes más elaborados que las mujeres y muchos de estos son réplicas en arcilla de formas conocidas en oro, plata, cobre y platino. Los collares incluyen combinaciones de líneas de cuentas, grandes aros de cuentas, y pendientes característicos que combinan una figura humana o animal con un cuerpo en forma de colmillo (**Figura 16**). Los ejemplos de pendientes reales muestran que eran hechos de concha o piedra; se colgaban solos o en pares en un cordón o en un collar de cuentas. Las narigueras también se volvieron más elaboradas y a menudo una cuenta grande o un colgante plano de metal, penden del *septum*, se combinan con cuentas o aretes en los orificios nasales. Tres nuevas partes de cuerpo fueron perforadas: los cachetes, la región del labio inferior y los pezones. Las



**Figura 16.** Hombre Bahía sentado y con un tocado puntiagudo. Este individuo exhibe los ornamentos típicos de los hombres de la elite de la costa durante el período de los Desarrollos Regionales. Nótese los brazaletes anchos hechos de conchas y un pendiente de concha cortada en forma de ucuyaya o pendiente antropomorfo/zoomorfo; su parte inferior tiene forma de colmillo.

figuras Bahía tienen un grupo característico de bezotes que fueron insertados debajo del labio inferior, justo encima del mentón (**Figura 17**). Estos bezotes son, usualmente, cónicos y fueron usados en grupos de dos o tres. Menos común es un bezote trapezoidal usado más arriba o bezotes gemelos para los cachetes. Los hombres Jama-Coaque y Tolita no usaron los bezotes elaborados, aunque algunos sí parecen haber tenido un solo bezote; sin embargo, sí usaban el pezón (**Figura 17**). Un ornamento característico de metal en forma de *tumi* pequeño colgaba de cada pezón; generalmente se los etiqueta como “pendientes” en las colecciones de museos. A veces se perforaron también otras áreas de la cara y el cuerpo; por ejemplo, se encuentran aretes múltiples en todas las culturas costeras de este período. Dado que el hábito moderno de perforar varias partes del cuerpo depende en la disponibilidad de ungüentos antibióticos sería interesante saber qué clases de agentes desinfectantes tenían los antiguos habitantes de la costa ecuatoriana. En este clima las heridas se infectan rápidamente y el elaborado perforado de la cara y el cuerpo que se ha visto en Bahía, Jama-Coaque, y Tolita no podría ser factible sin alguna sustancia desinfectante<sup>13</sup>.

Las figuras Jama-Coaque llevan, prácticamente, los mismos vestidos que las de Bahía, aunque la falda no es rígida sino que se parece más a una falda tejida. Tanto hombres como mujeres en el arte Jama usan pendientes largos en las orejas, aunque en general los hombres tienen una joyería más elaborada que la de las mujeres en todas las culturas ecuatorianas antiguas. Las orejeras cilíndricas también parecen haber sido más populares en Jama-Coaque. El guayuco Jama consistía en una tira larga dibujada entre las piernas y doblaba y atada alrededor de la cintura o bien un cinturón que sostiene una tela. El estilo peruano del guayuco a modo de pañal, con un rectángulo de tela amarrado por los lados y que era tan popular a lo largo de la costa peruana es raro en la costa ecuatoriana donde generalmente los guayucos se amarran con un cinturón o están hechos de un solo pedazo largo de tela. Una nueva combinación en Jama es un tabardo

<sup>13</sup> Eduardo Kohn, un etnobotánico que adelantó investigaciones sobre las plantas medicinales usadas por los indígenas de la Amazonia ecuatoriana, ha sugerido dos posibilidades: *Cordia nodosa* y *Croton iechleri*. Una cocción de las hojas de *Cordia* se usa para tratar mordeduras de serpiente e insectos, combatir la infección, y promover la curación. El *Croton* se usa ampliamente para promover la curación de heridas y ha habido persistentes rumores de que una compañía farmacéutica norteamericana piensa comercializarlo en un futuro cercano (Kohn 1992 y comunicación personal 1993).



**Figura 17.** Detalle de la cabeza de la Figura 16 que muestra el casco puntiagudo en forma de tocado, los grandes ornamentos de metal que cuelgan detrás de las orejas y las orejeras. Esta figura también lleva dos bezotes que se proyectan desde el mentón. Colección privada, Quito.

doble: uno más largo y sin decoración se usaba debajo de otro muy adornado con cuentas y conchas. Este vestido doble recuerda los usos de los Cañari modernos que llevan, a menudo, dos tabardos, uno más corto que el otro. Algunos de los tabardos Jama-Coaque tienen un reborde decorado en la misma forma que las faldas cortas de Bahía. En general, los tabardos costeros están tan decorados con conchas, cuentas, borlas, etc., que son más joyería que vestido. Los tocados Jama masculinos son a menudo sumamente elaborados, cubiertos con pájaros enteros, arreglos de plumas, o conchas enteras como los de Bahía. Un nuevo aspecto de los tocados, que se encuentra

en todas las culturas costeras contemporáneas es un par de alas flexibles largas atadas a la parte superior de los tocados y que caen sobre las espaldas a la altura de los hombros o más abajo. Estas alas flexibles normalmente se decoran, a menudo con cuentas o cequíes y generalmente tienen una franja u otro reborde decorativo (**Figuras 17 y 18**). Normalmente van atrás de la oreja enmarcando los ornamentos de las orejas. Están presentes tanto en los tocados masculinos como femeninos, en contraste con los vestidos encapotados que, a pesar de su derivación de las capuchas Valdivia, un tocado masculino, son llevadas sólo por las mujeres. Algunas figuras Bahía y Jama-Coaque llevan un vestido de una sola pieza que cubre los brazos y piernas (**Figura 19**). Este parece haber sido hecho de varios tejidos unidos dejando una abertura para la entrepierna. Algunas figuras muestran claramente que los “pantalones” eran rectángulos independientes de tela envueltos alrededor de la pierna y colgados del cinturón que también sostuvo el guayuco o la falda. Las “mangas” largas aparentemente también eran pedazos separados, atados a la altura del hombro al vestido superior que era un tabardo cosido en los lados para hacer una túnica que iba hasta la cintura, virtualmente la única túnica en el Ecuador preincaico. Algunos de estos trajes parecen haber sido decorados con lá-



**Figura 18.** Vaso doble Jama-Coaque con la figura de un guerrero en la parte frontal. Esta figura lleva elaborados ornamentos de metal que pueden ser comparados con piezas encontradas en contextos arqueológicos: orejeras, narigueras, pezoneras y la decoración de la parte superior del taparrabos. Este guerrero también lleva un tocado elaborado, brazaletes y collar de cuentas, probablemente de concha. Museo del Banco Central, Guayaquil, GA-1-2571-83.



**Figura 19.** Figura Bahía grande que lleva un elaborado disfraz con placas de cuero o tela de corteza que se proyectan hacia fuera; el disfraz se completa con una capucha bordeada por cuentas, orejeras pequeñas y dos bezotes sobre la barba. El objeto que sostiene no ha sido identificado. Museo del Banco Central, Quito, sin número de identificación.

minas de cuero mientras que otros se parecen más a una chaqueta larga hecha de “retazos” de tejido o de corteza (**Figura 20**). Otros fueron adornados con borlas o cubiertos con lo que parece ser cabello, de forma similar al traje de los bailarines de *sacha runa* en la región montañosa del Ecuador. No parece haber ninguna asociación específica entre estos trajes y la figura del guerrero, como sí era el caso en la Mesoamérica prehispánica. En la cultura contemporánea Tumaco-La Tolita los tocados fueron, generalmente, menos elaborados que los de Bahía y Jama-Coaque, aunque existen algunas versiones de tocados elaborados en forma de la cabeza entera de una serpiente, felino u otra criatura menos discernible. La cara del usuario aparecía en la boca del animal. Los tocados y accesorios Tolita también muestran que la práctica de reducir cabezas, hoy restringida a la selva oriental, era conocida en la costa; las cabezas reducidas se usaban, probablemente, como parte del traje ceremonial (Di Capua 1978).

En general parece que los vestidos en las figurinas Tolita eran menos elaborados que los de Bahía y Jama-Coaque, pero esto puede deberse a la construcción de

la mayoría de las figuras Tolita, ya que la técnica normal de su construcción era la utilización de moldes de una sola pieza. Las mujeres Tolita llevaban una falda envuelta. La ausencia de cinturón se muestra en las placas eróticas, en las cuales la mujer está reclinada mostrando sugestivamente su falda suelta con dobleces hacia delante (**Figura 21**). El guayuco masculino es bastante ancho y a menudo la sección colgante al frente se forma



**Figura 20.** Figura Bahía que representa un individuo que participa en un ritual y que sostiene raíces de arracacha (*Arracacha esculenta*) en sus manos y lleva un tabardo largo hecho de placas superpuestas, cosidas unas a otras. El tocado de esta figura tiene la forma de una bestia fantástica que cubre la cara del individuo casi totalmente. Museo del Banco Central, Guayaquil, GA-1-2179-82.



*Figura 21. Placa de cerámica Tolita Clásica que muestra un hombre desnudo tocando una mujer vestida, cuya falda enrollada ha sido soltada. Colección privada, Quito.*

con cuentas pequeñas o cuentas pequeñas y grandes son comunes a lo largo de la costa norte. La gente Tolita aparentemente llevaba con frecuencia pendientes múltiples y algunos hombres llevan pendientes trapezoidales, probablemente también de metal. También son comunes las perforaciones múltiples de la cara con ornamentos insertados y ornamentos de pezón idénticos a los de Jama-Coaque. Las figurinas incisas y modeladas muestran que se practicaban el tatuaje y la escarificación facial. La pintura facial y corporal probablemente también era común, pero la mala preservación de la mayoría de las cerámicas Tolita evita cualquier estudio sistemático de la pintura corporal.

32

### **El período de Desarrollos Regionales en las tierras altas**

El período de Desarrollos Regionales en las regiones montañosas es

un abultamiento quizás especialmente tejido para lograr una forma curva. Los extremos colgantes del guayuco tienden a llevar una decoración incisa simple, quizás representando patrones de tejido o bordado. Los hombres Tolita también usaron tabardos decorados y trajes de una sola pieza. En Tumaco-La Tolita estos se cubren, a menudo, con conchas o lo que parecen ser borlas o mechones de estambre o cabello (**Figura 22**). Es posible que estos trajes también estuvieran decorados con plumas, pero la mayoría de las decoraciones son, claramente, borlas o lentejuelas de alguna clase. Una variante es de tejido sin decorar que parece ligeramente rígido, como si fuera corteza o un material similar, bordado y con cuentas a la altura de las muñecas y tobillos. Este traje a veces va con una falda encima y, normalmente, se acompaña por un elaborado tocado o con una máscara que cubre la cara y la cabeza (**Figura 23**). Algunos de los hombres que llevan estos trajes parecen estar imitando una deidad. Muñequeras, rodilleras y tobilleras, pectorales y collares de 2-3 cuerdas



*Figura 22. Vista frontal y posterior de la parte superior de una figurina Tolita Clásica. Esta figura, popularmente conocida como sacha runa, lleva una prenda completa con un taparrabos encima. En la parte de atrás del tocado se proyectan unas borlas; el nudo que sostiene su collar de cuentas se ve con claridad. Aunque las decoraciones frontales del tocado están rotas la cara exhibe aretes grandes y dos bezotes pequeños, llevados por este ejecutor o imitador de las deidades. Colección privada, Quito.*



**Figura 23.** *Figurina Tolita Clásica de un "actor" que lleva un vestido completo con un elaborado tocado y una falda para hombres. El tocado está roto. Casi todas las figurinas Tolita han sido encontradas en contextos domésticos, por lo cual las piezas auténticas rara vez están enteras. Colección privada, Quito.*

menos conocido. Las tumbas en la región de Chordeleg/Gualaceo y las de cerca de Quito en La Florida han conservado algodón y textil de fibra de camélido, el último con colgantes y cequíes de cobre. Las escasas figurinas muestran desnudez o la misma ropa de la costa: un guayuco o una falda envuelta (Buys y Domínguez 1988). La existencia de ornamentos dorados de decidido aspecto peruano así como cerámica importada sugieren que las provincias del sur estuvieron en estrecho contacto con el Perú. No debe ser un accidente que poco después en la cultura Sicán del Perú noroeste se empezara a pintar buzos de *Spondylus* y que los artistas de Chan Chan, al sur en el Valle de Moche, mostrarán la misma escena en sus frisos arquitectónicos (Pillsbury 1996). Esto



**Figura 24.** *Vaso-efigie Panzaleo que representa un hombre (?) arropado con una manta con rayas. La sencilla banda de la cabeza, el collar inciso y la pintura facial son típicas de este raro estilo representativo de las tierras altas. Colección privada, Quito.*

debe haber sido reflejo del creciente comercio de la concha roja. Los raros vasos figurativos de la poco conocida cultura Panzaleo<sup>14</sup> del Cotopaxi-Tungurahua muestra hombres en amplios vestidos rayados algunos de los cuales aparentemente estaban abiertos al frente y envolvían todo el cuerpo (**Figura 24**). El informe del gobernador de 1582 para Otavalo, aunque está lejos hacia el norte, se refiere a un vestido similar que era usado antes de la introducción de la ropa inca: un vestido grande de algodón envuelto dos veces alrededor del cuerpo (Paz Ponce de León 19:15). Una figura Panzaleo mues-

<sup>14</sup> El término Panzaleo se utiliza de una manera confusa en la arqueología ecuatoriana porque se refiere, indistintamente, a los habitantes de la región en el siglo XVI, a un tipo de cerámica de las vecindades de Riobamba fechada entre 200 a.C. y 500 d.C. y a una cerámica gris, gruesa y no representacional del segundo milenio a.C. encontrada desde Latacunga y Riobamba hasta el norte de Quito, pero quizás manufacturada en las tierras bajas orientales (Bray 1995). Este uso contradictorio del término Panzaleo está basado en un mal hábito de los primeros arqueólogos y de los anticuarios, quienes dieron a los restos prehispánicos de cualquier región el nombre de sus habitantes históricos. Puesto que muchos de los artefactos a los que se dieron estos nombres históricos fueron guaqueados y provinieron de distintas partes del país, contrario a lo que se creía, este mal hábito ha producido serios problemas de nomenclatura.



**Figura 25.** Coquero Capulí. El pelo corto sin decoración y las orejas pequeñas son típicos de este estilo. Este hombre sentado lleva su manta doblada sobre su cuerpo y un taparrabos en forma de pañal. Museo Arqueológico de la Universidad de Caldas, Manizales.

decoraban con los mismos patrones geométricos del resto de la cerámica, aunque éstos también pueden aproximar los patrones que tenían los vestidos realmente. Las figuras antropomorfas Capulí, en contraste con las de la costa, no llevan cantidades de joyería, aunque los hallazgos en las tumbas de la región indican que las personas llevaban elaborados ornamentos en las orejas y nariz, collares y otros ornamentos de metal, piedra, semillas, y concha.

### Período de Integración

Las representaciones de trajes de este período muestran los mismos vestidos (o falta de vestidos, según el caso) de los siglos anteriores. La cerámica pintada de la cultura

tra a un guerrero con torso pintado y llevando un cordón de pene, un “vestido” llevado en Ecuador oriental hasta el presente. Sin embargo, en la cultura Capulí de la lejana provincia norteña del Carchi (y el Nariño colombiano adyacente), se produjo una gran cantidad de vasijas y figurinas modeladas<sup>15</sup>. Éstos muestran a los varones con cortes de cabello simple, desnudos, o llevando un cinturón estrecho o un guayuco, sentados en bancos y mambeando coca (**Figura 25**).

Algunos hombres llevan un pedazo de tela puesto diagonalmente sobre el pecho. En las figuras más elaboradas esta tela parece estar doblada y esto puede ser una indicación de la manera en que la gente cargaba los vestidos cuando no los usaba. Las mujeres llevan una falda de longitud hasta el tobillo y el cabello largo con capul delante como en los hombres (**Figura 26**). En algunos raros ejemplos la falda es un *sarong* que cubría el torso y pechos y que llegaba hasta la pantorrilla o los tobillos. Las faldas se de-



**Figura 26.** Mujer Capulí con pelo largo y una falda larga enrollada; la figura tiene vestigios de pintura facial simple. Museo Arqueológico de la Universidad de Caldas, Manizales.

<sup>15</sup> Un grave problema para el estudio de las vestimentas Capulí es la cantidad de falsificaciones y de figuras repintadas. Las falsificaciones más obvias y el repintado de piezas prehispánicas auténticas, muchas veces sin pintura o con decoración perdida, han sido comunes en este estilo desde (por lo menos) el final de la década de 1950. Muchos museos y colecciones privadas contienen cantidades significativas de piezas dudosas; muchas de esas piezas tienen ornamentos de metal “restaurados” sobre ellas.



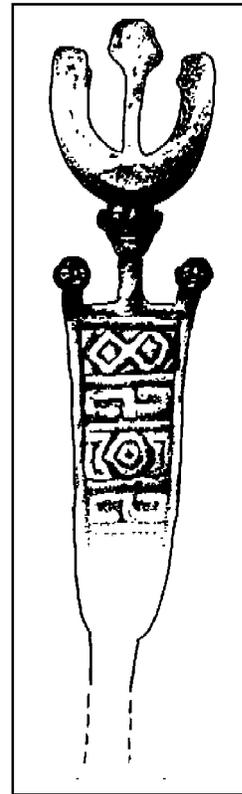
**Figura 27.** Cuenco Tuza que muestra nueve hombres danzando (?) y vistiendo tabardos idénticos. El tocado puede representar un tipo de gorra o casco. Colección privada, Quito.

otras encima que cubrían los hombros y caían sobre los pechos. Al momento de la conquista se usaba el algodón, la corteza y, al parecer, la fibra de *Furcraea* para hacer la ropa en esta región. La cuestión de la materia prima es importante porque influye en la clase de decoración usada. Las figuras Capulí muestran, de vez en cuando, diseños geométricos elaborados en las faldas llevadas por las mujeres. Es muy probable que éstas fueran de tapiz o una técnica de trama suplemental si los vestidos eran hechos de algodón. Las telas de *Furcraea* y de corteza son más comúnmente pintadas, una técnica que libra al diseñador de la necesidad de seguir la estructura básica del textil.

No hay casi ninguna evidencia arqueológica del vestido prehistórico en la cultura Cañari. Las raras figurinas que se han encontrado en Ingapirca y otros sitios ocupados por los Cañari muestran muy poca evidencia de vestidos. Algunos de los entierros femeninos de Ingapirca<sup>16</sup> contenían alfileres de

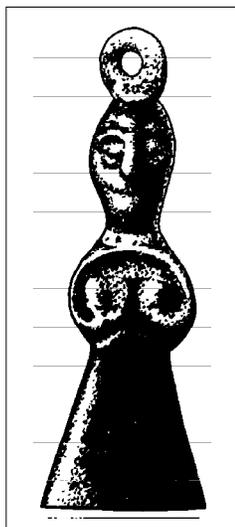
Cuasmal-Tuza del Nariño describe hombres que llevan tabardos elaboradamente decorados (**Figura 27**). Cieza de León (1984, primera parte, cap xxxiii), al atravesar la tierra de los Quillacingas históricos, que pueden, en parte al menos, corresponder a las personas que fabricaron la alfarería Cuasmal-Tuza, dice que los hombres llevaban un guayuco y un manto de algodón ancho y abierto a los lados, similar a los vestidos que se muestran en los cuencos de Tuza.

Las mujeres Quillacinga llevaban pequeños mantos a manera de faldas y



**Figura 28.** Objeto de bronce Cañari que muestra una figura con un tocado inusual en forma de medialuna, con cabezas trofeo en sus hombros y lo que parece ser un tabardo decorada. Esta es una rara pieza representacional del sur de la región andina de Ecuador (Verneau y Rivet 1912, Figura 21).

<sup>16</sup> Los enterramientos de Ingapirca no se pueden fechar con precisión. El sitio fue ocupado tanto por los Cañari como por los Incas y puede haber sido reutilizado por los Cañari después de la Conquista; es posible que algunos de ellos daten de la Colonia temprana. La tumba femenina más elaborada, la Tumba 1 del sector Pilaloma del sitio, es un buen ejemplo en este sentido: aunque los excavadores atribuyeron este complejo arquitectónico a los Cañari no hay nada que distinga su diseño ni su arquitectura del resto de la ocupación Inca. Definitivamente el estilo de la tumba, una mujer enterrada con diez sirvientes (?) en una tumba en forma de bota cubierta con una estela de piedra, no es Inca (Fresco 1984:79-82). En cualquier caso, debido a que la mayoría de los *tupus* de Ecuador han sido guaqueados, estos son, en general, inútiles para estudiar la difusión del estilo de vestido Inca en el norte de los Andes.



*Figura 29. Figura femenina Cañari de bronce, quizás colonial, vestida con una falda enrollada apretada y una tela para los hombros (Verneau y Rivet 1912, Figura 13).*

cobre para ropa similar a la de los Inca, lo que sugiere que en este sitio algunas mujeres, por lo menos, usaban ropa de estilo peruano. Algunos objetos extraños de cobre (quizás espátulas para frascos de cal asociados con el mambeo de coca) ilustrados por Verneau y Rivet (1912, Placas 21 y 22) muestran figuras humanas con tocados cónicos o en forma de luna creciente (**Figura 28**). Algunas de estas figuras parecen llevar tabardos, mientras que otras están desnudas. Los vestidos tienen patrones geométricos en bandas horizontales o diagonales, que pueden estar emulando los diseños de los tejidos. Algunos pendientes femeninos muestran una falda cónica larga (**Figura 29**). Aunque los Cañari llevaban cantidades de ropa durante el período colonial temprano, realmente tenemos muy poca evidencia de que ésta fuera una costumbre anterior a los Incas.

Cieza, citando información

de oídas, menciona que algunas personas en la costa llevaban tatuajes, y comparaba esto con la costumbre de los Moros (1984, primera parte, cap. xlv). Esto indica que estas personas no estaban practicando escarificación decorativa o pintura de la cara. El tatuaje de la cara en diseños geométricos, curvilíneos y rectilíneos todavía se usa entre varios grupos de Marruecos, sobre todo el bereber, y debe haber sido bien conocido por los españoles del siglo XVI. Se tatuaban tanto las mujeres como los hombres. Las figuras cerámicas de la cultura Manteño tienen a menudo diseños incisos muy elaborados en la cara y, de vez en cuando, en el cuerpo superior (**Figuras 30 y 31**). Aquellas figuras cerámicas que están vestidas llevan tabardos o faldas (**Figura 32**). Muchas figurinas están desnudas, quizás debido al propósito ritual de muchas de las piezas modeladas; los modos antiguos de vestido a menudo se conservan para las actividades rituales o para los profesionales religiosos. Las figuras Manteño usan un tocado que consiste en una gorra estirada hacia abajo para cubrir la mayoría de la cabeza. (**Figura 33**). Estas gorras están a menudo dibujadas y parecen haber sido hechas de tela. Gorras de tela similares, aunque con cordones largos, ocurren en el Perú norteño aproximadamente al mismo tiempo (Rowe 1984, Figuras 70



*Figura 30. "Incensario" Manteño que muestra un hombre desnudo y tatuado que lleva orejeras. Museo del Banco Central, Quito.*



*Figura 31. Cabeza de una figurina Manteño que muestra la típica gorra apretada y tatuaje facial. Colección privada, Quito.*

y 75). Algunos de los caciques y otras personas prominentes tenían incrustaciones de oro en sus dientes, una costumbre evidenciada arqueológicamente a lo largo de la costa desde el período de Desarrollos Regionales en adelante.

### **Las vestimentas prehispánicas de Ecuador en perspectiva**

Lo que nos dice el registro arqueológico de Ecuador es que, aunque los tejidos de algodón y otras fibras aparecen en épocas muy tempranas, la mayoría de la industria del textil probablemente se dedicó a necesidades diferentes a la vestimenta. Incluso los ubicuos mantos pueden haber sido tanto ropa de cama como de uso exterior. La desnudez, la pintura corporal y la joyería eran la regla, complementada después por vestidos que cubrieron los órganos genitales (aunque esto no parece haber sido muy importante para los ecuatorianos) y algunos otros vestidos,

como tabardos, capotillos y vestidos de una sola pieza, los cuales parecen haber

tenido una función más ritual o ceremonial que práctica. Aunque uno podría pensar que los montañeses debieron llevar más ropa, este no parece haber sido el caso, aunque ellos tenían fibra del camélido así como algodón desde el Formativo Tardío en adelante y muy probablemente tenían algunos vestidos, o por lo menos mantos o mantas de esta útil fibra. Sin embargo, dada la condición lluviosa de gran parte de la región montañosa, las personas podrían haber ido desnudas o



*Figura 32. Vaso Manteño con efigie femenina que muestra la cabeza bulbosa (quizá una combinación de modificación cosmética, estilo de peinado o turbante/gorra), típica de las figuras de esa cultura. Esta pieza lleva una falda enrollada apretada, con diseños incisos. Colección privada, Quito.*

casi desnudas a trabajar, poniéndose un manto seco dentro de la casa o usando un manto o un tabardo a manera de vestido cuando estuviera granizando o nevando y fuera necesario estar fuera de casa. También, en general, los Andes ecuatorianos son mucho más calurosos que las regiones montañosas del Perú, Bolivia, y Chile por lo cual parte del



**Figura 33.** Dos pequeñas cabezas de figurinas Manteno con gorras textiles decoradas, similares a las gorras de tela peruanas de esa época. Las cabezas modificadas cosméticamente, las orejeras y los pequeños ornamentos de la nariz son típicos de la costa de Ecuador. Colección privada, Quito.

tiempo es bastante factible llevar ningún o pocos vestidos. Aunque no hay forma de saber qué tan exactamente el vestido cotidiano está representado en las figurinas y las vasijas pintadas o modeladas, el hecho de que estas descripciones son consistentes a través de los siglos y concuerdan con las descripciones históricas del siglo XVI sugiere que ellas no son una mala guía del traje antiguo. Así, parecería que la hegemonía de dos culturas mojigatas, la Inca y la Española, fue lo que llevó a la adopción de los vestidos largos y otras vesti-

mentas que formaron la base del traje indígena histórico y moderno.

#### Agradecimientos

Quiero agradecer a Ann P. Rowe, quien me urgió para que escribiera esta investigación, y a todos mis buenos amigos y colegas con quienes he trabajado en este y otros proyectos relacionados durante mis años en los Andes septentrionales; agradezco, especialmente, a Lynn A. Meisch, Karen E. Stothert, Costanza di Capua, Myriam Ochoa, Lynn A. Hirschkind, Ernesto Salazar y al difunto Olaf Holm. La generosidad de Tom Cummings merece todo mi reconocimiento. También extendo mi gratitud a Cristóbal Gnecco y Víctor González por la traducción al español del manuscrito en inglés y a Tom Weller por los dibujos y la ayuda con el trabajo de computador.

#### Referencias

- Anawalt, P. R.  
 1998 They came to trade exquisite things: ancient west mexican-ecuadorian contacts. En *Ancient West Mexico: Art and Archaeology of the Unknown Past*, editado por Richard F. Townsend, pp. 233-250. Thames and Hudson-The Art Institute of Chicago, Londres.
- Arellano, A. J.  
 1994 Loma Pucara, a formative site in the Cebadas valley, Ecuador. *National Geographic Research and Exploration* 10(1): 118-120.
- Athens, J. S.  
 1980 *El proceso evolutivo en las sociedades complejas y la ocupación del período Tardío-Cara en los Andes septentrionales del Ecuador*. Instituto Otavaleño de Antropología, Otavalo.



Capua, C. di

1978 Las cabezas trofeo: un rasgo cultural en la cerámica de La Tolita y Jama-Coaque. *Antropología Ecuatoriana* 1(1): 72-168.

1994 Valdivia figurines and puberty rituals: an hypothesis. *Andean Past* 4: 229-280.

Cieza de León, P. de

1984 [1553] *La crónica del Perú*. Primera Parte. Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

Collier, D. y J. V. Murra

1943 *Survey and excavations in southern Ecuador*. Anthropological Series, Field Museum of Natural History, Vol. 35, Chicago.

Collier, D., D. W. Lathrap y H. Chandra.

1975 *Ancient Ecuador: culture, clay, and creativity. 3000-300 B.C.* Field Museum of Natural History, Chicago.

Cordy-Collins, A.

1990 Fonga sigde, shell purveyor to the Chimu kings. En *The Northern Dynasties*, editado por M. E. Moseley y A. Cordy-Collins, pp. 393-417. Dumbarton Oaks, Washington.

Damp, J.

1988 *La Primera ocupación Valdivia de Real Alto*. Patrones económicos, arquitectónicos e Ideológicos. ESPOL, Guayaquil.

Damp, J. y P. Norton

1991 Pretexto, contexto y falacias en la isla de La Plata. *Miscelánea Antropológica Ecuatoriana* 7(7): 109-122.

Dorsey, G. A.

1901 *Archaeological Investigations on the Island of La Plata, Ecuador*. Field Columbian Museum, Chicago.

Doyon, L.

1988 Tumbas de la nobleza en La Florida. En *Quito antes de Benalcazar*, editado por I. Cruz, pp. 51-66. Centro Cultural Artes, Serie Monográfica No. 1, Quito.

Estrada, E.

1954 *Ensayo preliminar sobre la arqueología del Milagro*. Archivo Histórico del Guayas, Guayaquil.

- 1957a *Últimas civilizaciones prehistóricas de la cuenca de Guayas*. Museo Víctor Emilio Estrada, Guayaquil.
- 1957b *Los Huancavilcas, Últimas Civilizaciones Prehistóricas de la Costa de Guayas*. Museo Víctor Emilio Estrada, Guayaquil.
- 1962 *Arqueología de Manabí Central*. Museo Víctor Emilio Estrada, Guayaquil.  
Francisco, A. E.
- 1969 *A ceramic sequence from the vicinity of Carchi*. University Microfilms, Ann Arbor.  
Fresco, A.
- 1984 *La arqueología de Ingapirca (Ecuador). Costumbres funerarias, cerámica y otros materiales*. Comisión del Castillo de Ingapirca, Cuenca.  
Gardner, J. S.
- 1982 Textiles precolombinos del Ecuador. *Miscelánea Antropológica Ecuatoriana* 2(2): 9-23.  
Gomís, D.
- 1989 La alfarería de Chaullabamba. *Catedral Salvaje* 24: 11-12.  
Guffroy, J., N. Almeida D., P. Lecocq, Ch. Caillavet, F. Duverneuil, L. Emperaire y B. Arnaud
- 1987 *Loja préhispanique. Recherches archéologiques dans les Andes méridionales de l'Equateur*. Editions Recherche sur les Civilisations, Synthèse No. 27, Paris.
- Hartmann, R.
- 1970 Mercados y ferias prehispánicas en el área andina. *Boletín de la Academia Nacional de Historia* 54(187): 214-236.
- Heuzy, J
- 1870 Le trésor de Cuenca. *Gazette des Beaux-Arts* 6: 113-124.
- Holm, O.
- 1981 *Cultura Milagro-Quevedo*. Museo del Banco Central, Guayaquil.
- Idrovo, J.
- 1987 *Instrumentos musicales prehispánicos del Ecuador. Estudio de la exposición "Música Milenaria"*. Banco Central del Ecuador, Quito.

Jijón y Caamaño, J.

- 1914 *Contribución al conocimiento de los aborígenes de la Provincia de Imbabura en la República del Ecuador*. Estudios de la Prehistoria Americana II, Madrid.
- 1920 Nueva contribución al conocimiento de los aborígenes de la Provincia de Imbabura de la República del Ecuador. *Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos* 10: 1-120 y 11: 183-245.
- 1997 *Antropología prehispánica del Ecuador*. Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Quito.

Kohn, E. O.

- 1992 *La cultura médica de los runa de la región amazónica ecuatoriana*. Abya-Yala, Quito.

McEwan, C.

- 1993 Sillas de poder: evolución sociocultural en Manabí, Costa Central del Ecuador. En *500 años de ocupación. Parque Nacional Machalilla*, editado por P. Norton, pp. 53-70. Abya-Yala, Quito.

McEwan, C. y M. I. Silva

- 1987 *Machalilla: el camino de la integración*. Colibrí II, No. 5, Fundación Natura, Quito.

Marcos, J.

- 1973 Tejidos hechos en telar en un contexto Valdivia Tardío. *Cuadernos de Historia y Arqueología* 23(40): 163-184.
- 1979 Woven textiles in a Late Valdivia context (Ecuador). En *The Junius B. Bird pre-columbian textile conference*, editado por A. P. Rowe, E. P. Benson y A. L. Schaffer, pp. 19-26. The Textile Museum-Dumbarton Oaks, Washington.

Miller, G. R. y A. Gill

- 1990 Zooarchaeology at Pirincay, Ecuador. *Journal of Field Archaeology* 17(1): 46-68.

Oberem, U.

- 1974-1976 Los Cañaris y la conquista española de la sierra ecuatoriana. Otro capítulo de las relaciones interétnicas en el siglo XVI. *Journal de la Société des Americanistes* 63: 263-274.

- 1980 *Cochasquí. Estudios arqueológicos*. Pendonerros, Otavalo.

Ochoa, M., S. Rostain y E. Salazar

- 1997 Montículos precolombinos en el alto Upano. *Cultura* 2:54-61.



- 1927 *The gold treasure of Sig Sig*. Leaflets of the Museum of the American Indians, Heye Foundation No.3, Nueva York.
- Scott, D. A. y W. Bray
- 1980 Ancient platinum technology in South America. Its use by the indians in pre-hispanic times. *Platinum Metals Review* 24:4:147-157.
- Stohtert, K. E.
- 1987-1988 *La prehistoria temprana de la península de Santa Elena, Ecuador: cultura Las Vegas*. Miscelanea Antropológica Ecuatoriana, Serie Monográfica 10, Guayaquil.
- 1993 *Un sitio Guangala Temprano en el suroeste del Ecuador*. National Museum of Natural History-Banco Central del Ecuador, Guayaquil.
- Uhle, M.
- 1921 Influencias Mayas en el alto Ecuador. *Boletín de la Academia Nacional de Historia* 4:10-11.
- Uribe, M. V. y R. Lleras
- 1982-1983 Excavaciones en el cementerio protopasto de Miraflores, Nariño. *Revista Colombiana de Antropología* 24: 335-380.
- Váldez, F.
- 1987 *Proyecto arqueológico La Tolita*. Museo del Banco Central, Quito.
- Villalba, M.
- 1988 *Cotocallao: una aldea Formativa del valle de Quito*. Miscelanea Antropológica Ecuatoriana, Serie Monográfica 2, Quito.
- Verneau, P. y P. Rivet
- 1912, 1922 *Ethnographie ancienne de l'Equateur*. 2 vols. Ministère de l'Instructione Publique, Paris.
- Zevallos, C.
- 1965-1966 Informe preliminar sobre el cementerio Chorrera. *Revista del Museo Nacional* 34: 20-27.

# El surgimiento de la rutinización religiosa: La conformación de la élite sacerdotal Tairona-Kogi.

AUGUSTO OYUELA-CAYCEDO

Profesor Asistente Visitante, Universidad de Kentucky. Investigador asociado, Museo de Arqueología y Antropología de la Universidad de Pensilvania.

.....

**Resumen:** *Los procesos que generan la institucionalización de la religión, es decir, los cambios del chamanismo al sacerdocio, se pueden trazar a través de la identificación de la rutinización religiosa, la cual está ausente en el mundo chamanístico. Esta rutinización se expresa en la cultura material, especialmente en la iconografía, estilos artísticos y en la arquitectura. La rutinización de la religión, como un proceso, puede explicar en gran medida la distribución de la cultura material en el espacio (horizontes y áreas culturales) como un complejo religioso. Los cambios temporales en los procesos de rutinización son radicales y se perciben en el registro arqueológico en diferentes fases. Estos cambios en los Andes y en Mesoamérica ayudan a explicar por qué estas áreas son diferentes en los lugares donde el chamanismo es la ideología dominante. Esta aproximación conceptual nos ayuda a entender la naturaleza de la esfera religiosa y su relación con la cultura material. Como caso de estudio se usa la evidencia arqueológica de los Tairona del norte de los Andes.*

**Abstract:** *It is argued that the changes from shamanism to priesthood or institutionalized religion can be traced through the identification of processes of religious routinization that are absent in the shaman's world. This routinization is expressed in the material culture, especially in the iconography or art styles and architecture. These expressions are typically a byproduct of the religious routinization generated by successful prophetic movements. The perspective and concepts offered in this paper allow us to rethink the impact of ideology. The routinization of religion as a process can account for most of the shared material culture in space (horizons and cultural areas) as religious complexes. Temporal changes in the routinization are radical and can be perceived in the archaeological record as distinctive phases. It is proposed that these processes are common in the Andes and*

*Mesoamerica and explain why these locations are different from areas where shamanism is the dominant ideology. This conceptual approach allows us a better understanding of the nature of the religious sphere and its relationship to the material cultural world. As a case study, the archaeological evidence of the Tairona in northern Andes is presented.*

### **La importancia de la rutinización y el surgimiento del sacerdocio.**

Una de las labores más difíciles de la arqueología ha sido encontrar evidencia, sin embargo, es más problemático tratar de identificar el cambio de chamán a sacerdote. En este artículo se argumenta que el profeta es el agente de cambio que da paso a la formación de cánones que rigen las instituciones religiosas, en otras palabras el profeta es el catalizador de cambios de chamán a sacerdote.

El profeta tiene la habilidad de transformar lo numinoso en sagrado (sobre lo *numinous* o numinoso, una palabra derivada del latín *numen*, ver Otto 1958:6-7). Ésta no es una idea nueva, varios autores argumentan lo mismo (e.g. Wallace 1956; La Barre 1972:265, Weber 1993:28; Hugh-Jones 1996:71-73). Max Weber (1993:46) revaluó la definición de profeta al relacionarla con la noción de carisma. Para Weber, el profeta es “un individuo que posee carisma y quién, por virtud de su misión proclama una doctrina religiosa o un mandato divino”. Weber continua diciendo: “el llamado personal es el elemento decisivo para distinguir entre profeta y sacerdote. Según esto, el sacerdote proclama su autoridad en virtud de su servicio en una tradición sagrada, mientras que el profeta basa su autoridad en una revelación personal y en su carisma. No es coincidencia que casi ningún profeta ha surgido a partir de la clase sacerdotal”(Weber 1993:46). De acuerdo con Weber, un profeta es un ser capaz de practicar la adivinación, hacer curaciones mágicas y dar consejo. Estas son características usualmente reconocidas como las de un chamán. En uno de los trabajos más completos que existe de religion indígena Sur Americana, Laurence Sullivan compara diferentes sistemas religiosos y concluye que la autoridad religiosa se basa en tres pilares fundamentales: La posesión, el canon y el éxtasis (Sullivan 1988:387). El éxtasis es primordial bajo la autoridad de su practicante el chamán. De manera similar La Barre (1972:269-270) propone “...todas las religiones comienzan bien sea con una especie de chamán paranoico que se promociona a sí mismo, o con un sacerdote chamán que promulga la condición sobrenatural de su espíritu auxiliar o de su animal familiar. Los dioses son casi tan reales como las visiones que tienen los chamanes, aunque tal vez, no son tan reales”.

El surgimiento de un profeta puede ocurrir solamente bajo condiciones muy particulares. Por lo general, esto sucede cuando el sistema que promueve el profeta involucra un conjunto de principios nuevos que conlleva a la idea intrínseca de salvación. El discurso de salvación puede variar, pero todas sus formas posibles se consideran bajo el término escatología (definiendo escatología como una doctrina del más allá que expresa la idea de un destino final después de la muerte). La visión escatológica del profeta es un producto de sus revelaciones y de sus éxtasis personales que se convierten en alternativas muy importantes durante los tiempos de crisis.



La creación de centros fijos de culto es un atributo que caracteriza la transición gradual hacia la rutinización (Weber 1993:28-29). El surgimiento de los templos y santuarios refuerza el mensaje de la experiencia de movimientos proféticos. En arqueología, los procesos de rutinización se pueden asociar con el complejo sacerdote-templo. El surgimiento de una élite sacerdotal no implica la desaparición de las prácticas chamanísticas. El chamanismo siempre está presente como una forma alternativa a las instituciones religiosas, e incluso puede coexistir en el ámbito religioso, como lo demuestran varios casos etnográficos donde el chamanismo toma un lugar marginal o subversivo (Lowie 1954:161-164; Humphrey 1996; Hamayon 1996; Clastres 1977:29-30; Chaumeil 1998).

La rutinización religiosa generada por una élite sacerdotal toma ventaja de la cultura material para reproducir y mantener un nuevo paradigma religioso. Este cambio es fácilmente logrado, transformando o cambiando la iconografía y los artefactos de culto, a fin de reflejar un nuevo sistema de creencias. La ilustración de eventos y los nuevos artefactos de culto se vuelven ideológicamente importantes en el proceso de rutinización de la vida del profeta porque contribuyen a describir las revelaciones del profeta y sus transformaciones en jaguares, serpientes, aves u otros animales (ver Hugh-Jones 1996:70-71). Las representaciones de los profetas transformándose en otros seres, son interpretadas por arqueólogos como representaciones de chamanes, pero en realidad son interpretaciones de eventos que ocurrieron antes de que se formaran las elites sacerdotales y de que la rutinización se llevara a cabo permitiendo sustentar los cánones establecidos.

La distribución de los motivos religiosos, dispersos en el tiempo y en el espacio, han sido identificados en la iconografía, en los artefactos de culto, en templos y santuarios. Sin embargo, esta distribución de motivos religiosos ha sido erróneamente llamada “áreas culturales o períodos culturales”. Las llamadas áreas y períodos culturales representan la distribución del culto manejada por la élite sacerdotal. Los templos y los santuarios no son lugares de culto chamanístico, sino lugares en los cuales el sacerdote está encargado de la rutinización y del mantenimiento de lo sagrado. La representación de las danzas y de otras experiencias son importantes para la reproducción de la religión del chamán en la construcción de sus creencias escatológicas (ver Hugh-Jones 1996:62-68; Sullivan 1988:564, 591-597, 579).

Uno de los aspectos que queda para explorar son las conexiones del nuevo sistema religioso con la estructura política preexistente (ver Brown 1994; Wright 1998)

La iconografía es usada para definir “culturas” como Tairona, Muisca, La Tolita, Valdivia, San Agustín, Chavín y Nazca, entre otras. Muchos años de estudio de los cacicazgos han demostrado que la distribución de artefactos de oro o cerámica, en áreas culturales, no se puede relacionar con las unidades políticas, económicas, o grupos étnicos. La distribución espacial de materiales arqueológicos ilustra el alcance temporal y espacial del culto religioso de origen chamanístico, desarrollado por un profeta que se reproduce en una rutinización de lo sagrado y de lo divino llevado a cabo por la élite sacerdotal. Por esta razón, debemos preferir el uso del concepto de complejo religioso.



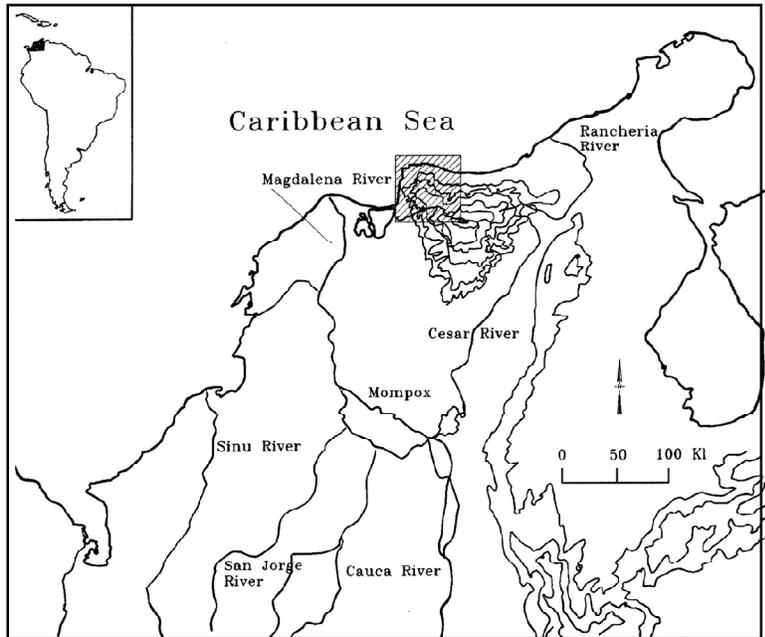


Figura 1. Mapa del norte de Colombia, área de estudio, noroeste de la Sierra Nevada de Santa Marta.

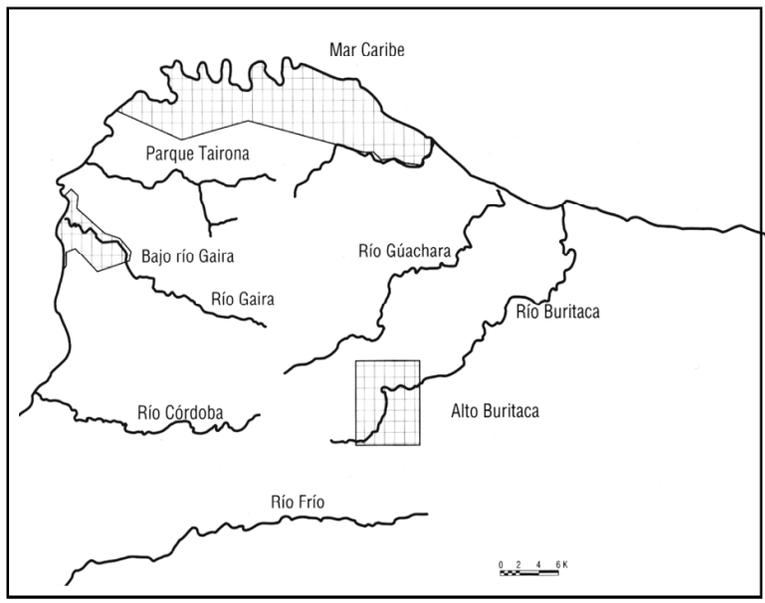


Figura 2. Mapa del área de estudio, Bajo Gaira, Parque Nacional Tairona, y Alto Buritaca.

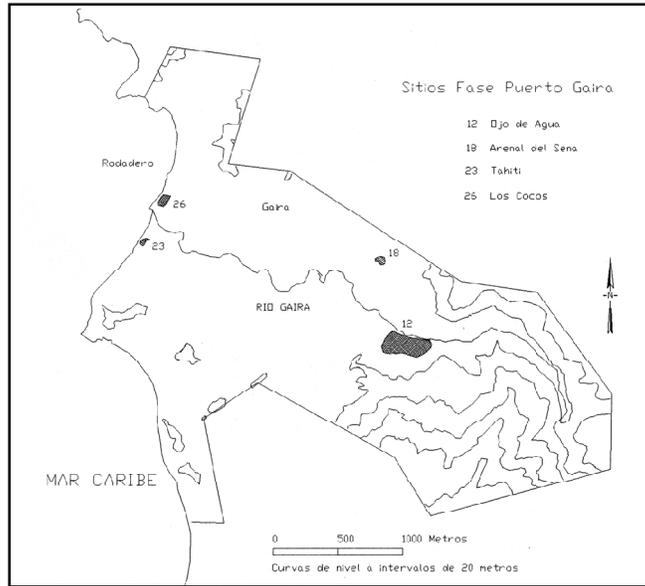
**Tabla 1.**

**Fases de la región del valle bajo del Gaira y patrón de asentamiento basado en el contexto estratigráfico de la cerámica y de las fechas de radiocarbón**

| <b>Cronología</b> | <b>Variación de la fase local</b> | <b>Patrones de asentamiento y producción de alimentos</b>                                    |
|-------------------|-----------------------------------|--|
| 900 -1500 d.C.    | Pozos Colorados                   | Concentración pequeña de pescadores y viviendas agrícolas.                                   |
| 600 a.C.-900 d.C. | Mamorón                           | Primeras pequeñas villas nucleadas orientadas hacia la agricultura y la pesca.               |
| 200 a.C.-600 d.C. | Puerto Gaira tardío               | Pequeñas villas y centros ceremoniales con énfasis en producción agrícola                    |
| 500 a.C.-200 d.C. | Puerto Gaira incipiente           | Asentamientos de jerarquía, centros ceremoniales, énfasis en agricultura y producción de sal |

a. C. Esta área se interpreta como una pequeña aldea de pescadores con unas pocas viviendas.

La cronología de Gaira se separa en dos fases (**Tabla 1**). La primera fase (500 a.C.-200 d.C.) se caracteriza por recipientes de cerámica muy elaborados, que tienen pedestales con bases en forma de bulbo y con representaciones modeladas zoomorfas similares a las reportadas para el área de Soledad en Barranquilla. La segunda fase (200-600 d.C.) se caracteriza por la presencia de cerámica típica del delta del río Magdalena y del complejo cerámico de la Ciénaga Grande, con grandes bases pedestales con forma de bulbo y decoración bicromada púrpura sobre negro, rojo sobre crema (**Figura 3**). También hay presencia de cerámica similar en las fases La Loma y El Horno del río Ranchería en La Guajira. Las prácticas de enterramiento consistían en depositar el cuerpo en una vasija que previamente fue usada para cocinar alimentos acompañada por otro recipiente cerámico con decoraciones pintadas y de profundas incisiones circulares de volutas que se usan como tapas. Estas “urnas” se encuentran asociadas a otros recipientes pequeños depositados como ofrendas (**Figura 4**). Esta cerámica de uso ritual es más elaborada en sus formas y usualmente está decorada con rojo o morado sobre un fondo negro, o rojo sobre un fondo crema, incluso con decoración incisa con curvilíneas. Estas vasijas tienen bases altas y probablemente fueron usadas para tostar hojas de coca. La evidencia para este uso es la presencia de una particular huella de hollín en el interior de la vasija, similar a la que se observa en las vasijas que cumplen esta función entre los Kogi hoy en día. Los únicos artefactos que sugieren alguna clase de rito, o actividad diferente de la pesca y la producción agrícola, son dos rodillos gigantes con motivos



*Figura 3. Mapa de asentamientos de la fase Gaira, región baja de Gaira.*



*Figura 4. Excavación de urnas funerarias de Puerto Gaira (200-600 d. C., fase tardía de Puerto Gaira).*







con respecto al del valle bajo del Gaira. El patrón de asentamiento cambia de aldeas especializadas en la pesca hacia aldeas que se localizan en los planos aluviales (**Figuras 5 y 6**). Este período se caracteriza por el surgimiento del sitio de Mamorón. Mamorón está localizado en una ladera con una superficie aproximada de 4 ha. Mamorón tiene un sistema de caminos que conecta la planicie aluvial, las terrazas y una plaza empedrada que está en frente de unas estructuras que podrían haber sido templos. Las tumbas asociadas con Mamorón son cámaras cortadas en la roca metamórfica y selladas con puertas rectangulares talladas en roca. Algunas de las tumbas encontradas tienen una profundidad de 8m. Las sepulturas en estas tumbas lamentablemente han sido saqueadas; contenían artefactos con láminas de oro que ilustran el icono del solsticio (**Figuras, 7.1, 7.2, 7.3**).

Mamorón probablemente representa una transición a lo que se conoce mejor como “La Cultura Tairona”, cuyos atributos tienen raíces en Puerto Gaira. Mamorón posiblemente tiene la primera evidencia clara del surgimiento de asentamientos que están desligados de la producción agrícola de una manera directa. Todo parece indicar que Mamorón era un asentamiento ceremonial o un lugar especializado en actividades de culto.

El Parque Tairona contiene sitios arqueológicos especializados en actividades de culto religioso. Uno de los sitios es Nahuange, donde Alden Mason excavó una tumba encontrada dentro de un montículo circular (de unos 14-15 m de diámetro) correspondiente a la Fase Cinto II (400-600 d.C.) (Mason 1931, 1936, 1939). En ella se encontraron ofrendas consistentes en recipientes cerámicos que contenían miles de cuentas perforadas y sin perforar. Algunos recipientes tenían decoración bicromática, iguales a las formas cerámicas con bases altas en Gaira y que se interpretan con relación al tostado de hojas de coca. En la tumba se encontraron treinta pendientes en forma de murciélago con alas anchas (ver **Figura 8**). Estos tipos de pendientes todavía son usados en las danzas ceremoniales de los Kogi. Los pendientes se llevan en pares en el antebrazo durante las danzas. La mitad de los pendientes fue elaborada con piedras volcánicas verdes que pueden confundirse con jade. La otra mitad estaba hecha con piedras metamórficas verdes (Mason 1936: 180). Estos artefactos son conocidos como jade nefrítico y son indicadores del período Fase Cinto II. En la tumba se encontraron siete representaciones de mujeres en las que la característica constante es la presencia de un círculo grande con un punto en la mitad que representaba el ombligo (Mason 1936: 189). Seis de ellas estaban hechas de vidrio volcánico verde y la otra estaba hecha de pizarra. Las placas delgadas de oro fueron excavadas en Nahuange en el mismo contexto temporal que las de Mamorón. Reichel-Dolmatoff (1988:149-158) se refiere a estas como representaciones iconográficas del solsticio en su estudio de orfebrería y chamanismo. Este autor también propone que la figura humana es una representación del “Padre Sol”.

No existe evidencia clara del número de individuos enterrados en la cámara mortuoria. El tamaño del montículo y la gran cantidad de los artefactos ceremoniales que se aso-

cian con las danzas indican que el sitio era un templo. La repetición de las figurillas femeninas elaboradas en piedra verde, en contraste con la representación en oro del “Padre Sol”, plantea similitudes con el contraste que hacen los Kogi entre el Sol y la Luna.

**Tabla 2.**

**Fases del patrón de asentamiento del Parque Tairona, basadas en el contexto estratigráfico de la cerámica y de las fechas de radiocarbono**

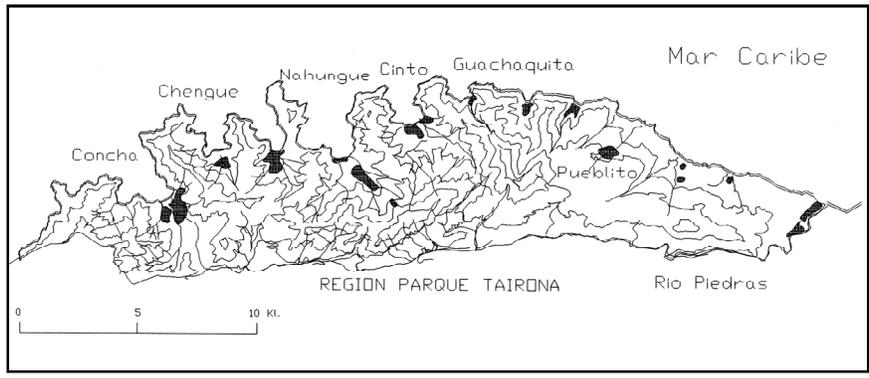
| <b>Cronología</b> | <b>Variación de la fase local</b> | <b>Patrones de asentamiento y producción de alimentos</b>   |
|-------------------|-----------------------------------|---|
| 900-1500 d.C.     | Pueblito                          | Jerarquía en los asentamientos y áreas de culto. Especialización en la producción de comida en los asentamientos. |
| 600-900 d.C.      | Cinto Temprano I y Nahuangue II   | Montículos y jerarquía interna en los asentamientos. Producción de sal y agricultura intensiva.                   |
| 400-600 d.C.      | Cinto Temprano I                  | Poblado pequeño de pescadores y producción agrícola.  |

En resumen, los antecedentes de la “cultura Tairona” están relacionados con los artefactos “importados”, como son las finas cerámicas bicolors y los artefactos ceremoniales de piedra y pendientes de oro. La formación de los lugares de culto confirman el comienzo de los procesos de la rutinización iniciados alrededor del sexto o séptimo siglo d.C. Estos sitios de culto surgen después de la crisis ambiental.

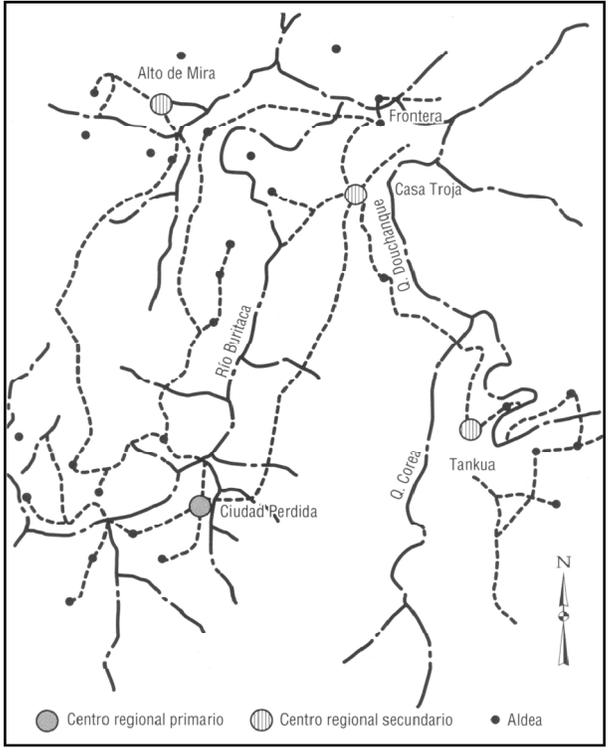
*El triunfo de la rutinización: siglos IX-XVI d. C.*

A partir del año 900 d.C. los patrones de asentamiento del valle bajo del Gaira, del Parque Tairona y del Valle del Alto Buritaca son similares en su estructura y contenido. Cientos de asentamientos han sido descubiertos; todos ellos comparten los mismos iconos religiosos metálicos, líticos y cerámicos.

Pueblito y Ciudad Perdida son los dos sitios más monumentales encontrados y tienen características urbanas (canalización de aguas, caminos, terrazas y un núcleo de terrazas que se pueden interpretar como barrios y áreas religiosas). Pueblito está localizado en el Parque Tairona (**Figura 9**). Ciudad Perdida está localizada en el valle del Alto Buritaca (**Figura 10**). Ambos sitios son asentamientos monumentales construidos de rocas y lajas en medio de una selva tropical húmeda. La secuencia de ocupación en estos dos lugares es similar. Sin embargo, el ensamblaje arqueológico es diferente en términos de las actividades diarias de sus pobladores. En el centro de Pueblito se en-



*Figura 9. Mapa de asentamientos Parque Nacional Tairona.*



*Figura 10. Mapa de asentamientos y caminos del Alto Buitaca.*

cuentran varios anillos de roca o laja que servían para marcar el perímetro de las estructuras. Llama la atención el gran número de artefactos rituales que fueron excavados por J. Alden Mason (1936, 1939) y por G. Reichel-Dolmatoff y Alicia Dussán (1952, 1953, 1955, 1954b). Ellos encontraron nichos para guardar los artefactos ceremoniales. Entre estos artefactos se encontraron veintinueve bastones ceremoniales (Mason 1931:87, 98, 1936:170-72, 172), se recuperaron treinta hachas con mango monolítico (Mason 1936:176) y pendientes con forma de murciélago con alas anchas (150 fueron recuperados en total). Todos estos artefactos se asocian a estructuras ceremoniales o lugares de culto, que tienen diámetros de 15 a 24 m (en los sitios 1, 31 y 32). El diámetro usual de una estructura usada para vivienda es menor, de 6 a 3,5 m, en Pueblito.

La cronología del Valle del Alto Buritaca es más precisa que la de las otras localizaciones (Herrera 1985; Cadavid y Herrera 1985; Oyuela 1986bc). La evidencia palinológica, el patrón de asentamiento y la secuencia de la cerámica indican claramente que el área fue colonizada después del año 900 d.C. En el curso medio del valle se encuentra un sitio poco usual llamado La Frontera. El sitio fue ocupado alrededor del siglo VII. Contiene evidencia de su destrucción por un deslizamiento de tierra y luego se construyó encima del mismo. La primera ocupación se inicia alrededor de 660 d.C. Su destrucción fue cercana a esa fecha. Este es el sitio más bajo del valle del Alto Buritaca (500 m. y mientras Ciudad Perdida está a 1.100 m. ) (Cardoso 1986; Oyuela 1983). Todos los sitios encontrados en el valle del Alto Buritaca tienen áreas centrales que se pueden designar como ceremoniales.

La Sierra Nevada revela un patrón de colonización continua a partir del siglo sexto, lo cual parece indicar una intensificación en la producción agrícola y en la explotación de nuevos territorios, gracias al uso de las terrazas y a una red de caminos. La forma de colonización era posiblemente por medio de fisión y segmentación de aldeas. La distribución del material cultural permite plantear la existencia de una integración por encima de las unidades políticas que controlan las regiones. Estas se expresan en la iconografía de los artefactos usados ritualmente como ofrendas, elaboradas en oro o tallas de rocas. La arquitectura de los lugares de culto también indica que el único factor integrador, por encima de las unidades políticas de cacicazgo, era el culto religioso.

### **Discusión**

Estamos lejos de entender el surgimiento del complejo religioso Tairona; solamente podemos crear un esquema muy general y de ideas que pueden guiar futuras investigaciones. Es posible detectar el surgimiento del complejo religioso en una crisis ecológica causada por una sequía, los procesos de desertificación en la costa, un cambio en el nivel del mar que tuvieron efectos sobre la producción costera de los estuarios obligando a la población a intensificar la producción agrícola hacia el interior de la Sierra. Luego de la crisis ecológica hay un aumento en el número de sitios localizados en los planos aluviales y, por primera vez, ocurre una ocupación de las laderas de montaña acompañada por la construcción de terrazas y de caminos empedrados. Es entonces

cuando surgen los primeros centros de culto en Mamorón y en Nahuange. En las zonas rituales de dichos asentamientos, como el caso de Nahuange, se encuentran artefactos importados hechos de vidrio volcánico verde, utilizados como placas o figurillas femeninas, y láminas de oro con iconografías que insinúan la figura del “Padre Sol”. Los artefactos importados (recipientes para tostado, oro y pendientes alados) y los lugares de culto son los únicos rasgos comunes existentes en la costa de los cuales se pueden inferir las exigencias de una élite sacerdotal encargada de los procesos de rutinizar la nueva religión.

La producción masiva de imágenes iconográficas del “Padre Sol” y de artefactos de tumbaga indican un proceso de rutinización. Hay un cambio en la forma de las representaciones de las figuras bidimensionales hechas de láminas de oro a figuras tridimensionales del “Padre Sol”, hechas con la técnica de cera perdida, desde el siglo VII. La figura antropomorfa está saturada con imágenes de murciélagos, aves, serpientes y caimanes, los cuales se interpretan como símbolos asociados con el “Padre Sol” y los clanes totémicos creados por el “Padre Sol”. Las figuras femeninas de vidrio volcánico dejan de ser hechas; las representaciones femeninas se limitan a urnas funerarias y a otros recipientes cerámicos usados como ofrendas. Bastones de rocas talladas, hachas monolíticas y pendientes alados hacen parte del ensamblaje ceremonial de la élite sacerdotal. Santuarios (por ejemplo, abrigos rocosos) se asocian a ofrendas típicas de la cultura material del siglo X en adelante y que fueron reconocidas en las cuevas cercanas y en el interior del sitio arqueológico de Pueblito.

La conquista interrumpió todo el sistema de comercio microvertical que la Sierra Nevada de Santa Marta ofrecía. Las múltiples unidades políticas organizadas en términos de sociedades de casas se desintegraron en su mayoría. La diseminación demográfica y la destrucción del sistema económico fragmentaron el Complejo Religioso Tairona. Algunos templos remotos sobrevivieron la crisis de la conquista. Durante esta crisis se generó una nueva propuesta religiosa que dio paso al cacicazgo teocrático fundamentalista que hoy en día se observa en los Kogi o en los Kaggaba (Reichel 1950, 1951; Oyuela 1986a, 1991, 1998).

#### **Agradecimientos**

Este escrito lo dedico a la memoria del antropólogo Hernán Henao Delgado, asesinado el 4 de mayo de 1999. Hernán exploró el tema del cambio del chamanismo al sacerdocio en un artículo poco conocido, “La crisis de los oficios de sacerdote y shaman” (1980). Doy gracias a Jean-Pierre Chaumeil por su invitación a trabajar en este tema, desde la perspectiva arqueológica. Una versión del presente texto se presentó en el Colegio de Francia en el coloquio organizado por Jean-Pierre Chaumeil, Jean-François Bouchard y Maurice Godelier sobre “chamanismo y sacrificio” del 18 al 20 de abril del 2000. Igualmente, doy gracias a Roberte Hamayon por sus comentarios con respecto al chamanismo y su manifestación arqueológica y a Edie Turner por sus observaciones críticas al desarrollo de comunidades religiosas.





- 1985 Las Fases Arqueológicas en las Ensenadas de Nahuange y Cinto, Parque Nacional Natural Tairona. Tesis de Grado, Universidad de los Andes, Bogotá.
- 1986a De los Tairona a los Kogi: una interpretación del cambio cultural. *Boletín Museo del Oro* 17:32-43.
- 1986b Contribución a la periodización cultural en el litoral del Parque Tairona. *Boletín de Arqueología* 1(2): 24-28.
- 1986c Excavación de un basurero en Ciudad Perdida. *Boletín de Arqueología* 1(1): 28-37.
- 1987a Aspectos culturales de las secuencias locales y regionales en los Tairona. En *Chiefdoms in the Americas*, editado por R. D. Drennan y C. A. Uribe, pp. 213-228. University Press of America, Lanham.
- 1987b Gaira: introducción a la Ecología y Arqueología del litoral de la Sierra Nevada de Santa Marta. *Boletín Museo del Oro* 19:35-55.
- 1989 Investigaciones arqueológicas en la región Baja del río Gaira, Departamento del Magdalena. Manuscrito sin publicar. Fundación de Investigaciones Arqueológicas del Banco de la República, Bogotá.
- 1991 Ideology and structure of gender spaces: The case of the Kaggaba indians. En *Gender Archaeology*, editado por D. W. Y. N. D. Willows, pp. 327-335. Proceedings of the 22nd Annual Conference of the Archaeological Association of the University of Calgary. University of Calgary.
- 1995 Centralización e integración en la Sierra Nevada de Santa Marta. *Boletín Museo del Oro* 38-39: 113-133.
- 1996 The study of collector variability in the transition to sedentary food producers in northern Colombia. *Journal of World Prehistory* 10(1): 49-92.
- 1998 Ideology, temples, and priests: change and continuity in house societies in the Sierra Nevada de Santa Marta. En *Recent Advances in the Archaeology of the Northern Andes*, editado por A. Oyuela-Caycedo y J. S. Raymond, pp. 39-53. Monograph 39, The Institute of Archaeology, University of California, Los Angeles.
- Reichel-Dolmatoff, G.
- 1950 *Los Kogi: Una Tribu de la Sierra Nevada de Santa Marta, Colombia*, Tomo I. Revista del Instituto Etnológico Nacional 4 (1 y 2):1-314. Bogotá.
- 1951a *Los Kogi: Una Tribu de la Sierra Nevada de Santa Marta, Colombia*, Tomo II. Editorial Iqueima, Bogotá.
- 1954a Investigaciones arqueológicas en la Sierra Nevada de Santa Marta; Partes 1 y 2. *Revista Colombiana de Antropología* 2 (2): 145-206.

- 1954b Investigaciones arqueológicas en la Sierra Nevada de Santa Marta; Parte 3. Sitios de contacto español en Pueblito. *Revista Colombiana de Antropología* 3: 139-170.
- 1988 *Goldwork and Shamanism: an Iconographic study of the Gold Museum*. Editorial Colima, Medellín.
- Reichel-Dolmatoff, G y A. Dussán de Reichel
- 1951 Investigaciones arqueológicas en el Departamento de Magdalena, Colombia (Partes I y II). *Boletín de Arqueología* 3 (1-6):1-334.
- 1953 Investigaciones arqueológicas en el Departamento del Magdalena: 1946-1950; Parte III. *Arqueología del Bajo Magdalena: Divulgaciones Etnológicas* 3 (4): 1-96.
- 1955 Investigaciones arqueológicas en la Sierra Nevada de Santa Marta; Parte 4. Sitios de Habitación del período Tairona II, en Pueblito. *Revista Colombiana de Antropología* 4:191-245.
- Schaden, E.
- 1989 *A Mitologia Heróica de Tribos Indígenas do Brasil*. Editora da Universidade de São Paulo. São Paulo.
- Sullivan, L. E.
- 1988 *Icanchu's Drum*. MacMillan Publishing Company, Nueva York.
- Van der Hammen, T. y W. G. Noldus
- 1986 Paleocología de la Ciénaga Grande de Santa Marta. En *Studies on Tropical Andean Ecosystems: La Sierra Nevada de Santa Marta (Colombia) Transecto Buritaca-La Cumbre*, editado por Van der Hammen, T., y P. M. Ruiz, pp. 581-588. J. Cramer, Berlín - Stuttgart.
- Wallace, A. F.
- 1956 Revitalization movements. *American Anthropologist* 58 (2): 264-281.
- Weber, M.
- 1991 *The Sociology of Religion*. Beacon Press, Boston.

# Elementos para una interpretación alternativa de los circuitos de intercambio indígena en los Llanos de Venezuela y Colombia durante los siglos XVI-XVIII <sup>1</sup>

ALBERTA ZUCCHI Y RAFAEL GASSÓN  
Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas

• • • • •

**Resumen:** *Este trabajo examina la información disponible sobre el intercambio indígena en las sabanas neotropicales de la Cuenca del Orinoco. Se argumenta que la información arqueológica disponible no apoya la existencia de circuitos comerciales extensos entre sociedades igualitarias. Además, la información histórica se refiere a sociedades que ya habían cambiado considerablemente. Se propone que nuestra percepción de estos circuitos como una red extensa es posiblemente el resultado de la incorporación de redes regionales de variada extensión y complejidad a la economía colonial.*

**Abstract:** *This paper examines the available information on indigenous exchange in the neotropical savannas of the Orinoco Basin. We argue that current archaeological information does not support the existence of extense exchange circuits among egalitarian societies. In addition, the historic information refers to already considerably changed societies. It is proposed that our perception of those circuits as one extense network is likely to be the result of the incorporation of regional circuits of diverse size and complexity into the colonial economy.*

## Introducción

El objetivo de este trabajo es proponer algunos lineamientos para una interpretación alternativa sobre las características y cambios de los circuitos comerciales indígenas en los Llanos del Orinoco durante los siglos XVI, XVII y XVIII. Sobre este tópico existen por lo menos dos aspectos que hasta ahora han recibido escasa atención por parte de los especialistas. El primero de ellos se refiere a que la evidencia arqueológica dis-

<sup>1</sup> Este trabajo fue presentado originalmente por Alberta Zucchi y Rafael Gassón con el título de Organización del Sistema del Intercambio de los Llanos Occidentales del Orinoco en la XXXVI Convención Anual de la Asociación Venezolana para el Avance de la Ciencia (AsoVAC), en 1986. Aunque algunos aspectos del mismo ya han sido ampliados o superados, se publica sin mayores cambios, ya que este manuscrito se continúa citando.

ponible en la actualidad no permite hablar de circuitos comerciales indígenas extensos, regulares y de gran alcance. En segundo lugar hay que mencionar que aunque la información etnohistórica es abundante y variada, aun los documentos más tempranos ya describen una situación profundamente modificada por el impacto de la sociedad colonial implantada. Si bien esta última se adaptó y aprovechó el antiguo comercio indígena, también generó profundos cambios en la extensión de los circuitos, en los roles de los participantes y en los bienes de intercambio.

A partir de lo anterior, en este trabajo se intentará: a) reconstruir con base en datos etnohistóricos las redes de intercambio de productos de diversos grupos indígenas llaneros, y b) señalar algunas modificaciones surgidas en ellas como consecuencia de la implantación del sistema colonial.

Con esto último no se pretende minimizar la importancia de las estructuras organizativas indígenas, muchas de las cuales demostraron una asombrosa capacidad de adaptación ante nuevas situaciones (Vidal y Zucchi 1996). Solo se desea llamar la atención sobre un proceso cuya complejidad es mucho mayor de la que se ha descrito hasta ahora. El mismo fue el producto de la dialéctica de dos mundos, el indígena y el europeo, y dio lugar a un fenómeno inédito para la época, al menos en esta parte de América.

### **Antecedentes**

Los resultados de diversas investigaciones de las décadas del 60 y 70 demostraron que durante la época prehispánica y de contacto, los Llanos del Orinoco, lejos de ser marginales, presentaban gran complejidad sociocultural, que era el reflejo tanto de una adaptación propia, como de una evolución particular (Morey 1975; Morey y Morey 1975).

En su trabajo sobre la etnohistoria llanera, Morey enfatizó que las relaciones intertribales de los llanos se habían caracterizado por complejos patrones de intercambios y guerras, los cuales estaban regidos por conjuntos característicos de normas y objetivos (Morey 1975:251). También señaló la existencia de redes comerciales, tanto a nivel local como con grupos que habitaban áreas distantes como los Andes, las Guayanas, las Antillas y las selvas del Sur. Según el mismo autor, este extenso sistema favoreció el desarrollo de especializaciones tribales, las cuales fueron “tanto condiciones como consecuencias de la simbiosis ecológica extremadamente compleja y característica del sistema comercial en los Llanos” (Morey y Morey 1975:556). Todo lo anterior sirvió de base para que investigadores posteriores propusieran la hipótesis sobre la existencia de un “Sistema de Interdependencia Regional” para el Orinoco y el mundo Amazónico (Arvelo-Jiménez 1984; Morales y Arvelo-Jiménez 1981:604; Biord 1985:84-85).

Este sistema habría tenido características similares a las que Murra (1975, 1978) describió para el mundo andino, pero con particularidades culturales y ecológicas pro-





chetes, cuchillos, puyas, arpones y armas de fuego de los grupos procedentes del Medio y Bajo Orinoco.



Figura 1. Mapa de las regiones de la cuenca del Orinoco

2) Tamanacos: Si bien las referencias sobre este grupo indígena son abundantes, muy pocas mencionan específicamente al comercio y corresponden a la segunda mitad del siglo XVII. Los Tamanacos habitaban la zona comprendida entre los ríos Maniapure y Cuchivero, y para la época de Gilij ya eran poco numerosos (del Rey Fajardo 1971:149). Si bien las fuentes señalan la producción de alimentos y materias primas, son poco específicas en cuanto al intercambio. Solo se mencionan productos para el autoconsumo o para la Misión, así como su comercio con los extranjeros y “vecinos de Guayana”, quienes llegaban hasta su puerto de La Encaramada para este fin (Alvarado 1966:3). Este intercambio centrado en los europeos también queda confirmado cuando se examina la naturaleza de los productos que recibían a través de esta actividad. Gilij es el único cronista que menciona la manufactura de curare por parte de este grupo (Gilij 1965:284).

3) Otomacos: Las fuentes que contienen datos sobre el comercio de los Otomacos se extienden desde 1684 (Poeck 1974) hasta 1800 (Bueno 1965). Este grupo ocupaba sectores ribereños comprendidos entre el Sinaruco y el Apure, pero una parte importante de la población habitaba en el Orinoco Medio. Tanto Gilij como Gumilla se refieren a los





8) Piaroas: Las fuentes sobre el comercio Piaroa son escasas y tardías. Este grupo ocupaba el sector situado al frente de Carichana y Anaveni, los alrededores del Cateniapo y del Guanaima, es decir, las cercanías del Ventuari (del Rey Fajardo 1971:82). Sus productos comerciales más famosos fueron el curare, la *caraña* y la *chica* (Gilij 1965:80, 284; Bueno 1965:136). Como ya se mencionó, con la desaparición de los Caberres, los Piaroa asumieron la producción del curare para el comercio intertribal.

9) Maipures: Las referencias sobre el comercio de los Maipures abarcan un período comprendido entre 1731 y 1780. Los datos referentes a la localización de este grupo son imprecisos y solo se señala el sector del Alto Orinoco, a partir de las desembocaduras del Meta, Ventuari y Auvana. Gradualmente se fueron desplazando junto con los Abanes, hacia la Encaracamada y el raudal de Atures (Fajardo 1971:134). Los Maipures producían tanto materias primas como productos alimenticios (Alvarado 1966:3), y Gilij los señala como los fabricantes exclusivos de dos tipos de colorantes: puruma y uanaruca (1965:20). En las fuentes tempranas se menciona que los Maipures y Guaipuinaves intercambiaron hachas por perros (Vega 1974:136). Esta información es de particular interés porque constituye la única referencia concreta sobre tratos comerciales en el marco de acuerdos de paz entre grupos. No obstante, es importante señalar que el intercambio de bienes de gran valor no era una práctica corriente. Ocurrió en esa ocasión, precisamente debido al cese de hostilidades entre ambos grupos.

10) Guipuinave: Las referencias sobre el comercio de este grupo pertenecen a un período comprendido entre 1731 y 1780. Los Guipuinaves provenían del Guaviare y ocuparon el antiguo territorio Caberre, extendiéndose hasta los raudales de Atures (del Rey Fajardo 1971:129). Entre los bienes destinados al intercambio se mencionan rallos curvos, *chica* y esclavos (Alvarado 1966:323-324; Gilij 1965:200-201, 249). Por otra parte, las fuentes señalan que todo el intercambio de este grupo estaba dirigido hacia la obtención de instrumentos de hierro.

11) Guahíbos-Chiricoas: Estos indígenas ocupaban un amplio territorio que incluía el Meta, el Airico y el Orinoco (Fajardo 1971:125). La información sobre su comercio se extiende entre 1685 y 1780. Su producción para el intercambio se centraba fundamentalmente en las materias primas (ejemplo: totumas, vainilla, piedras de iguana y de *chiguaná*). No obstante, también se mencionan algunos productos manufacturados como: *caraña*, ovillos de hilo grueso, hamacas y chinchorros y calabacillos de aceite de palma, así como *macos*, es decir, indígenas de otros grupos vendidos como mano de obra esclava.

12) Maibas: Rivero es el único cronista que hace referencia a este grupo, el cual aparentemente vivía entre los ríos Meta y Orinoco, en las riberas del Cañapurro, que es un afluente del río Onocutare (Fajardo 1917:139). El mismo autor también señala que era un grupo numeroso y que fabricaba *quiripa* (Rivero 1956:20).

13) Aruacos: Para la época del contacto, la mayoría de los Aruacos ocupaba la zona del Bajo Orinoco, una parte del Delta y las islas, y llegaba hasta las Guayanas (Civrieux

1976:11-12). Las referencias sobre el comercio de los Aruacos se extienden desde 1569 hasta 1800. Si bien durante los primeros siglos esta actividad parece haberse limitado al ámbito del Bajo Orinoco (Navarrete 1950:45), ya se señala el intercambio de mano de obra por hachas de hierro con los Caribes de la desembocadura del río Limo (Raleigh 1980:165). Las referencias tempranas también mencionan que esta gente poseía “águilas”, “caracorries” y “chagualas” de oro (Varillas 1950:58; Berrío 1950:177), y que producían hamacas, bálsamo de *canime* y ceñidores de cuentas. A partir del siglo XVII el comercio de los Aruacos se extendió hasta San Salvador del Puerto en el río Casanare (Llanos Occidentales del Orinoco). A este lugar llevaban artefactos de hierro y algunas manufacturas, entre las cuales estaban las hamacas, que eran usadas por los “caciques y principales” (Simón 1963:367). A cambio de estas últimas, este grupo recibía *quiripa* (Mercado 1966:47; Rivero 1956:161; Bueno 1965:139). Si bien las fuentes no mencionan que los Aruacos estuvieran involucrados en el tráfico de esclavos, es importante recordar que eran aliados de los españoles. Es posible que debido a esto y con objeto de hacer resaltar aun más el tráfico de esclavos de los Caribes y de sus aliados los holandeses, los españoles no mencionaran las actividades del grupo en este sentido.

14) Caribes: Gumilla indica que el territorio ocupado por los Caribes abarcaba el sector comprendido entre el Caura y el Caroní, así como la costa atlántica de las Guayanas, y las islas de Trinidad, Guadalupe, hasta llegar a Martinica (Fajardo 1971:122). Indudablemente los Caribes constituyeron el grupo cuya actividad comercial cuenta con el mayor número de referencias. Es probable que ello se deba a la naturaleza conflictiva de sus relaciones con los españoles, lo cual dio pie para que se reforzara la caracterización negativa derivada de sus actividades bélicas. Debido al volumen de información sobre el intercambio Caribe, esta ha sido subdividida por siglos. Desde 1522 se encuentran evidencias sobre contactos pacíficos entre Caribes y españoles, y entre estos y las otras “potencias extranjeras”. Igualmente, se menciona que todos comerciaban con los esclavos obtenidos de este grupo. Algunas de las referencias tempranas también indican que grupos hablantes de la lengua Caribe venían desde las Antillas (Granada y Dominica) a comerciar con Tierra Firme (Guayupe) (Ibarguen y Vera 1964:248). Por otra parte, en las fuentes se señala que además de los esclavos, los Caribes extraían materias primas que eran vendidas a los europeos. Es necesario recordar que es precisamente durante este período cuando comienzan las pugnas territoriales entre los diferentes Estados Europeos. Luego, durante el siglo XVII se incrementa el intercambio de fuerza de trabajo por artefactos de metal, con lo cual las actividades destinadas a la obtención de esclavos se intensifican y se extienden a lo largo del Orinoco. En 1648, con la firma de la “paz de Westfalia”, España reconoce las colonias holandesas de Esequibo y Surinam (Bentivenga de Napolitano 1977). Ello ocasiona una intensificación del tráfico de los Caribes en estas colonias, hasta el punto de que en 1685 se llegara a considerar que estos últimos y los extranjeros eran “dueños del Orinoco”. En esta forma, el tráfico esclavista Caribe se inserta en el marco de las disputas internacionales de la época colonial. Durante el siglo XVIII España emprende, a través de sus agentes civiles, militares y eclesiásticos, una acción definitiva para consolidar su posición en el Orinoco, evitar eventuales penetra-

ciones holandesas y frenar las actividades de los Caribes. Si bien esta acción comienza en 1721, la época en que los Caribes alcanzan su máxima dominación espacial se sitúa hacia 1733, cuando sus rutas comerciales se extendieron hasta el Guaviare y los Llanos de Casanare, y se mencionan las imposiciones comerciales de este grupo (Gumilla 1944:88-89). Es interesante señalar que si bien hasta 1730 los Caribes fueron socios comerciales de los Adoles, la intensificación del tráfico de esclavos para los europeos y la extensión de los primeros hacia la zona del Guaviare fueron factores que comenzaron a generar dificultades entre ambos grupos. A este respecto se menciona que los Caribes incluso rehusaban pagar por el paso del raudal (Vega 1974:79). Durante este siglo, los Caribes también intentaron consolidar su territorio a través del comercio, pero tuvieron que enfrentarse tanto con la resistencia de los demás grupos indígenas como con la de los agentes de la Corona Española. No obstante, a través de guerras y alianzas comerciales impuestas, lograron adueñarse del Bajo Orinoco, forzando el desplazamiento de los Aruacos fuera del área. Entre 1754, fecha de la llegada de la Expedición de Límites al mando de Iturriaga, y 1770 se lleva a cabo la “limpieza” de los puestos holandeses de Oriente. Al no contar con el apoyo holandés, el poderío caribe comienza a desmoronarse y con él se desarticulan las largas rutas comerciales que estos habían establecido durante el siglo XVII y principios del XVIII. Como consecuencia de todo esto, el circunstancial “sistema interregional” desaparece paulatinamente, sobreviviendo únicamente las redes de intercambio de carácter o importancia subregional.

### Discusión

De acuerdo con Plog, el análisis de los sistemas o circuitos de intercambio comercial debe partir de un conjunto básico de variables, las cuales constituyen sus características estructurales. Estas son: contenido, magnitud, diversidad, tamaño, ubicación temporal, dirección, simetría, centralización y complejidad (Plog 1977:129-130). Las mismas proporcionan elementos que permiten modelar los circuitos, definir sus patrones de variación en el tiempo y en el espacio, y comparar dos o más de ellos. Debido a la naturaleza de los datos utilizados, ha sido imposible examinarlas a todas en forma adecuada, especialmente a aquellas que requieren datos cuantitativos. Sin embargo, esto no impide que con este modelo en mente, se puedan reconstruir algunas de las principales características del sistema o sistemas de intercambio de los Llanos Occidentales del Orinoco (**Tabla 1**).

La variable *contenido* se refiere a la gama de materiales que circulan en un sistema de intercambio. La información más extensa corresponde al siglo XVIII. Durante este período la producción indígena incluyó tanto materias primas, como objetos manufacturados, así como personas y animales. En contraste, los bienes de procedencia europea fueron fundamentalmente manufacturas, y constituyeron el renglón más importante en cuanto a diversidad y cantidad. También es necesario destacar que la mayoría de las manufacturas indígenas podían, y de hecho, eran producidas por varios grupos. Debido a esto, cuando por causas diversas un grupo interrumpía la producción de un ítem de importancia en el cual se especializaba o destacaba, otras estaban en capacidad de suplirlo, tal como ocurrió con las cuentas de concha o *quiripa* y con el curare. En el caso



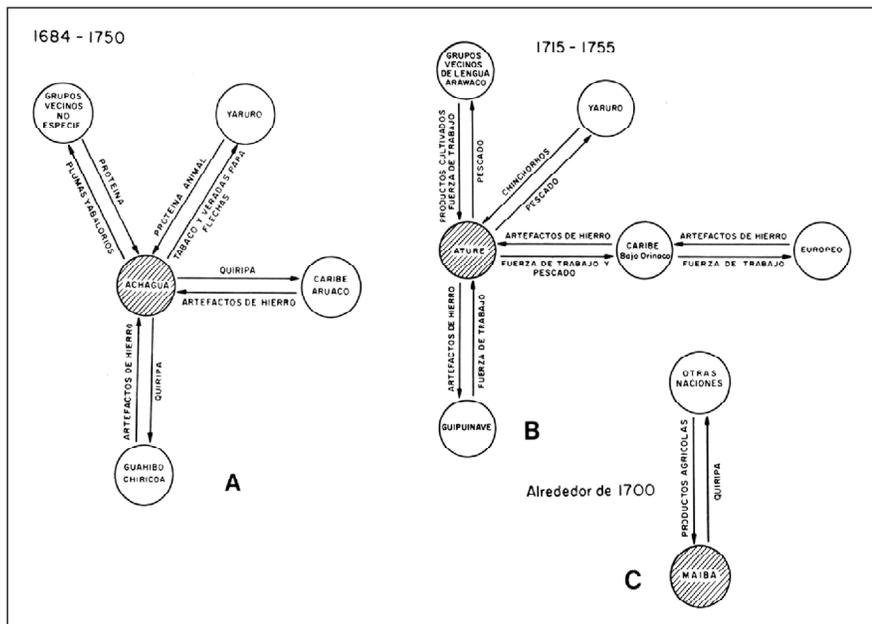


Figura 2. Circuitos de intercambio en Achaguas (A), Atures (B) y Maibas (C).

de los Achaguas (**Figura 2A**) es necesario señalar que inicialmente este grupo producía diversos bienes entre los cuales estaba la *quiripa*. La transformación del rol de esta última y su nueva importancia en el intercambio aparentemente fue una consecuencia del contacto entre las sociedades indígenas y la economía colonial implantada<sup>5</sup>.

En segundo lugar están los grupos cuyo intercambio se centró en un número limitado de productos como: los Atures (**Figura 2B**), Sálivas (**Figura 3A**), Otomacos (**Figura 3B**), Piaroas (**Figura 3C**) y Caberres (**Figura 3D**). En ese caso también es necesario aclarar que la especialización de los Otomacos en la fabricación de *quiripa* aparentemente constituyó una respuesta ante la demanda surgida a consecuencia del contacto y a la drástica reducción de la población Achagua, que había sido su tradicional productora. Algo similar parece haber ocurrido con el curare, ya que si bien se indica que era producido por diversos grupos (Caberres, Piaroas y Tamanacos), fueron los Caberres los que al momento de contacto tenían fama por dicha manufactura. No obstante, cuando esta población se redujo considerablemente como consecuencia del largo conflicto con los Guipuinaves, fueron los Piaroas los que al parecer destacaron como los principales productores para el intercambio.

<sup>5</sup> Para una actualización sobre el origen y evolución de las cuentas de concha, ver Gassón (2000).



En primer lugar, se puede decir que existen suficientes indicios para apoyar la existencia de redes subregionales. En los casos en que se observa la unión de redes grupales pertenecientes a regiones distintas (ejemplo: Achaguas y Adoles), aparentemente fue debido a que: 1) el territorio tribal de una de ellas estaba ubicado en una posición estratégica interregional (ejemplo: Raudales de Atures y Maipures), o a que 2) uno de los grupos involucrados representa una sociedad compleja (ejemplo: Achaguas). Esto último recibe apoyo de la evidencia arqueológica obtenida en los Llanos Occidentales y en el Orinoco Medio. También es necesario señalar que algunas evidencias aisladas sobre la presencia en estas zonas de bienes procedentes de otras (ejemplo: pendiente de Tumbaga del yacimiento de Caño Caroní, o los de serpentinita encontrados en el Hato de la Calzada (Zucchi 1975:50; Garson 1980:250), probablemente no indican el intercambio regular entre sociedades tribales, sino el de sociedades complejas que tenían un radio de acción mucho más amplio.

Finalmente, la evidencia etnohistórica obtenida no parece apoyar la idea de la existencia de una red de intercambio regular que abarcara toda la región del Orinoco. No obstante, la conexión interregional (ejemplo: Llanos Occidentales-Bajo Orinoco) se estableció desde los primeros siglos de la Conquista a través de dos grupos: los Aruacos y los Caribes, y posteriormente solo a través de estos últimos, quienes por un breve lapso llegaron a controlar todo el comercio del Orinoco. Esta red de intercambio a nivel interregional se basó fundamentalmente en el suministro de esclavos, *quiripa* y artefactos de hierro, lo cual evidencia de nuevo la importancia del impacto de la sociedad colonial en la configuración de un macrosistema.

Los datos no permiten reconstruir la *simetría* del sistema. Sin embargo, pensamos que las relaciones diferenciales que se establecieron entre las distintas comunidades indígenas y los agentes colonizadores pudieron ocasionar rupturas o cambios en la simetría de las relaciones prehispánicas. Al crearse o agudizarse las desigualdades entre los grupos, al ser alterado el valor de algunos bienes tradicionales (*quiripa*) y al introducirse en los circuitos nuevos recursos de valor estratégico (como las armas de fuego), es muy probable que se produjeron cambios importantes en las estructuras políticas y demográficas de las comunidades indígenas.

Por otra parte, la redefinición de los sistemas de intercambio indígenas, y su inserción y aprovechamiento por parte de la sociedad colonial implantada, también debió afectar la variable *centralización*. Durante el período precontacto existían en los Llanos Occidentales del Orinoco por lo menos tres mercados de importancia regional: San Salvador del Puerto en el Casanare, la Isla de los Atures/Adoles y la Isla de los Caberres, cada uno de los cuales era controlado por un solo grupo. En cambio, la Isla de Tortugas, frente a la Uruana, constituía un lugar hacia el cual concurrían anualmente diversos grupos, a fin de explotar los productos de las tortugas y efectuar intercambios de carácter cíclico. No obstante, después del contacto, San Salvador del Puerto, que fue un centro de producción diversificada, pasó a ser un centro de producción especializada de *quiripa*. En cambio, debido a la reducción de la población Caberre, el mercado de cura-



tempranos describen una situación ya profundamente modificada. Una reconstrucción de los sistemas de intercambio correspondientes a este período debe fundamentarse tanto en la arqueología como en los datos etnohistóricos.

### Agradecimientos

Deseamos agradecer a Arie Boomert y Emanuele Amodio las valiosas sugerencias y comentarios. A Silvia Vidal, las informaciones sobre las antiguas concepciones geográficas del Alto Orinoco; a Yajaira Freitas, las sugerencias en cuanto a la forma de organizar nuestros cuadros; a Carlos Quintero, por la paciente labor de dibujo, y a Morelba Navas y Teresa González, la labor mecanográfica.

### Referencias

Aguado, P.

1963 *Recopilación historial de Venezuela*. Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, Vol. 62-63. Academia Nacional de la Historia, Caracas.

Alvarado, E.

1966 Informe reservado sobre el manejo y conducta que tuvieron los Padres Jesuitas con la expedición de la Línea Divisoria entre España y Portugal en la Península Austral y orillas del Orinoco. En *Documentos Jesuíticos relativos a la historia de la Compañía de Jesús en Venezuela*, pp. 215-333. Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, Vol. 79. Academia Nacional de la Historia, Caracas.

Anónimo

1974 Informe sobre la misión del Orinoco. En *Documentos Jesuíticos relativos a la historia de la Compañía de Jesús en Venezuela*, pp. 320-339. Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, Vol. 118. Academia Nacional de la Historia, Caracas.

Arellano Moreno, A. (comp.)

1950 *Fuentes para la Historia Económica de Venezuela (Siglo XVI)*. Tipografía El Compás, Caracas.

Arvelo-Jiménez, N.

1984 *The political feasibility of tribal autonomy in Amazonia*. Manuscrito sin publicar, Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas, Caracas.

Bentivenga de Napolitano, C.

1977 Cedulario indígena venezolano (1501-1812). *Montalbán* 7: 425-754.



Caulin, A.

- 1956 *Historia de la Nueva Andalucía*. Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, Vol. 81-82. Academia Nacional de la Historia, Caracas.

Civrieux, M. de

- 1976 *Los Caribes y la Conquista de la Guayana Española (Etnohistoria Kari'ña)*. Universidad Católica Andrés Bello, Caracas.

Rey Fajardo, J. del

- 1971 *Aportes Jesuíticos a la Filología Colonial Venezolana*. 2 vols. Universidad Católica Andrés Bello, Instituto de Investigaciones Históricas, Seminario de Lenguas Indígenas, Ministerio de Educación, Caracas.
- 1977 *Misiones Jesuíticas en la Orinoquia*. Colección Manoa. Universidad Católica Andrés Bello, Caracas:

Earle, T. y J. Ericson

- 1982 *Contexts for Prehistoric Exchange*. Academic Press, Nueva York.

Federmann, N.

- 1958 *Historia Indiana*. Aro Artes Gráficas, Madrid.

Fernández de Bovadilla, F.

- 1964 Relación del viaje que hice desde Guayana al Alto Orinoco, de orden del coronel Don Joaquín Sabas Moreno de Mendoza, comandante gobernador de esta provincia y Río de Orinoco, a recoger el fruto de aquellos cacahuales, instruir los indios de aquel país y traer algunos capitanes de las naciones Maquiritare, Amuisana, Urumanavís y Guaipunabis. En *Relaciones Geográficas de Venezuela*, editado por A. Arellano Moreno, pp. 387-398. Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, Vol. 70. Academia Nacional de la Historia, Caracas.

Fernández Pedroche, J.

- 1974 Memorial del P. Juan Fernández Pedroche (1687). En *Documentos Jesuíticos Relativos a la Historia de la Compañía de Jesús en Venezuela II*, editado por Fajardo, J. del R., pp.190-196. Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, Vol. 118. Academia Nacional de la Historia, Caracas.

Garson, A.

- 1980 Prehistory, settlement and food production in the Savanna region of La Calzada Páez, Venezuela. Ph. D. Dissertation, Yale University, New Haven.



la Historia Colonial de Venezuela, Vol. 70. Academia Nacional de la Historia, Caracas.

Irwin Williams, C.

1977 A network model for the analysis of prehistoric trade. En *Exchange Systems in Prehistory*, editado por T. Earle y J. Ericson, pp. 141-153. Academic Press, Nueva York.

Marmión, M.

1964 Descripción corográfico-mixta de Guayana. En *Relaciones Geográficas de Venezuela*, pp. 435-457. Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, Vol. 70. Academia Nacional de la Historia, Caracas.

1979 Representación del gobernador de Guayana Don Miguel Marmión sobre el estado de la misión Capuchina. En *Misión de los Capuchinos en Guayana*; pp. 69-71, Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, Vols. 139-140-141. Academia Nacional de la Historia, Caracas.

Maron, A.

1970 Geográfica de Venezuela 1775. En *Documentos para la Historia Económica en la Epoca Colonial*; pp. 411-474. Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, Vol. 93. Academia Nacional de la Historia, Caracas.

Martínez de Oneca, P.

1979 Informe del Obispo de Puerto Rico Don Pedro Martínez de Oneca, después de su visita a los anejos ultramarinos (22 de junio de 1758-10 de mayo de 1759). En *Misión de los Capuchinos en Guayana*. Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, Vols. 368-371. Academia Nacional de la Historia, Caracas.

Martínez Rubio, J.

1966 Relación del estado presente de las Misiones que llaman de los Llanos y el Orinoco, con ocasión de que el padre Vicente Loverzo fue muerto allí a manos de los infieles. En *Documentos Jesuíticos Relativos a la Historia de la Compañía de Jesús en Venezuela*, pp. 143-168. Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, Vol. 79. Academia Nacional de la Historia, Caracas.

Mercado, P. de

1966 Historia de la provincia del Nuevo Reino y Quito de la Compañía de Jesús. En *Documentos Jesuíticos relativos a la Historia de la Compañía de Jesús en Venezuela*, pp. 1-141. Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, Vol. 79. Academia Nacional de la Historia, Caracas.

Mimbela, M.

1974 [1711] Renuncia a algunas doctrinas de la misión de los Llanos, a petición del P. Mateo Mimbela. En *Documentos Jesuíticos Relativos a la Historia de la*

- Compañía de Jesús en Venezuela*. Vol. II, pp. 254-265. Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, Vol. 118. Academia Nacional de la Historia, Caracas.
- Morales, F. y Arvelo-Jiménez, N.
- 1981      Hacia un Modelo de Estructura Social Caribe. *América Indígena* XLI (4): 603-626.
- Morey, N.
- 1975      *Ethohistory of the Colombian and Venezuelan Llanos*. University Microfilms, Ann Arbor.
- Morey, R. y N. Morey
- 1975      Relaciones comerciales en el pasado en los Llanos de Colombia y Venezuela. *Montalbán* 4: 533-564.
- Murra, J.
- 1975      *Formaciones Económicas y Políticas del Mundo Andino*. Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
- 1978      *La Organización Económica del Estado Inca*. Siglo XXI Editores, América Nuestra, México.
- Navarrete, R. de
- 1950      Relación de las provincias y naciones de los indios llamados aruacos, año de 1570. En *Fuentes para la Historia Económica de Venezuela (Siglo XVI)*, pp. 41-45. Tipografía El Compás, Caracas.
- Pedroche, F.J.
- 1974      Informaciones sobre las Misiones (1690-1692). En *Documentos Jesuíticos Relativos a la Historia de la Compañía de Jesús en Venezuela*. Vol. II, pp. 196-207. Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, Vol. 118. Academia Nacional de la Historia, Caracas.
- Pedroza y Guerrero, A. de la
- 1974      Autos fechos (sic) por el Señor Don Antonio de la Pedroza y Guerrero del Consejo de S.M. en el Real y Supremo de Indias sobre el río Orinoco. 15 de febrero de 1719. En *Documentos Jesuíticos Relativos a la Historia de la Compañía de Jesús en Venezuela*. Vol. II, pp. 297-320. Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, Vol. 118. Academia Nacional de la Historia, Caracas.
- Plog, F.
- 1977      Modelling economic exchange. En *Exchange Systems in Prehistory*, editado por T. Earle y J. Ericson, pp. 127-139. Academic Press, Nueva York.

Poek, G.

- 1974 Misión del río Orinoco en el Nuevo Reyno, 1684. En *Documentos Jesuíticos Relativos a la Historia de la Compañía de Jesús en Venezuela*. Vol. II, pp. 168-190. Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, Vol. 118. Academia Nacional de la Historia, Caracas.

Polanyi, K., C. Arensberg y H. Pearson (Editores)

- 1957 *Trade and Market in the Early Empires*. The Free Press, Nueva York.

Raleigh, W.

- 1980 *Las Doradas Colinas de Manoa*. Ediciones Centauro, Caracas.

Rivero, J.

- 1956 *Historia de las Misiones de los Llanos de Casanare y los Ríos Orinoco y Meta*. Empresa Nacional de Publicaciones. Biblioteca de la Presidencia de Colombia 23, Bogotá.

Rosenblat, Á.

- 1964 Los otomacos y taparitas de los Llanos de Venezuela. *Anuario del Instituto de Antropología e Historia I*: 227-377.

Rotella, B.

- 1974 Expedientes relativos a la fundación de Cabruta y a la actuación del P. Rotella. En *Documentos Jesuíticos Relativos a la Historia de la Compañía de Jesús en Venezuela*. Vol. II, pp. 351-394. Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, Vol. 118. Academia Nacional de la Historia, Caracas.

Ruiz Maldonado, D.

- 1964 Viaje por los ríos Casanare, Meta y Orinoco: En: *Relaciones Geográficas de Venezuela*, pp. 331-360. Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, Vol. 70. Academia Nacional de la Historia, Caracas.

Sansinenea, F.

- 1964 [1799] Descripción de la Provincia de Guayana y del Río Orinoco. En *Relaciones Geográficas de Venezuela*, pp. 401-410. Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, Vol. 70. Academia Nacional de la Historia, Caracas.

Schabel, M.

- 86 1970 Relación Histórica que de su viaje a Cocorote-Barquisimeto-Araure-Guanare-Tucupido-Barinas y El Real hace el misionero jesuita Miguel Alejo Schabel en el año de 1704. En *Documentos para la Historia Económica en la Epoca Colonial, viajes e informes*, pp. 3-45. Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, Vol. 93. Academia Nacional de la Historia, Caracas.





# Interacciones fitoculturales en el Cauca Medio durante el Holoceno temprano y medio

FRANCISCO JAVIER ACEITUNO BOCANEGRA  
Universidad de Antioquia

**Resumen:** *Se presentan los resultados de un proyecto de investigación en el Cauca Medio financiado por la Universidad de Antioquia, cuyo objetivo principal se centró en la reconstrucción del manejo de recursos vegetales por parte de los cazadores-recolectores que habitaron la región desde el Holoceno temprano al Holoceno medio. Se planteó como hipótesis de trabajo la manipulación selectiva de algunas de las plantas locales, así como su reproducción artificial, emergiendo de esta manera el cultivo de plantas como parte de las tácticas de obtención de recursos vegetales entre los habitantes de esta región andina. Para probar la anterior hipótesis se aplicaron análisis microbotánicos de polen, fitolitos y almidones, recuperados de contextos arqueológicos, a fin de estimar la fitocenosis local, así como la identificación de las plantas manipuladas y sus posibles estrategias de obtención.*

**Abstract:** *This paper presents the results of a research in the middle Cauca which was supported by the University of Antioquia. The main goal was to study the exploitation of plants by hunter-gatherers during early and middle Holocene. A working assumption was made that the selective manipulation of some local plants and their artificial reproduction was another way for getting plants among the inhabitants of this Andean regions. To prove this hypothesis microbotanical analyses pollen, phytoliths and starch grains, which was taken from archaeological sites, in order to were applied the phytocenosis of the middle Cauca and also to identify used plants and their tactics for obtaining them.*

## Introducción

En Colombia, el estudio de cazadores-recolectores todavía no se ha desligado del imaginario de los estudios pioneros, lo que explica el continuismo y la falta de rupturas posteriores, si se exceptúa, desde mi punto de vista, el trabajo de Cristóbal Gnecco en San Isidro y Neyla Castillo y su equipo en el Porce medio, quienes aplicaron nuevas perspectivas teóricas y metodológicas en el estudio de cazadores-recolectores. Además, otros problemas que enfrenta el tema de los cazadores-recolectores son, por una parte, la fragmentación de los trabajos realizados, notándose claramente la ausencia de

síntesis regionales e interregionales y, por otra parte, el abandono en que se encuentra dicha problemática, lo cual se comprueba fácilmente siguiendo los índices de las publicaciones de arqueología o el propio contenido de los dos congresos de arqueología realizados hasta el momento.

El artículo presenta los resultados de la revisión de varios contextos excavados en el Cauca Medio (cordillera Central), durante los trabajos de arqueología de rescate realizados por el grupo de arqueólogos de Integral S. A., en el área de influencia de la construcción de la carretera Troncal de Occidente, a mediados de los años 90. La revisión de los contextos se centró en el análisis de las industrias líticas y su distribución por sitio, en la redefinición de la estratigrafía y, especialmente, en la recuperación de muestras microbotánicas como el medio más idóneo para estudiar las relaciones bioculturales<sup>1</sup> de los cazadores-recolectores tempranos que ocuparon los bosques húmedos premontanos o subandinos, de la margen derecha del Cauca Medio, durante el Holoceno temprano y medio.

Dado el enfoque teórico y metodológico de la investigación donde se llevó a cabo el estudio de los contextos del Cauca Medio, el contenido del artículo se enmarca en una doble problemática, por una parte, la que concierne a la ocupación temprana y a la emergencia de la manipulación selectiva de plantas en el neotrópico y, por otra parte, el problema del reduccionismo de abordar el cambio de cazadores-recolectores a horticultores o agricultores, desde una epistemología dualística (Smith 2001).

Cuando se habla del origen del cultivo de plantas en América, inmediatamente se nos vienen a la mente México y Perú; sin embargo, un gran número de plantas cultivadas procede de los bosques húmedos tropicales de tierras bajas. Esta idea ya fue planteada en los años 50 por el geógrafo C. Sauer (1952) y en los años 70 por D. Lathrap (1968; 1970). No obstante, debido a la falta de evidencias que probasen sus hipótesis, sus propuestas no pasaron de ser consideradas meras ideas inconstruibles. Este panorama comienza a cambiar a partir de los años 80, cuando se empiezan a explorar nuevos análisis botánicos que han posibilitado que sea contrastable la hipótesis sobre la emergencia del cultivo de plantas en los bosques húmedos de tierras bajas, tales como polen, fitolitos y más recientemente almidones, especialmente gracias a los trabajos de Dolores Piperno y Debora Pearsall, quienes en 1998 publican «*The Origins of Agriculture in the Lowland Neotropics*», un texto básico para abordar la problemática de los orígenes de la producción artificial en el neotrópico, cuyo propósito no es otro que demostrar la ocupación temprana y, especialmente, el origen autóctono del cultivo de plantas en medios tropicales, reclamando de esta manera la importancia de los bosques neotropicales como focos históricos de desarrollos locales, equiparables a las regiones tradicionales de América, reivindicando de alguna forma los antiguos planteamientos de Sauer y Lathrap.

<sup>1</sup> Se refiere a las diferentes estrategias con las cuales los seres humanos interactúan con el medio ambiente para asegurar su supervivencia estableciéndose relaciones de codependencia entre los individuos y las plantas que pueden derivar tanto en procesos conservacionistas, evolutivos como también de extinción. En el caso del presente artículo, se centra en el estudio de las interacciones fitoculturales o, dicho con otras palabras, en el aprovechamiento y manipulación de plantas y sus posibles efectos ambientales y culturales entre los habitantes del Cauca medio entre el Holoceno temprano y medio.

(1998:5) plantean que los ecosistemas tropicales deben ser entendidos en su justa medida; es decir, ni tan hostiles como han planteado autores como Bailey y otros (1989), ni tan benignos como lo plantean Colinvaux y Bush (1991) o Bauchet y otros (1991) asumiendo de este modo las limitaciones de estos nichos en términos de recursos alimenticios, como consecuencia de la baja densidad de recursos comestibles, pero tampoco negando la posibilidad de ser habitados por cazadores-recolectores. Asimismo, en una perspectiva diacrónica, estas autoras arguyen que la disminución de la tasa de retorno<sup>2</sup> entre los cazadores-recolectores, debido a los cambios pospleistocénicos que afectaron la estructura de los recursos, condujo a estos grupos a implementar nuevas tácticas de obtención de alimentos, como es el cultivo de plantas, para mantener altas tasas de retorno (Piperno y Pearsall 1998:27). Las evidencias que sostienen sus hipótesis proceden de bosques húmedos tropicales de tierras bajas y premontanos de regiones de Panamá, Colombia, Ecuador y Perú, datadas entre ca. 9000 y 8000 a.P. (Piperno y Pearsall 1998: 4).

Respecto a la segunda problemática, en un artículo publicado recientemente, B. Smith (2001) aborda el tema sobre el riesgo de reducir el cambio de cazador-recolector a agricultor desde una perspectiva dualística, esto es, reducir el cambio y, por lo tanto, la historia a etapas que dan cuenta, primero, de formas de vida incompatibles según la vieja idea del evolucionismo decimonónico de superación de estadios de progreso y, segundo, a cambios súbitos, radicales, en forma de generación espontánea. El problema de esta concepción evolutiva idealista progresiva es su esencialismo, pues entre otras falencias no tiene en cuenta estados híbridos, que originan los espacios de transición que se puedan dar entre las categorías dualísticas.

Smith (2001), basándose principalmente en tres autores, Ford, Harris y Zvelebil, concluye que tácticas como el cultivo de plantas no son suficientes para transformar de inmediato a una sociedad cazadora-recolectora en hortícola y mucho menos agrícola, pues, como arguye, hay grupos actuales, como los Cocopa o los Kumeyaay en Estados Unidos, o, en nuestro medio, los Nukak (Colombia) (Sotomayor *et al.* 1998; Cárdenas y Politis 2000), los Waorani (Ecuador) (Yost y Kelley 1983), los Aché (Paraguay) (Hill y Hawkes 1983) o los Hiwi (Venezuela) (Hurtado y Hill 1990), entre otros, que a pesar de cultivar plantas, no son considerados como agricultores los primeros, ni horticultores los segundos, debido, básicamente, al menor peso que ocupan las plantas cultivadas frente a los recursos silvestres.

En consecuencia con el marco contextual expuesto, el objetivo del artículo es doble: por una parte, demostrar la manipulación selectiva de plantas autóctonas del bosque húmedo premontano o subandino del Cauca Medio (Cordillera Central) y, por otra parte, que el manejo selectivo no es factor determinante por sí solo que explique el surgimiento de modos de producción diferentes del de los cazadores-recolectores. En este sentido, los hallazgos del Cauca Medio han aportado evidencias que confirman las anteriores hipótesis en relación con el manejo antrópico de los recursos del bosque durante el Holoceno temprano y medio.

<sup>2</sup> Se refiere a la cantidad de energía capturada por unidad de tiempo medido en kcal/h.

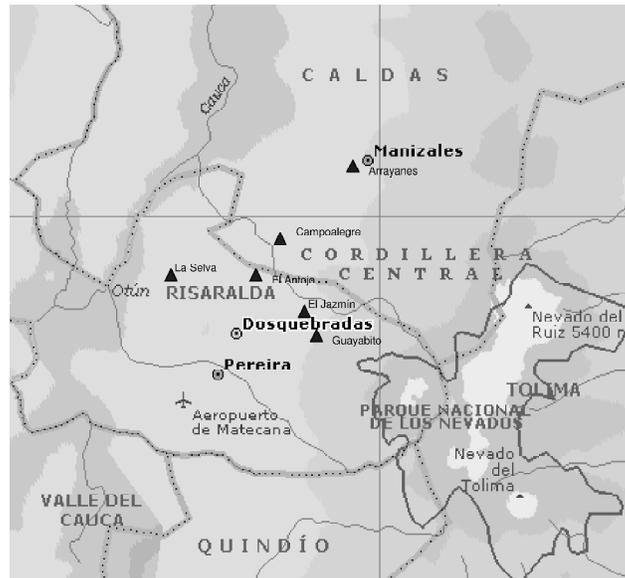


Figura 1. Localización de sitios arqueológicos del Cauca Medio.

### Los contextos arqueológicos

Los contextos revisados fueron: El Jazmín, El Antiojo, Guayabito y Campoalegre. Los tres primeros se localizan en la subcuenca del río Campoalegre, municipio de Santa Rosa de Cabal (departamento de Risaralda), mientras que el último, en la subcuenca del río Campoalegre, municipio de Chinchiná (departamento de Caldas) (Figura 1). Ambas subcuencas son tributarias de la margen derecha del río Cauca, en el piedemonte occidental de la cordillera Central. Según la clasificación de Holdridge y Espinal, los asentamientos se encuentran en la zona de vida de bosque muy húmedo premontano (Bmh-PM) (Integral 1997:4), en una franja altitudinal entre 1.200 y 1.600 m de altitud, con temperatura media de 21°C, pluviosidad media de 2.600 mm y humedad relativa del 80%.

El relieve de la zona es bastante angosto y quebrado por profundas gargantas disectadas en forma de V con vertientes largas y modeladas por movimientos coluviales en masa, cubiertos por cenizas volcánicas (Integral 1997:4). Esta geomorfología es la consecuencia de ciclos de erosión que han denudado las vertientes coluviales y sedimentado en pequeños valles aluviales, con un fuerte componente de sedimentos fluviovolcánicos procedentes del macizo Ruiz, Tolima (Integral 1997:5). El resultado es un relieve ondulado, formado por colinas bajas y redondeadas de cimas planas y amplias. De este modo, el paisaje de la zona se puede dividir en dos grandes unidades de paisaje: 1) colinas bajas redondeadas, donde se encuentran los yacimientos arqueológicos; 2) las planicies fluviales formadas sobre la terraza poligenética de Chinchiná, a partir de los sedimentos aluviales y volcánicos (Integral 1997:6).

En términos generales, los contextos se tratan de sitios policomponentes con ocupaciones que datan desde el Holoceno temprano hasta el Holoceno reciente, los cuales no presentan evidencias de perturbación más allá de las que puedan causar microagentes, como raíces o pequeños organismos, como hormigas u otros insectos. Los arqueosedimentos están formados por sedimentos de la región alterados por los usos antrópicos, lo que ha dado lugar a suelos profundos con horizontes A, B y C, tipo andosoles húmicos, de color oscuro y textura franco-arcillosa con alto contenido de materiales volcánicos, debido a la proximidad del parque de los nevados. Este último factor explica la fertilidad relativamente alta de los suelos de la región (Integral 1997:7).

En cuanto a las evidencias culturales recuperadas durante las excavaciones, estas se reducen únicamente al componente lítico, representado por varias clases de artefactos que dan cuenta del uso de los espacios, así como de las labores llevadas a cabo en cada una de las ocupaciones. Posteriormente, como parte de la revisión de estos asentamientos, se recuperaron evidencias microbotánicas, a fin de abordar el tema de la explotación de los recursos vegetales y, por tanto, del manejo del territorio, superando de esta manera las limitaciones de los estudios morfofuncionales que basan la funcionalidad de los artefactos únicamente en la forma de los bordes, a la vez que se abren nuevas perspectivas metodológicas para estudios de paleoecología humana.

De modo muy genérico, la tecnología lítica se caracteriza por la combinación de tres clases de artefactos: artefactos sobre lasca, artefactos sobre cantos rodados de grano grueso y artefactos modificados por uso, asociación que caracteriza a la tradición lítica de los contextos subandinos colombianos desde el Holoceno temprano hasta el medio, como así lo demuestran los hallazgos del valle del río Calima (Valle) (Salgado 1986; Gnecco y Salgado 1989; Salgado 1990), del río Porce (Antioquia) (Castillo 1998) o del municipio de Chaparral (Tolima) (Rodríguez 1995), entre otros. La tecnología lítica de estos contextos subandinos, a su vez, forma parte de la tradición tecnológica del Arcaico del Área Intermedia, que se caracteriza por la presencia de herramientas relacionadas con la obtención y procesamiento de recursos vegetales, como modificados por uso, hachas y azadas, y artefactos de talla con predominio de artefactos expeditivos<sup>3</sup>, aunque también aparecen en menor medida instrumentos más elaborados como los bifaciales.

Los artefactos de talla de la zona están manufacturados sobre dos tipos de rocas: por una parte, rocas de grano grueso como dioritas, filitas, pórfidos, esquistos, o liditas y, por otra parte, sobre cuarzo, estando ausente de estos contextos el chert. La mayoría de las lascas del primer grupo de materias primas, a excepción de unas pocas lascas con evidencias de uso, se trata de desechos de talla derivados de la reducción de cantos rodados, ya que la mayoría de los restos se concentran en el sitio El Jazmín, donde, a su vez, aparece la mayor concentración de hachas/azadas. En el resto de las ocupaciones, el total de lascas reportadas es escasamente de 161.

<sup>3</sup> Se refiere a artefactos tecnológicamente más simples y cuya duración de uso es menor, la cual es compensada con los bajos costos de manufactura o reducción (Cowan 1999).

Los artefactos de cuarzo se recuperaron de dos sitios únicamente, de El Antojó y de Campoalegre. En Campoalegre se recuperó una muestra muy exigua de 42 piezas, de las cuales, excepto una, el resto son desechos de talla. Por su parte, El Antojó se trata de un taller lítico de donde se recuperaron 4.089 piezas, de las cuales, excepto 32 instrumentos usados, 1 preforma bifacial y 25 núcleos, el resto se trata de desechos de talla que nos permitieron reconstruir cómo sería el proceso completo de reducción de los artefactos. Así, a partir del análisis de los desechos de talla, observamos una alta estandarización tanto en el tamaño como en la forma, con una marcada tendencia laminar, lo cual es un indicador de un alto grado de control técnico y de predeterminación de los soportes extraídos (Aceituno 2001:255).

Este grado de habilidad técnica en la manufactura del cuarzo se corrobora con la presencia en el taller de una preforma bifacial y de cientos de minúsculas lascas de adelgazamiento que dan cuenta del refinamiento en la talla del cuarzo. Sobre el carácter expedito o curado<sup>4</sup> no tenemos más evidencias que la mera elaboración técnica y serían necesarios más datos sobre la duración real de uso de los artefactos para poder ponderar con argumentos sólidos entre conductas expeditivas o curadas, aunque en este sentido el alto porcentaje de desechos de talla abandonados, con formas similares a los instrumentos, sugieren, además de una alta disponibilidad de esta materia prima en la zona, un reemplazo rápido de los instrumentos de trabajo.

El segundo grupo de artefactos está compuesto por un conjunto de hachas/azadas reducidas a partir de cantos rodados de grano grueso. Esta doble categorización se debe a que estos artefactos fueron bautizados, cuando aparecen por vez primera en el valle del Calima, como azadas por no presentar filos pulidos. No obstante, no es un criterio suficiente para descartar su uso como hachas, pues el filo agudo que presentan y la recuperación de fitolitos de uno de los bordes de un ejemplar de El Jazmín deja abierta la posibilidad de su uso para tajar elementos vegetales (Aceituno 2001:242). Además, en la muestra del Cauca Medio se cuenta con dos especímenes que presentan filos pulidos. Una de las características más diagnósticas de estos artefactos son las escotaduras de enmangamiento que presentan en el extremo basal (**Figura 2**) hasta tal punto que este rasgo se ha convertido en una especie de fósil guía de los contextos tempranos del suroccidente de Colombia, aunque es cierto que no todos los ejemplares presentan este tipo de estrangulamiento. Estos artefactos, indicadores de la intervención del bosque, aparecieron concentrados en El Jazmín; únicamente dos ejemplares fueron hallados en Campoalegre.

El tercer grupo lo conforman los modificados por uso, manos y bases de molienda, artefactos todos ellos que alcanzan su forma final no por procesos de reducción técnica, sino simplemente a través de su uso continuado, principalmente en el procesamiento de recursos vegetales. Las manos de molienda son cantos rodados que presentan eviden-

<sup>4</sup> Se refiere a artefactos que por lo general son tecnológicamente más complejos que los expeditivos, pero sobre todo son implementos que se trata de optimizar al máximo su manufactura, alargando lo más posible su duración de uso mediante, por ejemplo, el reavivamiento de los bordes funcionales (Shott 1986; Cowan 1999).



Figura 2. Hachas/azadas (El Jazmín).

cias de uso en las caras y en algunos de los lados o en todo el contorno de las piezas, es decir, los denominados cantos rodados con los bordes desgastados (Aceituno 2001:244). En cuanto a las bases, se distinguen dos tipos: las de una cara pulida o ligeramente cóncava por el uso y los yunques o rompecocos, lajas de piedra con una pequeña depresión muy marcada donde se depositan frutos para ser triturados (Aceituno 2001:245). Estos artefactos

aparecieron en todos los contextos excepto en El Antojo y fueron muy importantes en la revisión de contextos, ya que de ellos se extrajeron las muestras de fitolitos y almidones para la identificación de las plantas manipuladas.

#### Metodología de análisis: polen, fitolitos y almidones

La metodología que se aplicó fue el análisis de células microbotánicas: polen, fitolitos y almidones, debido a la ausencia de macrorrestos vegetales en las ocupaciones y a la preservación<sup>5</sup> de este tipo de partículas en ambientes de difícil preservación, como son los suelos tropicales (Piperno 1998), demostrando el potencial de estos análisis para abordar el tema de la explotación del medio. De lo contrario, muchos de los contextos arqueológicos del neotrópico, como los del Cauca Medio, quedarían reducidos únicamente a artefactos líticos. Así, el potencial de estos tres tipos de fitocélulas para estudiar el manejo de recursos vegetales en el pasado se debe, primero, a que su morfología depende del tipo de planta; segundo, a su resistencia a la degradación y, tercero, a que son fácilmente recuperables en los yacimientos arqueológicos.

Ahora bien, a pesar del potencial de estas partículas, en contextos de escasa preservación de macrorrestos vegetales, también presentan sus limitaciones. Así, por ejemplo, hay plantas que producen pocos granos de polen, hecho que reduce sus posibilidades de estar representadas en los sedimentos. Igualmente, en el caso de los fitolitos, no todas las plantas producen este tipo de acumulaciones silíceas; en el caso de los almidones, son susceptibles a altas temperaturas y a componentes oxidantes (Piperno 1998), a lo que hay que sumar las posibilidades de destrucción en el propio laboratorio de los tres tipos de partículas por el empleo de reactivos químicos en la preparación de las muestras. Esto quiere decir que es muy probable que los recursos vegetales identificados arqueológicamente representen solamente una fracción de los recursos verdaderamente aprovechados. Por tal razón, se recomienda el análisis de los tres tipos de partículas, a fin de identificar en los contextos arqueológicos el mayor número de plantas posibles.

<sup>5</sup> En el caso del polen, se debe a que la exina (cáscara externa) está compuesta de esporolenina, una sustancia muy resistente a la degradación, que puede conservarse hasta millones de años (Fonnegra 1989). En los fitolitos, se debe al alto contenido de sílice de este tipo de célula (Piperno 1998). Los granos de almidón son los más susceptibles a la degradación, aunque también se preservan bien en los contextos arqueológicos.

El valor de la palinología, por un lado, y de los fitolitos y almidones, por otro, además de la identificación de plantas a través de la morfología diferencial de cada tipo de partícula microbotánica, es el tipo de información que nos aportan y cómo se puede complementar entre ellas. De esta manera, la palinología nos permite, además de reconstruir la fitocenosis natural de una región, ponderar el potencial de recursos vegetales alimenticios, así como el grado de impacto antrópico, el cual depende de las estrategias de explotación, incluido el cultivo de plantas, además de estimar variaciones climáticas u otras causas naturales que expliquen cambios en la cobertura vegetal. Por su parte, los fitolitos y almidones, extraídos de artefactos (líticos, cerámica) o de piezas dentales, además de reforzar los datos ambientales derivados del polen, proporcionan información sobre las plantas que fueron procesadas directamente o consumidas. De este modo se pueden cotejar los recursos identificados en la zona como componentes del medio, con los recursos manipulados, esperándose una buena correspondencia entre ambos tipos de métodos.

Además, otra ventaja de analizar fitolitos y almidones se debe a las limitaciones de los primeros, pues a pesar de que son comunes, no todas las plantas producen fitolitos – algunas de ellas con mucho peso económico entre las culturas de bosque tropical<sup>6</sup>–, como es el caso de las plantas tuberosas, para las cuales, a excepción de la *Calathea allouia* y la *Maranta arundinácea* la probabilidad de recuperar fitolitos es muy baja (Piperno 1998). En el caso de las plantas tuberosas, esta restricción se subsana gracias a los almidones, pues plantas como la yuca, el ñame, la batata o la mafafa han desarrollado órganos subterráneos que son verdaderos almacenes de almidón.

Las columnas de polen fueron recuperadas de los sedimentos de los contextos arqueológicos a través de canaletas de aluminio, extrayéndose una muestra estratigráfica por asentamiento. Para la selección de los perfiles se siguieron dos criterios: el primero, que no presentasen indicios de perturbación, y el segundo, que dieran cuenta de todos los eventos de ocupación de los sitios, a fin de asociar la bioestratigrafía con la estratigrafía cultural, representada por suelos antrópicos con evidencias culturales, principalmente artefactos líticos. Una vez en el laboratorio, se seleccionó el número de muestras de sedimento que iban a ser analizadas, para lo cual se tuvo en cuenta la estratigrafía cultural, para intensificar el muestreo en los eventos más representativos, de acuerdo con los objetivos planteados.

Las muestras seleccionadas fueron analizadas siguiendo el método de Faegri e Iversen (1950), pero adaptado a las características de los sedimentos del área de estudio. Este método consiste en un tratamiento de las muestras con ácido clorhídrico (HCl) y ácido fluorhídrico (HF) e hidróxido de potasio (KOH), cuyos porcentajes variaron en función de las características de los suelos, con objeto de limpiar lo máxi-

<sup>6</sup> Por culturas de bosque tropical, nos referimos a sociedades que comparten una serie de estrategias comunes en su adaptación a las condiciones de los bosques húmedos tropicales y que son recurrentes en toda la franja tropical del planeta (Morán 1982: 257). Por supuesto, el uso de este concepto en absoluto pretende negar la diversidad y las expresiones particulares de cada grupo local, consecuencia de las condiciones de contingencias que afronta cada sociedad, como así lo demuestra no solamente la etnografía sino también la arqueología. Es decir, el hecho de compartir rasgos no anula la mediación de la cultura a la hora de interactuar con la naturaleza, siendo el resultado la multiplicidad de manifestaciones culturales.

mo posible las muestras sin dañar los granos de polen. Una vez limpiadas las muestras, fueron montadas en placas con gelatina glicerizada y selladas posteriormente con parafina entre 57 y 59°C. Posteriormente, se procedió a la identificación y al conteo de los palinomorfos de cada una de las placas preparadas, siguiendo la nomenclatura desarrollada por Van der Hammen a partir del modelo de clasificación de Erdtman (1952). La identificación se hizo a partir de la colección de referencia de la palinoteca de la Universidad de Antioquia y de los catálogos palinológicos de Hooghiemstra, Salomons, Van der Hammen, Herrera y Urrego. Por último, la construcción de los palinogramas y tablas se hizo con el programa especializado para palinología Tilia y Tiliagraph.

Los palinomorfos se agruparon en diferentes tipos de asociaciones vegetales teniendo en cuenta, por una parte, criterios naturales de los hábitos de las plantas y, por otra parte, los objetivos particulares de la investigación, lo que explica por qué se presentan grupos desde muy amplios como elementos de bosque, hasta grupos muy reducidos, como los elementos cultivados o las aráceas, pero muy relevantes para estudiar los impactos antrópicos en el paisaje. Así, las agrupaciones construidas fueron: elementos de bosque<sup>7</sup>, elementos de borde bosque (*Rubiaceae*); gramíneas (principalmente *Andropogon sp.* o *Bambusa sp.*); helechos<sup>8</sup> (principalmente *Lycopodiaceae*, *Deenstaediaceae* y *Plypodiaceae*); rastrojos bajos (principalmente *Piperaceae* y *Shapagnaceae*); elementos pioneros (principalmente *Compositae*, *Melastomataceae*, *Cecropiaceae*; *Sapindaceae* y *Myrtaceae*); palmas<sup>9</sup> y especies manejadas o cultivadas, estas últimas sobre las que centraremos la interpretación. El criterio base seguido en la interpretación de los resultados fue la covariación entre la agrupación elementos de bosque y las agrupaciones potencialmente indicadoras del grado y tipo de incidencia antrópica en el medio, como son los pioneros, las palmas, los rastrojos bajos o los propios cultígenos (Jaramillo y Mejía 2000: 9).

En el caso de los fitolitos y almidones, a excepción de cuatro muestras de fitolitos y una de almidones que se recuperaron de los sedimentos, el resto fue recuperado directamente de los implementos líticos con miras a identificar las plantas procesadas. La extracción de las muestras se hizo raspando con un objeto punzante los bordes con uso de los artefactos, después de ser humedecidos con agua destilada; posteriormente el agua recuperada se depositó en tubos de ensayo de 15 ml.

Los protocolos seguidos en la identificación de los fitolitos fueron, en primer lugar, las muestras que se tamizaron en una criba de 250 µm, la fracción superior se observó mediante un sistema binocular. La inferior, por el contrario, se depositó en vasos de Berzelius, a fin de eliminar los carbonatos mediante el uso de ácido acético glacial (Juan-Treserras 1998). Posteriormente, las muestras se volvieron a tamizar en un cedazo de 50 µm. La fracción superior, entre 250 y 50 µm, se reservó para observar la fracción de arenas,

<sup>7</sup> Esta agrupación es la más amplia, puesto que reúne a los componentes naturales del bosque de esta parte del Cauca Medio, incluyendo plantas con hábitos arbóreos, arbustivos y herbáceos.

<sup>8</sup> La identificación de los helechos o Pteridophyta se hace a través de esporas por tratarse de plantas criptógamas.

<sup>9</sup> Las palmas (aráceas) fueron reunidas en una sola agrupación debido al peso que tienen en la economía de los grupos tropicales.

que en ocasiones suelen contener esqueletos de sílice (Juan-Treserras 1998); la fracción inferior se dejó durante un tiempo en una solución de agua destilada y hexametáfosfato sódico, para eliminar las arcillas por sedimentación según la ley de Stokes, aislándose de esta forma la fracción limosa (50-2 um) que es la que concentra la mayor parte de los fitolitos y almidones (Juan-Treserras 1998).

Tabla 1. Resumen de evolución del paisaje del área del yacimiento El Jazmín.

| Subzona | Muestra cm | Estrato | Horizonte de suelo        | Fecha a. P.          | Clima            | Observaciones  |
|---------|------------|---------|---------------------------|----------------------|------------------|--|
| 3B      | 188        | VII     | C                         | Sin fecha            | Frío y húmedo    | <b>Cobertura:</b> Bosque (Bmh-PM) natural poco diverso y presencia de helechos en el área del sitio.   |
| 3*      | 170        | VII     | BP                        | Sin fecha            | > T° y P         | <b>Cobertura:</b> Descenso abrupto del bosque; aparecen elementos nuevos: palmas ( <i>Bactris sp.</i> ), rastrojos y gramíneas. Posible incidencia antrópica (hipótesis).  |
| 3*      | 155        | VII     | BP                        | Sin fecha            | Similar anterior | <b>Cobertura:</b> Recuperación del bosque y descenso de otros grupos. Aumento de la diversidad de las palmas ( <i>Bactris sp.</i> , <i>Geonoma sp.</i> , <i>Astrocaryum sp.</i> ).   |
| 2E      | 146        | VI      | Abp                       | Sin fecha            | Similar          | <b>Cobertura:</b> Reducción del bosque, impacto en el área, presencia de pioneros y gramíneas. Presencia alta de palmas ( <i>Bactris sp.</i> , <i>Scheelea sp.</i> , <i>Socratea sp.</i> ) y otras plantas con uso alimenticio como <i>Solanum sp.</i> , <i>Dioscorea sp.</i> , <i>Xanthosoma sp.</i>  |
| 2E      | 143        | VI      | Abp                       | Sin fecha            |                  |  |
| 2E      | 139        | VI      | Ap2                       | Sin fecha            |                  |  |
| 2E      | 136        | VI      | Ap2                       | Sin fecha            |                  |  |
| 2D      | 126        | VI      | Ap1                       | Sin fecha            | <T° y P=         | <b>Cobertura:</b> El bosque se reduce y aumento de pioneros y rastrojos. Alta presencia de palmas (mismos géneros) y de <i>Solanum sp.</i> Aparece <i>Zea mays</i> .<br><b>Evidencias:</b> Primeras evidencias de herramientas líticas y desechos de talla.  |
| 2D      | 120        | VI      | Ap1                       | Sin fecha            |                  |  |
| 2C      | 112        | V       | Ap1 (Ah)                  | Sin fecha            | <T° y P          | <b>Cobertura:</b> Bosque se mantiene, aumento de los helechos y descenso otros grupos. Buena presencia de pioneros. Plantas con uso alimenticio: palmas (mismos géneros) <i>Solanum sp.</i> , <i>Xanthosoma sp.</i> , <i>Zea mays</i> .<br><b>Evidencias:</b> Hachas-azadas, desechos de talla, modificados por uso, carbón, junto a macrorrestos que no pudieron ser identificados. |
| 2C      | 106        | V       | Ap1 (Ah)                  | 9020±60              |                  |  |
| 2C      | 100        | V       | Ap (tipo Ah) <sup>1</sup> | Sin fecha            |                  |  |
| 2B      | 84         | IV      | Abp                       | 7596±90 <sup>2</sup> | <T° y P          | <b>Cobertura:</b> Bosque se mantiene, perturbación área y posible cultivo de <i>Xanthosoma sp.</i> junto al maíz. Presencia de palmas (mismos géneros excepto <i>Astrocaryum sp.</i> ).<br><b>Evidencias:</b> Similares a anterior. Ausencia macrorrestos.   |

**Nota:** Subzona se refiere a divisiones bioestratigráficas que dan cuenta de los cambios en la vegetación que afectan a los yacimientos.

**Clima:** El signo <> significa aumento o disminución y el signo =, que se mantiene sin cambios respecto al momento anterior. T° (temperatura) y P (pluviosidad).

El aislamiento de los granos de almidón se hizo siguiendo los mismos protocolos que para el caso de los fitolitos. Sin embargo, para la observación microscópica, se utilizaron núcleos paralelos y cruzados, procedimiento especial para identificar los granulos de almidón, que, bajo este método, presentan una forma típica en cruz cuyo centro corresponde al *hilum* (Juan-Treserras 1998). Además, se procedió a un tintado con una solución de yodo y yoduro de potasio, que produce una reacción en los granos de almidón, les da una coloración azul, que permite su fácil identificación (Juan-Treserras 1998).

### Resultados de Análisis Microbotánicos

La identificación de los granos de polen nos permitió estimar la cobertura vegetal, lo que a su vez permitió evaluar el potencial local de plantas alimenticias. Los fitolitos y los granos de almidón, recuperados de los implementos líticos, nos indicaron las

<sup>10</sup> Ah se refiere a un suelo andosol húmico denominado para la zona como Otún tardío que se presenta en todo el estrato V. (Integral 1997: 77).

<sup>11</sup> El carbón se recogió exactamente a los 80 cm.

plantas que fueron procesadas directamente por los cazadores-recolectores del Cauca medio durante el Holoceno temprano y medio. La implementación de ambos tipos de análisis nos permitió contrastar el aprovechamiento de los recursos locales, ya que la mayoría de las *taxas*<sup>12</sup> registradas en el polen también lo fueron entre los fitolitos y los granos de almidón.

Comenzando por las columnas bioestratigráficas, entre los palinomorfos se identificaron palmas, frutales, tubérculos y gramíneas; plantas todas ellas que indican el alto potencial alimenticio de recursos vegetales de estos bosques subandinos o premontanos. El grupo de plantas con mayor peso en la fitocenosis local fue las palmas, representado

Tabla 2. Resumen de evolución del paisaje del área del yacimiento Guayabito.

| Subzona | Muestra<br>cm | Estrato | Horizonte<br>de suelo | Fecha<br>a. P. | Clima            | Observaciones  |
|---------|---------------|---------|-----------------------|----------------|------------------|--|
| 2B      | 77,0          | V       | B2                    | 7990±100       | Frío y           | <b>Cobertura:</b> Bmh-PM. Baja diversidad de <i>taxas</i> .<br>Palmas <i>Bactris sp.</i> <i>Astrocaryum sp.</i> <i>Socratea sp.</i><br><b>Evidencias:</b> carbón vegetal en ambas muestras.  |
| 2B      | 60,0          | IV      | B1                    | Sin fecha      | lluvioso         |  |
| 2 A     | 44,5          | III     | AB                    | Sin fecha      | <T° y P          | <b>Cobertura:</b> Bosque similar a zona anterior.<br>Perturbación del área. Presencia plantas alimenticias como <i>Dioscorea sp.</i> y <i>Amaranthus sp.</i> Cultígenos: <i>Manihot sp.</i><br><b>Evidencias:</b> modificados por uso, desechos de talla y carbón. |
| 1B      | 41,5          | III     | AB                    | 4180±80        | Similar anterior | <b>Cobertura:</b> Bosque con mayor diversidad.<br>Reaparecen las palmas. Aparecen las mismas plantas alimenticias más <i>Zea mays</i> . Con porcentaje muy elevado aparece <i>Passiflora sp.</i><br><b>Evidencias:</b> similar anterior.                           |

por los géneros *Bactris*, *Geonoma*, *Astrocaryum*, *Scheelea* y *Socratea* (Tablas 1, 2 y 3), los cuales se encuentran ampliamente distribuidos, tanto en los bosques de tierras bajas, como de montaña. Para las culturas de bosque tropical, tanto contemporáneas como históricas, las palmas siempre han constituido uno de sus recursos principales, tanto alimenticio como fuente de materias primas (Patiño 1997), así como un elemento natural incluido en la cosmovisión de muchos grupos (Morcote *et al.* 1998).

En general, los frutos de las palmas son fuentes de carbohidratos, proteínas, aceite, lípidos y vitaminas (Pérez 1956; Patiño 1997; Morcote *et al.* 1998; Herrera y Restrepo 1995; Palacios y Rodríguez 1997:9). Se destacan, entre todas ellas, la *Bactris gassipaes*, una de las pocas palmas neotropicales que han sido domesticadas (VVAA 1998:265; Politis y Rodríguez 1994; Cárdenas y Politis 2000:44). Además de su función alimenticia, las palmas constituyen una fuente inagotable de materias primas. Así, por ejemplo, la madera, además de material de construcción, es utilizada para fabricar arcos, flechas, cerbatanas, lanzas; las hojas son utilizadas para tejer la techumbre de las viviendas y también para fabricar recipientes vegetales (Patiño 1997).

El aprovechamiento de las palmas se contrastó con la observación de fitolitos de palmas recuperados de un rompecocos, una azada y de los sedimentos (estrato V) de El

<sup>12</sup> Se refiere a los géneros y, en algunos casos, a especies de plantas identificadas.

Jazmín (Juan-Treserras 2001:9) (**Tabla 4**). En el caso de los rompecocos, su utilización, para romper nueces de palmas está muy bien registrada todavía entre grupos actuales como los Nukak Makú (Politis 1995:54), quienes abren las semillas de las palmas en bases de piedra similares a las que aparecen en los contextos del Cauca Medio. Igualmente, se ha dado un pequeño paso hacia adelante en el esclarecimiento y discusión sobre la utilización de las hachas/azadas al recuperar fitolitos de palmas del filo de uno de los ejemplares, dejando abierta la hipótesis de su uso para tumbar palmas.

Otros géneros presentes en los sedimentos a los que pertenece una amplia gama de plantas con frutos alimenticios son el *Solanum* (**Tablas 1 y 3**) y la *Passiflora* (**Tabla 2**). En cuanto al primer género, en la región Andina crecen de forma silvestre las especies *S. Hirtum*, *S. Mammosum*, conocidos comúnmente como solanos, y el *S. quitoense*, más conocido como lulo, una de las principales frutas de Colombia (Pérez 1956:710). Además de su consumo alimenticio, las frutas de los solanos anteriores también tienen importantes propiedades insecticidas y diuréticas (Pérez 1956:710).

**Tabla 3. Resumen de evolución del paisaje del área del yacimiento Campoalegre.**

| Subzona | Muestra<br>cm | Estrato | Horizonte<br>de suelo | Fecha<br>a. P. | Clima              | Observaciones   |
|---------|---------------|---------|-----------------------|----------------|--------------------|---|
| 2C      | 87            | IVa     | B <sub>2</sub>        | Sin fecha      | Húmedo y<br>cálido | <b>Cobertura:</b> Bmh-PM. Presencia alta de rastrojos, pioneros, helechos que indican incidencia antrópica. Presencia de palmas. Plantas alimenticias: <i>Dioscorea sp.</i> , <i>Solanum sp.</i>                        |
| 2C      | 77            | IVa     | B <sub>1</sub>        | 7600±90        | <T° y P            | <b>Cobertura:</b> incremento de la perturbación del área. Ausencia de palmas y plantas alimenticias.  |
| 2B      | 67            | IV      | AB <sub>2</sub>       | Sin fecha      | >T° y <P           | <b>Cobertura:</b> área intervenida donde todas las asociaciones no arbóreas presentan proporciones similares. Ausencia de plantas alimenticias y cultígenos.<br><b>Evidencias:</b> modificados por uso, cuarzo y carbón |
| 2B      | 57            | IV      | AB <sub>1</sub>       | 4270±70        | <T° y >P           | <b>Cobertura:</b> similar a anterior.   |
| 2B      | 47            | IV      | AB                    | Sin fecha      |                    | <b>Evidencias:</b> no hay cambios.  |

La *Passiflora* es una enredadera perenne que produce frutos carnosos que llega a adaptarse a altitudes que alcanzan los 3.000 m (VVAA 1998:329). En la región del Cauca todavía se encuentra en estado silvestre la *Passiflora mollissima*, conocida comúnmente como curuba, la fruta de mayor contenido en vitamina B5 (VVAA 1998:332). Otras especies silvestres de *Passiflora* que crecen bien en la cordillera Central son la granadilla (*P. vitifolia*), la gulupa (*P. pinnatistipula*), la badea (*P. quadrangularis*) (Pérez 1956:614) y el maracuyá (*P. edulis*) (Caballero 1995:143).

El otro gran bloque de plantas alimenticias lo constituyen, por una parte, un conjunto muy importante de plantas tuberosas, representado por los géneros *Dioscorea*, *Xanthosoma*, y *Manihot*, y, por otra parte, dos géneros de plantas que producen granos alimenticios: el *Amaranthus* y *Zea mays*.

El género *Dioscorea* fue identificado en los sedimentos de El Jazmín y Guayabito (**Tablas 1, 2 y 3**). A este género pertenece la especie *D. trifida*, más conocida como ñame,

uno de los principales cultivos actuales en el trópico (VVAA 1998:3), cuyo ancestro silvestre los expertos lo sitúan entre las Guayanas y el norte de Brasil (VVAA 1998). Otras especies utilizadas en América son la *D. convolvulacea*; *D. dodecaneura* y *D. trifoliata* (Piperno y Pearsall 1998:117). Todas las especies anteriores son plantas herbáceas de ciclo corto que crecen muy bien en áreas perturbadas. En términos alimenticios se caracterizan por su alto contenido de carbohidratos y aminoácidos (Piperno y Pearsall 1998). El aprovechamiento de la *Dioscorea sp.* se demostró además con la recuperación de granos de almidón extraídos de una mano del estrato V de El Jazmín (Juan-Treserras 2001:9) (**Tabla 4**).

El género *Manihot sp.* aparece únicamente en el estrato III de Guayabito (**Tabla 2**), para el cual no contamos con fechas de radiocarbono. Al igual que la mayoría de los tubérculos, se trata de una planta muy rica en carbohidratos, pero muy pobre en aminoácidos (Dufour 1983:350). De forma similar, como sucede con el caso de las palmas,

**Tabla 4. Identificación de muestras de fitolitos y almidones Cauca Medio**

| Procedencia       | Yacimiento  | Nivel cm | Estrato | Zona de polen | Indicadores microscópicos  |
|-------------------|-------------|----------|---------|---------------|--|
| Placa de molienda | Jazmín      | 24       | VI      | 2D            | Almidones tipo <i>Manihot</i>  |
| Placa Rompecocos  | Jazmín      | 24       | VI      | 2D            | Fitolitos de <i>Palmae</i>   |
| Placa de moler    | Jazmín      | 23       | VI      | 2C            | Almidones tipo <i>Manihot</i>  |
| Sedimento         | Jazmín      | 84       | V       | 2B            | Almidones tipo <i>Zea mays</i><br>Fitolitos de <i>Poaceae</i>                      |
| Sedimento         | Jazmín      | 100      | V       | 2C            | Fitolitos de gramíneas ( <i>Poaceae</i> )  |
| Sedimento         | Jazmín      | 112      | V       | 2C            | Fitolitos de gramíneas ( <i>Poaceae</i> )  |
| Sedimento         | Jazmín      | 120      | V       | 2D            | Fitolitos de gramíneas ( <i>Poaceae</i> ) y <i>Palmae</i>                          |
| Mano de moler     | Jazmín      | 21       | V       | 2C            | Almidones tipo <i>Dioscorea sp.</i>  |
| Mano de moler     | Jazmín      | 20       | V       | 2C            | Almidones tipo <i>Manihot</i>  |
| Hacha             | Jazmín      | -----    | V       | 2C            | Fitolitos de gramíneas, <i>Palmae</i> y angiospermas dicotiledóneas sin determinar |
| Mano de moler     | Campoalegre | 15       | IVa     | 2C            | Almidones tipo <i>Manihot</i>  |
| Placa de moler    | Campoalegre | 11       | IV      | 2B            | Almidones tipo <i>Manihot</i>  |

las culturas de bosque tropical no se pueden entender sin la yuca. Así, entre muchos grupos actuales de cazadores-recolectores horticultores, este cultivo llega a representar hasta el 80% de las calorías consumidas (Johnson 1983:55; Dufour 1983:349), además de su uso como bebida fermentada, utilizada en fiestas y ritos de encuentro. El uso de *Manihot sp.* también se reforzó a través de granos de almidón, recuperados de una mano y dos placas de molienda de El Jazmín, y de una mano y una placa de Campoalegre (**Tabla 4, Figuras 3 y 4**).

La *Xanthosoma sp.*, conocida comúnmente como mafafa, se registró únicamente en El Jazmín, aunque con una distribución regular, puesto que aparece en los estratos IV, V y VI

(**Tabla 1**). Se trata de una planta herbácea de ciclo corto, bien adaptada a climas húmedos y cálidos, cuyo crecimiento se ve favorecido en bosques perturbados (Patiño 1988-90). Como el resto de las plantas tuberosas de bosque húmedo tropical, es muy rica en carbohidratos y, al igual que la *Dioscorea*, contiene un porcentaje considerable de proteínas para tratarse de un tubérculo (Patiño 1988-90). Por último, entre las plantas tuberosas registradas en el Cauca Medio, habría que añadir el registro de polen de *Ipomea sp.* en el sitio de los Arrayanes (departamento de Caldas) (Jaramillo 1997), reforzando el potencial de plantas tuberosas de esta región.

En el caso de los géneros tuberosos anteriores, la aparición de tales plantas que todavía se encuentran entre los principales cultivos entre las culturas de bosque tropical, de inmediato nos lleva a plantearnos la hipótesis sobre su cultivo temprano entre los cazadores-recolectores del Cauca Medio. Sobre este particular, lo primero que hay que señalar es que los datos que aquí presentamos no son de ninguna manera conclu-

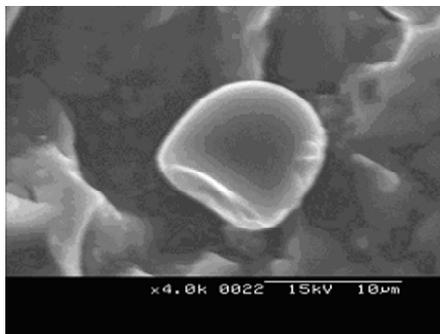


Figura 3. Almidón tipo *Manihot sp*

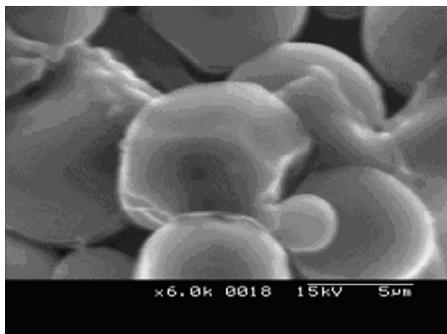


Figura 4. Almidones tipo *Manihot sp*

yentes y que deben ser apoyados con un muestreo botánico de la zona, para limitar la fitogeografía y los hábitats potenciales de estos géneros en el norte de Sudamérica, reforzando de esta manera la identificación de las *taxas* arqueológicas.

No obstante, basándonos en los datos microbotánicos, la primera observación que hay que señalar es que la distribución porcentual (polen) de las *taxas* *Dioscorea*, *Manihot*, *Xanthosoma*, *Amaranthus* y *Zea mays* no permite, a priori, demostrar que fueran sometidas a una presión selectiva diferente de la inherente a la recolección, ya que si hubieran sido claramente cultivadas durante un período de tiempo más o menos estable, se esperaría un mayor peso en la muestra y una distribución diacrónica más regular. En este sentido, la única *taxa* de las anteriores que aparece en varias muestras en un mismo sitio y además manifiesta un incremento considerable es la *Xanthosoma*, que en el estrato IV de El Jazmín alcanza un porcentaje de 9,09% (Aceituno 2001:275), valor bastante alto para tratarse de una *taxa* particular.

Empero, en este sentido, dicha visibilidad y distribución puede deberse a factores como la distancia de las posibles áreas de cultivos respecto a los asentamientos o a las diferentes actividades que se llevarían en los campamentos en una estrategia móvil de explotación del medio, pues no podemos olvidar que la depositación del polen es consecuencia del ciclo natural de fecundación de las plantas fanerógamas. Esto, en otras palabras, quiere decir que la hipótesis del cultivo no se puede descartar, aunque tampoco se pueda contrastar. Empero, hay argumentos y datos que refuerzan dicha hipótesis, tales como el hecho de que históricamente las plantas anteriores, tuberosas y gramíneas se convirtieran en momentos más recientes en cultivos muy comunes entre las culturas de bosque tropical, asumiendo que tales plantas en el Cauca Medio no debieron pasar inadvertidas para los grupos locales y el paso de recolectarlas a dispersarlas intencionalmente no fue ninguna innovación conceptual.

Algunos de los géneros anteriores, como *Xanthosoma* y *Manihot*, fueron identificados a través de granos de almidón en el sitio de San Isidro (Piperno and Pearsall, 1998: 200) en la ocupación datada entre 10050±100 a.P. y 9530±100 a.P. (Gnecco 2000:48). Este dato es importante, porque deja abierta la posibilidad de un origen andino de algunos cultivos de plantas tuberosas que siempre se ha buscado en tierras bajas, principalmente entre Venezuela y el noreste de Brasil.

Otro dato importante que puede ayudarnos a dilucidar sobre este punto, en relación con la representatividad de los palinomorfos, es el hecho de que en el V milenio el *Zea mays* aparece en Guayabito y en la muestra inmediatamente anterior del estrato III *Manihot sp.* (**Tabla 2**), pero su distribución no difiere en absoluto de las posibles plantas cultivadas que aparecen en la región varios milenios atrás, en un momento en el que el cultivo de plantas ya es una táctica practicada entre los grupos que habitan los bosques premontanos de las cordilleras Central y Occidental (Monsalve 1985; Castillo y Aceituno 2000).

La hipótesis del cultivo de plantas se ve reforzada con los fitolitos y granos de almidón, ya que, como hemos señalado anteriormente, corroboraron el aprovechamiento de *taxas* identificadas en el registro palinológico y, por tanto, que formaban parte de la fitocenosis local. Pero de todas la *taxas* identificadas, la más importante en relación con la siembra intencional es la *Manihot sp.*, ya que, a diferencia de la escasez de granos de polen, es notable el peso que alcanza entre los granos de almidón, pasando de ser de una planta poco visible en el registro palinológico a ser el recurso vegetal mejor representado entre los almidones. De ahí que sea muy probable que dicha planta, como pudiera ser también el caso de la *Dioscorea sp.*, a partir de cierto momento fuera concentrada en determinadas áreas del bosque, incluyendo, de este modo, a la siembra de plantas entre las tácticas de obtención de alimentos. Ahora bien, como abordaremos más adelante, el hecho de reproducir artificialmente plantas no es un dato suficiente para plantear la transformación del modo de producción tradicional de aquellos cazadores-recolectores.

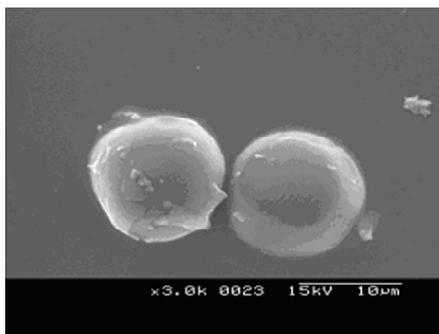
Como apuntamos, además de las plantas tuberosas, entre las muestras identificadas se hallaron dos géneros con semillas alimenticias: *Amaranthus sp.* y *Zea mays*. El amaranto, registrado en el estrato III de Guayabito (**Tabla 3**), es una planta autóctona de los Andes adaptada a altitudes entre 0 y 3.000 m cuyas semillas constituyen un alimento de alta calidad nutricional, debido a su alto contenido en almidón, lípidos y proteínas, como la lisina y la caseína (Cattaneo 1997). Luego esto quiere decir que nuestra región de estudio, teóricamente, forma parte de la fitogeografía de esta planta; en este sentido en los años 60 Sauer (1967) señaló a los Andes peruanos, junto con México, como el otro centro de domesticación de esta planta. Actualmente, en Perú es una planta que se cultiva tanto en zonas templadas como en zonas tropicales, en estas últimas bajo la forma de agricultura itinerante, junto a los cultivos de selva tropical (Early 1990). Entre las especies sudamericanas más importantes se encuentran *A. caudatus* y *cruentus* (Cattaneo 1997). En consecuencia, los argumentos sobre su posible cultivo no difieren de los planteados para las plantas tuberosas.

Por su parte, el maíz (*Zea mays*), la única *taxa* identificada a nivel de especie, es una de las plantas más polémicas entre las identificadas en el Cauca Medio (**Tablas 1 y 2**). Primero, por su cronología y, segundo, por el peso económico que siempre se le atribuye a esta planta en América. En el primer caso, el problema se trata de que aparece maíz asociado al nivel 21 del sitio El Jazmín datado en 9020±60 a.P. (Beta 95061 sin calibrar), convirtiendo esta muestra en el polen más antiguo de maíz en América. Dada la incongruencia de este dato en el contexto continental, se enviaron tres muestras de polen concentrado a la Universidad de Colorado para ser datadas mediante espectrometría de aceleración de masas (AMS), con objeto de cotejar la fecha anterior.

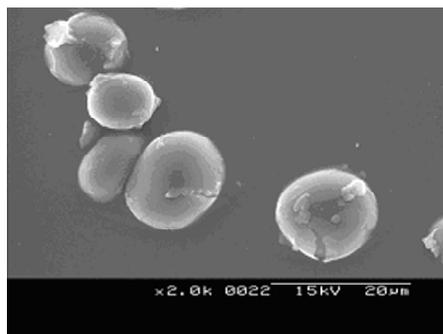
La muestra de polen procedente del nivel 21 dio una fecha de 7410±65 a.P. (NSRL 12549 sin calibrar); es decir, un desfase de 1.610 años respecto a la fecha de 9020 a.P. Explicar dicho desfase es difícil en cuanto estamos enfrentando dos dataciones puntuales obtenidas con métodos diferentes y, además, en el caso del polen, por su tamaño micrométrico es muy difícil controlar la mezcla de palinomorfos de diferentes niveles a la hora de datarlos. No obstante, es cierto que la fecha de 7410 a.P. es más coherente con las fechas de la aparición del maíz en el Área Intermedia, aunque no deja de ser una de las más tempranas en un área considerada no nuclear, de manera que esta fecha alimenta aun más la confusión y el debate sobre el origen geográfico del maíz y su difusión por el continente.

En relación con el peso económico del maíz, mientras las dataciones no sean más concluyentes, es difícil su interpretación. No obstante, para estas fechas tan tempranas, tanto la de 9020 a.P. como la 7410 a.P., la mera presencia del maíz en los sedimentos arqueológicos no es un dato por sí solo suficiente para aseverar que fuera una planta cultivada en la región, ya que el maíz, por tratarse de una planta anemófila, tiene un amplio ámbito de polinización (Fonnegra 1989:59). No obstante, un reciente artículo de Emberlin y otros (1999) sobre la dispersión del maíz plantea con base en estudios experimentales

que la dispersión del polen bajo condiciones climáticas normales no excede los 500 m, lo que reforzaría en este caso la hipótesis sobre su cultivo en la zona de estudio. Por el contrario, para fechas más recientes, a partir del *ca.* 6000 a. P., el hecho de que ya en otras regiones andinas como el Porce Medio (Castillo y Aceituno 2000), el valle del río Calima (Monsalve 1985; Gnecco y Salgado 1989) o en otras más distantes, como Panamá o Ecuador (Piperno y Pearsall 1998:187, 219), haya evidencias microbotánicas de maíz y de otras plantas que indican el cultivo, refuerzan la hipótesis de que también fuera sembrada en el Cauca Medio, sobre todo a partir del V milenio, a pesar de que su distribución porcentual en esta región no presenta variaciones respecto a las ocupaciones más tempranas, lo que sí se observa, por ejemplo, en las columnas bioestratigráficas del Porce



*Figura 5.* Almidón tipo maíz.



*Figura 6.* Almidón tipo maíz.

Medio (Castillo y Aceituno 2000).

De las muestras líticas no se recuperaron ni fitolitos ni almidones de maíz, solamente se hallaron almidones en el sedimento de la muestra de polen a 84 cm de profundidad (estrato IV) del sitio El Jazmín (**Tabla 4, Figuras 5 y 6**), la cual contenía también polen de maíz. De las anteriores muestras de sedimento (120, 112, 100 cm) con polen de maíz no se identificaron fitolitos ni almidones, únicamente fitolitos de gramíneas (*Poaceae*) y de palmas (Juan-Treserras 2001:9) (**Tabla 4**). Estos datos pueden ser relevantes en la discusión tanto sobre la presencia temprana del maíz como sobre su aprovechamiento, en la medida en que la ausencia de tales partículas de las herramientas líticas puede ser un indicador de que el maíz, si bien pudo llegar desde momentos muy tempranos a la cuenca del río Cauca, no fue una planta que tuviera mucho peso entre los habitantes más tempranos del Cauca Medio. Esto quiere decir que habría que esperar varios milenios para que el maíz se convirtiera en una planta importante para la región. Algunos arqueólogos, como Cooke y Ranere (1995) (véase también Roosevelt 1980), han planteado que en el caso de Panamá el maíz cobra verdadera importancia), después del 2500 a.P., cuando se produce un incremento demográfico importante y la nucleización de los asentamientos.

## Discusión de los resultados

La recuperación de partículas microbotánicas como polen, fitolitos y almidones de varios contextos del Cauca Medio (Jazmín, Guayabito, Campoalegre) ha permitido la identificación de un conjunto de plantas que planteamos que fueron aprovechadas por los grupos que habitaron esta región durante el Holoceno temprano y medio. Además, dichas fitocélulas, debido a sus óptimas posibilidades de preservación, representan un potencial interpretativo a la hora de abordar las relaciones del ser humano con su medio (Adams 2001:70-72).

Como hemos venido planteando, los datos anteriores nos conducen a plantear dos tácticas de aprovechamiento de los recursos vegetales. Por una parte, una recolección predecible inherente al propio manejo cíclico del medio y, por otra, la dispersión intencional o, dicho con otras palabras, la siembra intencional de algunas *taxas* desde fechas muy tempranas, que, de forma aun hipotética, se puede situar entre el *ca.* 7000 a.P. y el *ca.* 6000 a.P. La recolección es la forma más simple de obtener recursos vegetales, pero en estos medios no se reduce únicamente a su colecta en sus áreas naturales de dispersión, sino que hay que entenderla dentro de una racionalidad espacial del aprovechamiento del territorio de explotación. Así, por ejemplo, una de las formas de alterar la dispersión de las plantas, así como estimular su reproducción, es la propia perturbación del medio que produce la movilidad periódica entre los cazadores-recolectores. Esto se debe a que los bosques perturbados antrópicamente son más ricos en recursos alimenticios que los bosques primarios, como lo demuestran los trabajos de Hladik y Dounias en África Central (Piperno y Pearsall 1998:74), ya que la perturbación es la "...llave de la vitalidad y de la diversidad; de lo contrario, los bosques serían extremadamente estables, dominados por especies de larga duración" (VVAA 1991:64).

Luego la perturbación volvería más predecibles los recursos vegetales, ya que estos tenderían a concentrarse en las áreas donde se levantan los campamentos, lo que a su vez incidiría en los recorridos espaciales de las bandas de cazadores-recolectores. Esto significa que desde muy temprano aquellos habitantes sometieron al medio, con mayor o menor intencionalidad, a una perturbación sostenida como parte de su racionalidad territorial. En el marco de esta racionalidad habría que situar los orígenes del cultivo de plantas en jardines, a través de la dispersión intencional de determinadas *taxas* en dichas áreas perturbadas. De ahí, que el origen del cultivo de plantas haya que entenderlo como un *continuum* con la recolección y la caza, evitando los sesgos que ha impuesto abordar este tema desde una epistemología dualística (Smith 2001).

De este modo, en el caso de que el cultivo de plantas hubiera emergido en algún momento de la historia temprana del Cauca Medio, proponemos que su peso en la economía no debió de ser muy alto, si nos basamos en aspectos como la ausencia de cambios en los tipos de asentamientos (características de los suelos, diversidad y cantidad de las evidencias arqueológicas y tamaño de los sitios) en el grado de impacto ambiental y en la tecnología que tampoco manifiesta transformaciones. De esta manera y de acuerdo con las evidencias paleobotánicas, aquellos grupos debieron practicar un

cultivo de plantas, pero a pequeña escala, combinado con la caza y la recolección, razón por la cual todavía estamos lejos de la sedentarización y del grado de complejidad que caracteriza a grupos con modos de producción hortícolas. Esto quiere decir que todavía estamos muy lejos de grupos donde el cultivo de los jardines cubre hasta el 80% de la dieta (Johnson 1983:55; Dufour 1983:349).

En este orden de ideas, aplicando la analogía de las estrategias reproductivas de los seres vivos, el sistema de cultivo de aquellos grupos se asemejaría a una estrategia reproductiva tipo *r*: la preparación de jardines con bajos costos de inversión, en donde los riesgos de perder las cosechas o la baja productividad se equilibraría con la dispersión simultánea de varios jardines por el territorio de explotación. La ventaja de este *modus operandi* es que minimiza el riesgo de no acceder a otros recursos básicos, como la caza u otros, tanto bióticos como abióticos, ya que la movilidad se mantendría como la forma más eficaz de acceder a los diversos recursos del medio distribuidos a lo largo de los territorios de explotación.

Por último, quiero señalar que si bien este artículo ha girado en torno a la explotación de las plantas, debido básicamente a las evidencias analizadas, la importancia real de las plantas en la economía de una sociedad cazadora-recolectora hay que ponderarla en relación con el peso de la caza, la pesca u otras estrategias. Ya que si bien, por ejemplo, la mera recolección en términos de tasas de retorno puede aportar tantas calorías/día como la caza<sup>13</sup>, no significa de forma irreversible que las plantas constituyan el principal recurso alimenticio para una sociedad, pues, por ejemplo, en el caso del neotrópico, si exceptuamos los frutos de las palmas, las plantas son muy ricas en carbohidratos (azúcares, almidón, calosa), pero pobres en proteínas. De ahí que la caza constituya la principal fuente de proteínas en las culturas de bosque tropical (Yost y Kelley 1983:193; Dufour 1983:350) junto con la pesca o la recolección de insectos (Sotomayor *et al.* 1998; Hill y Hawkes 1983:142). De manera que debemos ser prudentes a la hora de ponderar el peso de la caza y la recolección, tanto en términos alimenticios como culturales en general, en grupos de cazadores-recolectores prehispánicos, cuyo estudio se puede ver sesgado por las evidencias analizadas, las cuales, como en este caso, están supeditadas a la conservación diferencial del registro arqueológico.

En síntesis, con este artículo hemos pretendido analizar las interacciones fitoculturales entre las plantas y los grupos humanos que habitaron el Cauca Medio durante el Holoceno temprano y medio, principalmente a través del análisis de polen, fitolitos y almidones. Así, se propone como hipótesis que, junto a la recolección, se dio un proceso local de manipulación y presión selectiva de algunas plantas, dando origen así al cultivo de plantas como una nueva forma de explotar los recursos del bosque. Empero, a pesar de la emergencia de la producción artificial, no se observan gran-

<sup>13</sup> Por ejemplo, entre los Aché es de unas 12.000 Cal/día (1.200-2.800 Cal/h); entre los Hadza, entre 4.000 y 9.000 Cal/día (Hawkes, 1993) y entre los Hiwi, alrededor de 13.000 Cal/día (2.593 Ca/h) (Hurtado y Hill 1990).

des transformaciones culturales, demostrando así que el concepto de cultivo no se puede reducir de forma inmediata a grandes transformaciones culturales y que es totalmente factible una forma de vida cazadora-recolectora combinada con la siembra de plantas (Smith 2001). De este modo, tampoco estamos negando el peso del cultivo de plantas en las transformaciones históricas de esta región, simplemente que por sí solo no es un factor suficiente para explicarlas, sino que es dentro de una estructura de factores contextuales donde verdaderamente podemos comprender la contingencia de los cambios socioculturales.

### Agradecimientos

Los datos presentados en este artículo se obtuvieron en el marco del proyecto “Ocupaciones tempranas del bosque subandino en la Cordillera centro-occidental durante el Holoceno temprano y medio” financiado por la Vicerrectoría de Investigación de la Universidad de Antioquia. Una primera versión de los resultados, haciendo hincapié en los métodos paleobotánicos, ha sido publicada en las memorias de las IV Jornadas de Antropología y Arqueología de la Universidad de Antioquia. Quiero agradecer a Iván Espinosa por la edición del mapa y a todas las personas, profesores, estudiantes y colegas, que de una forma u otra ayudaron a sacar adelante este proyecto. Asimismo, agradezco las valiosas sugerencias de los evaluadores y de los editores de la revista.

### Referencias

Aceituno, F. J.

2001 Ocupaciones tempranas del bosque tropical subandino en la cordillera Centro-Occidental de Colombia. Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, inédito, Madrid.

Adams, K.

2001 Looking back through time. En *Ethnobiology at the Millennium. Past Promise and Future Prospects*, editado por R. Ford, pp. 49-99 *Anthropological papers Museum of Anthropology*, 91. University of Michigan, Ann Arbor.

Bauchet, S., D. McKey e I. de Garine

1991 Wild yams revisited: is independence from agriculture possible for rain forest hunter-gatherers?. *Human Ecology* 19 (2): 213-243.

Caballero, R.

1995 *La Etnobotánica en las Comunidades Negras e Indígenas del Delta del Río Patía*. Colección Biblioteca Abya-Yula, Medellín.

Cárdenas, D. y G. Politis

- 2000 Territorio, movilidad, etnobotánica y manejo del bosque de los Nukak Orientales. En *Colección de Estudios Antropológicos* No. 3. Universidad de los Andes, Bogotá.

Castillo, N.

- 1998 *Los Antiguos Pobladores del Valle Medio del Río Porce. Una Aproximación Inicial Desde el Estudio Arqueológico del Proyecto Porce II*. Empresas Públicas de Medellín, Medellín.

Castillo, N., y F. J. Aceituno

- 2000 Un modelo de ocupación durante el Holoceno temprano y medio en el noroccidente colombiano: el valle medio del río Porce. *Arqueoweb* 2 (2).

Cattaneo, P.

- 1997 *Amaranthus caudatus* coime. *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, 226 (2): 25-38.

Colinvaux, P. y M. Bush

- 1991 The rain forest ecosystem as a resource for hunting and gathering. *American Anthropologist*, 93 (1): 153-162.

Cooke, R. G. y A. J. Ranere

- 1992 Prehistoric human adaptations to the seasonally dry forests of Panama. *World Archaeology*, 24 (1): 116-133.

Cowan, F.

- 1999 Making sense of flake scatters: lithic technological strategies and mobility. *American Antiquity* 64 (4): 593-607.

Dufour, D.

- 1983 Nutrition in the northwest Amazon: household dietary intake and time-energy expenditure. En *Adaptive Responses of Native Amazonians*, editado por R. B. Hames y W. T. Vickers, pp. 329-356. Academic Press, Nueva York.

Early, D.

- 1990 Amaranth Production in Mexico and Peru. [www.hort.purdue.edu](http://www.hort.purdue.edu)

Emberlin, J.; B. Adams-Groom y J. Tidmarsh

- (1999) A Report on the Dispersal of Maize Pollen. <http://www.mindfully.org/GE/Dispersal-Maize-Pollen-UK.htm>

Erdtman, G.

- 1952 *Pollen Morphology and Plant Taxonomy Angiosperms*. Almqvist and Wiksell, Estocolmo.

Faegri, K. y J. Iversen.

1950 *Textbook of Modern Pollen Analysis*. Ejnar Munksgaard, Copenhagen.

Fonnegra, R.

1989 Introducción a la palinología. Manuscrito sin publicar, Centro de Investigaciones Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, Universidad de Antioquia, Medellín.

Gnecco, C.

2000 *Ocupación Temprana de Bosques Tropicales de Montaña*. Universidad del Cauca, Popayán.

Gnecco, C. y H. Salgado

1989 Adaptaciones precerámicas en el suroccidente de Colombia. *Boletín del Museo del Oro* 24: 35-55.

Hawkes, K.

1993 Why hunter-gatherers work: an ancient version of the problem with public goods. *Current Anthropology* 34: 706-709.

Herrera, L. y Restrepo

1995 Contenido nutricional de palmas amazónicas: uso sostenible de recursos del bosque húmedo tropical. Manuscrito sin publicar, Fundación para la Promoción de la Investigación y la Tecnología, Banco de la República, Bogotá.

Hill, K. y K. Hawkes

1983 Neotropical hunting among the Ache of eastern Paraguay. En *Adaptive Responses of Native Amazonians*, editado por R. B. Hames y W. T. Vickers, pp. 139-188. Academic Press, Nueva York.

Hurtado, A. y K. Hill

1990 Seasonality in a foraging society: variation in diet, work effort, fertility, and sexual division of labor among the Hiwi of Venezuela. *Journal of Anthropological Research* 46: 293-346.

Integral, S.A.

1997 Arqueología de Rescate: Vía alterna de la troncal de Occidente río Campoalegre-Estadio Santa Rosa de Cabal. Informe Final. Manuscrito sin publicar. Integral S.A. Ministerio de Transporte, Instituto Nacional de Vías, Medellín.

- Jaramillo, A.
- 1997 Análisis palinológico del yacimiento Los Arrayanes. Municipio Villamaría. Manuscrito sin publicar, Medellín.
- Jaramillo, A. y J. C. Mejía
- 2000 Análisis palinológico de los yacimientos El Jazmín y Guayabito, departamento de Risaralda. Manuscrito sin publicar, Medellín.
- Johnson, A.
- 1983 Machiguenga gardens. En *Adaptive Responses of Native Amazonians*, editado por R. Hames y W. T. Vickers, pp. 29-63. Academic Press, Nueva York.
- Juan-Treserras, J.
- 1998 Análisis arqueobotánico del yacimiento El Morro, valle medio del río Porce. Manuscrito sin publicar, Barcelona.
- 2001 Estudio de residuos (fitolitos, almidones y fibra) en sedimentos y asociado a material lítico. Manuscrito sin publicar, Barcelona.
- Lathrap, D.
- 1970 The Upper Amazon. Praeger, Nueva York.
- MacNeish, R. y M. Eubanks
- 2000 Comparative analysis of the río Balsas and Tehuacán models for the origin of maize. *Latin American Antiquity* 11(1): 3-20.
- Monsalve, J. G.
- 1985 A pollen core from the Hacienda Lusitania. *Pro Calima* 4: 40-44.
- Morán, E.
- 1982 Human adaptability in the humid tropics. In *Human Adaptability. An Introduction to Ecological Anthropology editor?*. Westview Press, Boulder. páginas.
- Morcote, G., G. Cabrera, D. Mahecha, C. E. Franky e I. Cavalier.
- 1998 Las palmas entre los grupos cazadores-recolectores de la amazonia colombiana. *Caldasia* 20(1): 57-74
- Palacios, E. y A. Rodríguez
- 1997 *Abundancia de Frutos y Patrones de Producción en Tres hábitats de Bosque primario en la Amazonia Colombiana*. Fundación para la Promoción de la Investigación y la Tecnología, Banco de la República, Santa Fe de Bogotá.

Patiño, V. M.

- 1988-90 Explotación, identificación y silvicultura de las plantas comestibles para animales silvestres criados en cautividad en el área ecuatorial americana. *Cespedesia* XVI-XVII: 57-58.
- 1997 Datos etnobotánicos sobre algunas palmeras de la América Intertropical. *Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Naturales y Exactas* 21(79): 7-23.

Pérez, E.

- 1956 *Plantas Útiles de Colombia*. Sucesores de Rivadeneyra, Madrid.

Piperno, D.

- 1998 Paleoethnobotany in the Neotropics from microfossils: new insights into ancient plant use and agricultural origins in the tropical forest. *Journal of World Prehistory* 12 (4) 393-449.

Piperno, D. e I. Holst

- 1998 The presence of starch grains on prehistoric stone tools from de humid Neotropics: indications of early tuber use and agriculture in Panama. *Journal of Archaeological Science* 25: 765-776.

Piperno D. y D. Pearsall

- 1998 *The Origins of Agriculture in the Lowland Neotropics*. Academic Press, San Diego.

Politis, G

- 1995 *Mundo de los Nukak. Amazonia Colombiana*. Fondo de Promoción de la Cultura, Bogotá.

Politis, G. y J. Rodríguez

- 1994 Algunos aspectos de la subsistencia de los Nukak de la amazonia colombiana. *Colombia Amazónica* 7 (1-2).

Rodríguez, C.

- 1991 *Patrones de Asentamiento de los Agricultores Prehispánicos en El Limón, Municipio de Chaparral (Tolima)*. Fundación de Investigaciones Arqueológicas, Banco de la República, Bogotá.

- 1995 Asentamientos de los bosques subandinos durante el Holoceno medio. En *Ámbito y Ocupaciones Tempranas de la América Tropical*, editado por I. Cavelier y S. Mora, pp. 115-123. Instituto Colombiano de Antropología, Colcultura, Fundación Erigaie, Bogotá.

- 1997      Rescate arqueológico sitios Los Arrayanes Pk 91+150 Villamaría, Caldas, y El Pomo Pk 7+200 ramal a Manzanares, Fresno, Tolima. Informe Final. Manuscrito sin publicar, Empresa Colombiana de Petróleos (Ecopetrol), Bogotá.
- Salgado, H.
- 1986      Investigaciones arqueológicas en el curso medio del río Calima, cordillera Occidental, Colombia. *Boletín de Arqueología* 1(2): 3-15.
- 1990      Asentamientos precerámicos en el alto medio río Calima, cordillera Occidental, Colombia. *Cespedesia* 57-58: 139-162.
- 1995      El precerámico en el cañón del río Calima, cordillera Occidental. En *Ámbito y Ocupaciones Tempranas de la América Tropical*, editado por I. Cavelier y S. Mora, pp. 91-98. Instituto Colombiano de Antropología, Colcultura, Fundación Erigaie. Bogotá.
- Sauer, C.
- 1952      *Agricultural Origins and Dispersals*. American Geographical Society, Nueva York.
- Shott, M.
- 1986      Technological organization and settlement mobility: an ethnographic examination. *Journal of anthropological Research* 42: 15-51.
- Smith, B.
- 2001      Low-level food production. *Journal of Archaeological Research* 9(19): 1-42.
- Sotomayor, H., D. Mahecha, C. Franky, G. Cabrera y M. Leguízamo
- 1998      La nutrición de los Nukak. Una sociedad amazónica en proceso de contacto. *Maguaré* 13: 117-142.
- VVAA
- 1991      *Las Últimas Selvas Tropicales*. Editorial Folio, Madrid.
- 1998      *Especies Vegetales Promisorias de los Países del Convenio Andrés Bello*, tomo VII, No. 24. Ministerio de Educación y Ciencia de España-Corporación Andina de Fomento, CAF.
- Yost, J. A. y P. M. Kelley
- 1983      Shotguns, blowguns and spears: the analysis of technological efficiency. En *Adaptive Responses of Native Amazonians*, editado por R. B. Hames y W. T. Vickers, pp. 189-224. Academic Press, Nueva York.



# La búsqueda de un nuevo consumidor del conocimiento arqueológico: El caso de los textos escolares

JUAN RICARDO APARICIO

Investigador independiente

.....

**Resumen:** *La reflexión sobre la forma en que los textos escolares exponen el conocimiento arqueológico es una buena oportunidad para entender la imagen pública de la arqueología. El análisis de dos series de textos escolares indica que los debates actuales de la disciplina en Colombia no son tenidos en cuenta por los autores de estos. Se presenta una visión de la Arqueología que no solo inhibe cualquier indagación posterior sobre el pasado, sino que únicamente expone los productos de la construcción del conocimiento arqueológico, sin explicar el proceso por el cual los arqueólogos llegan a sus conclusiones. Por último, existe una confusión sobre la ubicación temporal de las comunidades indígenas actuales con respecto a las sociedades prehispanicas.*

**Abstract:** *To reflect on the in which school texts expose archaeological knowledge is a good opportunity for understanding archaeology's public outreach. The analysis of two series of school texts indicate that current debates of the discipline in Colombia are not taken in consideration by their authors. A vision of archaeology is presented which not only inhibits any further inquiry of the past, but also exposes the products of the construction of the Archaeological knowledge without explaining the process of how archaeologists arrive to their conclusions. Finally, there is a confusion about the chronological location of contemporary indigenous communities with respect to prehispanic societies.*

## Introducción

Un análisis sobre la relación entre la Arqueología y la educación debería empezar por varias preguntas esenciales: ¿para qué enseñar arqueología de Colombia en el país? y ¿por qué es importante enseñar arqueología de Colombia en el país? Son preguntas que bien pueden formularse para los mismos arqueólogos, para un público compuesto por estudiantes y profesores de primaria y secundaria, o para un público aun mayor. En una publicación de hace unos años, Stone (1994:19) sugería la inquietante idea de iniciar la discusión sobre la relación entre el pasado, los museos y la educación, teniendo

en cuenta que la preservación del “pasado material” (situación esencial de toda arqueología) debe estar sustentada por un argumento que vaya más allá de la presunción de que este último tenga un valor intrínseco. En la misma línea, el autor considera que este argumento vaya dirigido hacia aquellas personas que piensan que se debe enseñar el pasado<sup>1</sup> porque es “importante”.

La primera afirmación es necesario contraponerla con lo expuesto por Therrien (s.f.) en un informativo institucional de divulgación general y no académica, cuando describe que el pasado material sí debe ser conservado para beneficio de nuevas preguntas que pueden surgir en un futuro dentro de la comunidad, lo que puede interpretarse como una defensa de la idea de que el “pasado material” sí tenga un valor intrínseco. Sin querer profundizar en este debate, es evidente que la segunda afirmación es la que interesa al presente artículo, pues plantea la necesidad de que los arqueólogos vayan un paso más allá de la publicación de sus informes arqueológicos y expongan públicamente qué es la Arqueología y por qué es importante (defenderla, financiarla, institucionalizarla, enseñarla, divulgarla, etc.) dentro del contexto actual colombiano.

Sin duda alguna, los dilemas anteriores deben estar en el centro de cualquier discusión sobre la relación entre Arqueología y educación. Por ahora, se quiere encaminar la discusión hacia otro frente que es el de cómo se está enseñando la arqueología de Colombia en los niveles de primaria y bachillerato a través de los textos escolares. Con esta pregunta en la cabeza, se hizo una revisión de dos series de textos escolares únicamente: la serie Milenio del Grupo Editorial Norma y la serie Ciencias Sociales del grupo Santillana. Más específicamente, como se hizo evidente a través de esta, el análisis se concentró en aquellos textos donde más se hace mención a la disciplina arqueológica<sup>2</sup>. Esta revisión puso especial cuidado, por un lado, en aquellos contenidos que estuvieran relacionados con la Arqueología, ya sea porque la nombran, porque explican qué hacen los arqueólogos, o porque hacen referencia directa a objetos, sitios y períodos de la arqueología de Colombia. Por otro lado, se atendió a la forma (frases, gráficas, diagramas, esquemas, etc.) como estos contenidos son divulgados en estos textos.

Esta revisión tuvo un “subtexto” que es necesario develar para entender los motivos originales que impulsaron a este artículo y que lo orientaron hacia la dirección que tiene. Un primer componente de este “subtexto” es que el estudiante identifique las fuentes sobre las cuales se ha construido una visión de “pasado” en Colombia<sup>3</sup>. Un segundo componente es que los estudiantes adquieran una inclinación por una argumentación que esté sustentada en una evidencia material, que por ejemplo pueda desafiar ya sea representaciones de procesos sociales ocurridos en el pasado que estén inundadas

<sup>1</sup> El autor menciona expresamente al ‘pasado excluido’ como aquel saber marginado por los poderes hegemónicos de distintas partes del mundo que deberá ser divulgado en el presente.

<sup>2</sup> Con este argumento, se observó que existe una tendencia a que esta mención aparezca con más frecuencia en los textos de primero de bachillerato.

<sup>3</sup> Esta reflexión alrededor de las fuentes sobre las cuales está basada esa visión del pasado fue expuesta en un taller de arqueología y educación dentro del marco de la tercera conferencia anual de arqueólogos sudafricanos llevada a cabo en la ciudad de Johannesburgo, Sudáfrica, sobre un documento preparado por Amanda Esterhuysen (2000) para dicho evento, y al cual tuve la oportunidad de asistir.



Pero hay otro aspecto llamativo de estos textos escolares y es la posibilidad de que sean estos, junto con los museos y otros espacios donde se haga público un conocimiento reservado a la academia, los que construyen una visión del pasado en la mente y también *en los ojos* de aquel estudiante-lector y también del mismo profesor. Es decir, que son estos un medio entre otros para construir y ‘objetivizar’ la visión del pasado que tendría una población considerable de colombianos, tanto hoy como en el pasado. Es una tesis que habría que sustentar, pero es evidente que estos hacen parte de ese proceso de socialización al que todo individuo es sometido durante su crecimiento, y de esta manera, también son responsables de las nociones y representaciones que tienen del pasado.

Es tan así, que ya de antemano introducen y presentan las visiones de un “*pasado precolombino*”, un “*pasado colonial*” y un “*pasado republicano*” (Henaó 1999:134) a un niño o niña de primero o segundo de primaria, sin que sea importante en el presente artículo discutir si sean legítimas estas divisiones. En formas más elaboradas, serían este tipo de ejercicios los que establecerían las visiones de un pasado dividido entre un “*período paleoindio*”, un “*período formativo*” y un “*período de cacicazgos y federaciones de aldeas*” con sus respectivas “*culturas*” (Ibarra y Díaz 2000:90-99), en la mente de un estudiante de cuarto de primaria, como bloques unitarios, perfectamente discernibles y excluyentes entre sí.

De esta forma, son dos las direcciones que quiere tomar este artículo. Una primera analiza los textos escolares como herramienta pedagógica, sobre sus dificultades, pero también sobre sus aciertos al exponer las conclusiones a las cuales han llegado los arqueólogos en sus investigaciones. La segunda emprende una evaluación crítica de esa imagen del pasado y de esas “*culturas*” que están siendo representadas en los textos escolares. Por lo demás, como se ha visto a lo largo del análisis, no sobra mencionar que esta forma de referirse tanto al pasado como a esas “*culturas*” no son ejercicios aislados o individuales. Como se observará a lo largo del artículo, es claro que estos ejercicios tienen una herencia en la forma como la disciplina antropológica representaba a ese ‘otro’ hasta hace algún tiempo con sus retratos estáticos, simplistas y selectivos, todos producto de una práctica autoritaria de la etnografía clásica (Clifford 1986).

En última instancia, el propósito de estas dos direcciones es evidenciar la forma en que se están consumiendo (si es que se están teniendo en cuenta) los insumos de la producción del conocimiento arqueológico de las últimas décadas por los autores de estos textos escolares. No se trata de criticar a estos últimos, de ninguna forma; como se discutió en el párrafo anterior, como se hará evidente a lo largo del artículo, gran parte de la responsabilidad sobre esas representaciones que aparecen en los textos escolares también la tiene, por acción o por omisión, la academia antropológica y arqueológica. En términos simples, se trata de evaluar cómo puede estar siendo entendida la arqueología por parte de un público general, a través del análisis de uno de los principales medios de divulgación que tiene la arqueología en Colombia: los textos escolares.

### **Los textos escolares como herramienta pedagógica**

Un argumento central para tener en cuenta en el análisis de los textos escolares tiene que ver con aquellas propuestas pragmáticas que han definido que el significado del

texto no depende de las intenciones del autor al escribir su texto, sino sobre las visiones del mundo y el contexto social del lector (Cannizo y Perry 1994; Rorty 1997). Este argumento centrado en las “intenciones del lector”, por sí solo, desbarataría cualquier análisis que se haga sobre un texto, pues en última instancia, la esfera que realmente sería interesante de evaluar para este tipo de visiones pragmáticas sería la del “consumo” de un texto escolar. Sobre la cuestión del consumo de los textos escolares, por ejemplo, una experiencia personal que tuve, trabajando en una escuela primaria del municipio de La Macarena, me hizo dar cuenta de cómo programas pedagógicos para áreas rurales, como es el caso de “Escuela Nueva”, el cual le da un lugar de preferencia a esa posibilidad de que sea el niño el constructor de su propio conocimiento, muchas veces terminan por obtener excelentes “copiadores” acrílicos de datos, preguntas, respuestas e instrucciones. Es decir, aquella propuesta del pragmatista de Rorty (1997), donde la esfera de interacción que es en verdad interesante es la del lector y el texto, bien puede formar estudiantes que sin los debidos insumos copian mecánicamente lo indicado en los textos escolares y no toman una distancia frente a la información recibida.

El punto no es argumentar que son los estudiantes o incluso los profesores los que promueven tal situación. Gran parte también recae en la forma como se percibe, entre líneas, qué es y qué debe ser para los autores de estos textos escolares la transmisión del conocimiento: como un ejercicio de llenar contenidos en un recipiente. Es evidente que tal argumento no es un capricho. Como me lo contó alguna vez una psicóloga infantil de un colegio privado de Bogotá, el aparato cognitivo del ser humano pasa efectivamente por una fase en donde solo puede ser un receptor pasivo de conocimientos. De esta manera, la forma como se presentan los datos sobre el pasado en los textos escolares tendría una razón justificada. Lo que es interesante es que luego de ciertos años, el aparato cognitivo ya está preparado, obviamente, con los debidos insumos, para empezar a elaborar hipótesis sobre aquella información que está recibiendo. Este giro de una transmisión de conocimientos que busca rellenar un recipiente con contenidos, a una que busca analizar críticamente estos mismos contenidos, es evidente en los textos escolares a partir de los últimos años escolares de primaria, y es sobre estos donde recaerá esta parte del presente artículo.

De esta forma, es natural que sólo a partir de sexto de primaria o primero de bachillerato se presenten preguntas dirigidas al lector que precisamente buscan que este haga un análisis de los datos que está recibiendo. Incluso, son preguntas que irían de la mano con las propuestas de una “teoría crítica” o de una epistemología de la arqueología (Potter 1997; Leone et al. 1987), que precisamente buscan problematizar el tipo de preguntas, conceptos y explicaciones, que han elaborado los arqueólogos e historiadores a lo largo del tiempo. Algunos de estos comentarios son:

“El término bárbaro ha sido utilizado para referirse a pueblos antiguos o actuales que no han desarrollado los niveles mínimos de desarrollo... Hoy, cuando decimos barbarie, nos referimos a los actos humanos que van en contra de la vida: los asesinatos, la tortura, el secuestro o la intimidación. Estas acciones humanas nos enfrentan a preguntas tales como: ¿verdade-

ramente el ser humano está evolucionando?... ¿Cuál es o ha sido realmente la época de la barbarie?" (Lavacude 1999:92).

o,

“¿Por qué crees que unos hechos se seleccionan y son considerados históricos, mientras que otros no?” (Lavacude 1999:64).

o,

“¿Crees que la única herencia que recibimos de nuestros antepasados fueron virtudes?; ¿por qué?” (Lavacude 1999:227).

o,

“Cuando leemos un texto histórico no podemos perder de vista que su autor es un ser social y, por lo tanto, en la interpretación de sus fuentes está plasmado su punto de vista, de acuerdo con su orientación ideológica y política” (Márquez y Melo 1997:42).

Sin lugar a dudas, son preguntas que definitivamente van un paso más allá del simple ejercicio de llenar de contenidos a un cuerpo receptor. Son preguntas que promueven una reflexión en el estudiante y que hacen parte de un renovado campo de interrogación de las ciencias sociales. En este orden de ideas, llama la atención que en el momento de presentar a la Arqueología o a los datos concretos a los cuales han llegado los arqueólogos en sus investigaciones, como se verá más adelante, no existe este mismo espíritu crítico y reflexivo.

### **La arqueología en los textos escolares**

En los textos escolares analizados, la Arqueología aparece como una ciencia auxiliar (Márquez y Melo 1997: 43; Ochoa y Castellanos 1999:121). En uno de estos textos se da una visión de la Arqueología que de alguna forma es la que puede generalizar la forma como se concibe a esta disciplina: "Casi todas estas fuentes se encuentran sepultadas bajo gruesas capas de tierra, y los arqueólogos, a través de técnicas especiales, tienen como oficio descubrirlas y analizarlas" (Lavacude 1999:70). Es decir, por un lado, la disciplina se presenta como una ciencia o casi como una técnica auxiliar al servicio de la Historia, por su posibilidad de acceder a un conocimiento de la Prehistoria analizando "fuentes que están constituidas por estos materiales dejados por los seres humanos de aquella época." (Lavacude 1999:70). Por otro lado, su función parecería ser la de poder descubrir y analizar estos restos que se encuentran sepultados.

Considero que estas dos versiones no van de la mano con los debates académicos actuales (donde se instala lo "post") que están renovando a la disciplina arqueológica tanto en Colombia como en el mundo. Una pregunta interesante para hacerse, aunque reconociendo la lejanía que existe en todo sentido entre la Arqueología y la pedagogía,



menos eso: hipótesis con un buen sostén empírico. Son autores que han dirigido sus comentarios más hacia los museos, pero que bien pueden ser también el caso para los textos escolares. García Canclini (1989:188), por ejemplo, indica que esto es una torpe suposición y que “compartir con el público las dificultades de la Arqueología o la Historia para descubrir un sentido aun inseguro puede ser una técnica legítima para suscitar curiosidad y atraer hacia el conocimiento”. Otros argumentos van por la línea de que hay que compartir no solo los productos de la Arqueología sino el mismo proceso que tiene la disciplina para construir su conocimiento (Potter 1997), si se ha de entender a esta no como una simple herramienta para llenar con objetos los museos o como una ciencia auxiliar al servicio de la Historia, sino como un vehículo para discutir cómo nuestra misma visión del pasado está saturada con contenidos.

### ¿Entonces?

Uno de los problemas que tiene que ver con la imagen de la Arqueología como una ciencia auxiliar dedicada al estudio de la Prehistoria, es el de reconocer que definitivamente la Arqueología no es una extensión de la Historia, sino es algo más. Es un “texto” diferente, basado sobre una epistemología diferente, construido sobre un tipo de evidencia diferente y respondiendo sólo a un tipo de preguntas, no a otras. Un apartado de estos textos escolares parece reconocerlo:

“Estamos acostumbrados a hablar de los ideales imperecederos de una sociedad, pero el prehistoriador es un testigo del triste hecho de que los ideales perecen, mientras que nunca perecen las vajillas y la loza de una sociedad” (Daniel, 1968 en Lavacude 1999:71).

Aunque la cita parece apuntar hacia el tradicional esquema de la escalera del conocimiento humano que ubicaría a la dimensión económica como la más sencilla de llegar a conocer y la ideológica como la más difícil, por lo menos está diciendo que cuando se habla de Arqueología se habla de algo más. Ese algo más, por lo pronto, es el de entender que la Arqueología tiene como fuente primaria de información la producción material de una sociedad (Funari 1994). Es evidente que bajo esta definición las sociedades que se estudian no son solo las de la prehistoria, sino incluso pueden ser las actuales. Y tampoco es correcto decir que los ideales, e incluso, que la respuesta a estos ideales perecen, pues efectivamente estos procesos pueden quedar materializados en ese registro arqueológico (Tilley 1999), como bien lo ha podido elucidar una arqueología histórica, por ejemplo, para entender el arribo del proceso civilizatorio al país en el siglo XIX (Gaitán 2002).

Lo que no está en estos textos escolares es el hecho de que la Arqueología no es una simple extensión de la Historia para estudiar aquello sobre lo cual no hay fuentes escritas: es en sí una forma de aproximarse al estudio de un grupo social cualquiera que sea. Es entender, por ejemplo, que el estudio de las relaciones de poder que suceden dentro de una sociedad pueden evaluarse a través del registro arqueológico, o que la Arqueología está en la capacidad de desafiar con sus estudios aquellas ideas preconcebidas de lo



mucho los géneros de *Geografías de Colombia* o de *Historias de Colombia*. En general, al menos para los textos escolares analizados, aparecen únicamente cuatro títulos escritos por arqueólogos.

El primero es, claro está, Gerardo Reichel-Dolmatoff con su capítulo “Colombia indígena, período prehispánico” publicado en la Nueva Historia de Colombia. El segundo es el de María Victoria Uribe y Santiago Mora que lleva como título “Colombia prehispánica” publicado en la Gran Enciclopedia de Colombia. El tercer título encontrado es el de “Las investigaciones arqueológicas de los abrigos rocosos del Tequendama” de Gonzalo Correal y Thomas van der Hammen. El cuarto título es escrito por Gordon V. Childe y es el de “¿Qué sucedió en la historia?”. Sin querer demeritar estos títulos, el mensaje es claro: estos textos escolares no están recibiendo los insumos de los últimos trabajos arqueológicos efectuados en el país. La reflexión que hay que hacerse necesariamente es tanto sobre aquellos autores de estos textos escolares que no incluyen a los recientes trabajos de los arqueólogos en Colombia, como por los mismos arqueólogos del país: especialmente, si estos últimos no son exiliados voluntarios de la realidad (Mora 2000:171), al escribir textos que solo son leídos por ellos mismos. Aquí, el asunto de la *efectividad práctica* que se mencionó anteriormente es central.

Existe otro término igual de problemático que sigue existiendo en estos textos escolares, que hasta hace pocos años dejó de ser utilizado por los arqueólogos, y que incluso ya no está siendo utilizado en el proyecto de remodelación del Museo del Oro que es el de “cultura”. Son ejercicios que en definitiva operan de la misma forma que en otros grupos humanos cuando celebran sus rituales de conmemoración: como dispositivos para neutralizar la heterogeneidad. La pregunta que hay que hacerse, y que sobrepasa a este artículo, es ¿por qué se sigue conduciendo la enseñanza por el terreno de las ‘homogeneidades’ y no de las ‘heterogeneidades’, más aun, en aquellos cursos donde ya existen las condiciones cognitivas de los estudiantes para analizar críticamente la información que es recibida?

No sólo esto, existe otro problema con estos términos y tiene que ver con el principio de ‘secuenciación’ que estos textos exponen. En un texto de primero de bachillerato, por ejemplo, aparece el siguiente argumento: “(...) *las culturas colombianas fueron desarrollándose a lo largo de un proceso lento (...)*” (Márquez y Melo 1997:196) o que los períodos paleoindio, arcaico, formativo temprano, medio y superior aparecen expuestos como un filtro por donde se hayan desarrollado los antiguos pobladores del territorio (**Tabla 1**). En primer lugar, como ya se había mencionado, no todas las sociedades fueron ‘paleoindias’ o ‘formativas tempranas’ de la misma forma, y no todas siguieron esta misma secuencia (Drennan 1995; Gnecco 1990). Y algo que es más importante, no todas tuvieron que seguirla puesto que los grupos humanos no siguen una secuencia evolutiva. Pero el punto en discusión ya no es sólo de pedagogía y tiene que ver con esa construcción de la idea de un pasado prehispánico.

### **La imagen objetivada del pasado prehispánico**

La pregunta por cuál es exactamente la imagen objetivada del pasado prehispánico entre un “público” en general guarda las ilusiones de que en realidad esta se pueda rastrear. Aquí no se persigue tal objetivo, por lo demás, muy ilusorio e inocente. Se



esgrimen en cambio, brevemente, algunas palabras de los mismos estudiantes a los cuales les di clase, y algunas frases de estos textos escolares analizados, donde al menos se hace evidente el todavía amplio campo de lucha legítima que tendrían los intelectuales en la definición que les da Said (1994), como aquellos individuos que tendrían la capacidad de desafiar estas representaciones de aquellos hombres y mujeres tradicionalmente marginados y excluidos de la sociedad.

Un caso real es el de un estudiante de décimo grado del colegio privado de bachillerato de la ciudad de Bogotá a quien tuve la oportunidad de darle clase de sociales, y que escribió en un ensayo que me fue presentado: “Creo que la raza sí influye en algo en el desarrollo de un país.”. Este mismo estudiante dijo que una de las razones de la situación actual del conflicto colombiano era que las razas se habían mezclado en el pasado. En definitiva, como profesor de este y otros alumnos de bachillerato, puedo dar cuenta de cómo algunos de ellos, que de ninguna forma son la minoría, siguen pensando en el año 2002 en términos de las famosas fórmulas que dieron los protagonistas del expansionismo europeo al problema de la diversidad humana que iban encontrando: de sociedades atrasadas y avanzadas, de sociedades civilizadas y bárbaras o primitivas, y, lo que es más contundente, que las sociedades indígenas actuales reposan en el pasado. Otro trabajo que buscó también analizar estos textos escolares en Colombia, aunque de varias décadas anteriores a los textos que se están teniendo en cuenta, hizo evidente el profundo mensaje racista e hispánico que tienen los textos que en ese entonces fueron analizados (Reyes 1994).

Es interesante que en los mismos textos se hace referencia a los “pueblos primitivos colombianos” (Lavacude 1999:212, el subrayado es mío), o que “*los grupos humanos durante el formativo progresan mejorando su calidad de vida*” (Ochoa y Castellanos 1999:122, el subrayado es mío), o que empiece el capítulo de las “*Culturas antiguas en Colombia*” con la fotografía de una indígena kogi tejiendo una mochila. En este último caso, existe una clara ambivalencia entre los términos “culturas prehispánicas” y los grupos indígenas contemporáneos con respecto a su ubicación temporal: especialmente, si los últimos pertenecen al pasado. Otra foto de unos indígenas huitotos bailando encabeza un aparte sobre las distintas culturas prehispánicas (**Figura 1**). En un texto de segundo de primaria, se utiliza expresamente el término “*indígena*” y no “*prehispánico*” para referirse al período de tiempo que empieza desde aproximadamente 12000 a. C. y termina en el 1492 d. C. (Henaó 1999:134). No es claro si las comunidades indígenas actuales son del pasado o del presente. Por lo demás, esta misma situación de ambivalencia de si los indígenas actuales están más vinculados al pasado o al presente es anotada por Giraldo (s.f.), quien emprende también una evaluación de los textos escolares.

Sería pues interesante entrar a revelar las causas estructurales sobre por qué siguen perviviendo estas palabras y signos de cómo las comunidades indígenas pertenecen al pasado tanto en estos textos escolares como posiblemente también en el “espacio público”<sup>6</sup>, entendido acá como el lugar, o más bien, los lugares, donde se divulgan y se consume el conocimiento arqueológico por fuera de la academia. En definitiva, todos estos mensajes tienen que ver con algo que se ha planteado desde los estudios alrededor de las políticas culturales (Escobar et al. 2001). Tiene que ver precisamente con esa

insuficiencia de pensar que el problema del reconocimiento de la diferencia cultural se resuelve definiendo a la nación como pluriétnica y multicultural. Son estudios y movimientos sociales que abogan por algo más allá de una definición teórica de que exista una nación pluriétnica y multicultural; buscan y reclaman por un reconocimiento del ‘otro’ como un sujeto portador de intereses válidos y derechos legítimos (Telles 1994:46, citado en Dagnino 2001:78), y podríamos agregarle, como un sujeto que sobre todo habita en el presente. En definitiva, el hecho de que permanezca esta confusión sobre la ubicación temporal de los grupos humanos prehispánicos y los grupos indígenas contemporáneos indica que todavía falta un largo camino por recorrer en ese espacio públi-

co, para llegar a ese “real” reconocimiento de esa diversidad.

### La cultura material en los textos escolares

El uso de la cultura material prehispánica es también revelador sobre esos principios ordenadores del mundo material (Pearce 1994) que están consciente o inconscientemente en la mente del autor del texto escolar. Por ejemplo, sobre la etapa de Cacicazgos y Federaciones de aldeas, se muestran unas alcazras zoomorfas de doble vertedera y se



Indígenas huitotos. Habitan al sur de Colombia.

## Culturas colombianas

Lejos de la creencia común, los pueblos primitivos colombianos no fueron pequeñas tribus incivilizadas y primitivas, sino verdaderos grupos humanos forjadores de una cultura con principios morales y éticos y con un gran camino recorrido en su desarrollo científico, técnico, religioso y artístico.

Figura 1. Foto de indígenas huitotos que encabeza un aparte sobre culturas prehispánicas, reproducido de Lavacude (1999:212), por cortesía de Editorial Santillana.

dice que estas “vasijas de cerámica muestran el grado de desarrollo que alcanzaron los pueblos aborígenes, durante el Formativo.” (Ibarra y Díaz 2000:92). La frase anterior bien puede dar luces sobre este punto: que la cultura material sea un índice para medir el “avance” de una sociedad. Otro ejemplo claro es cuando se describen las principales características del período “Formativo Medio”, el cual se ubica desde el siglo III a. C. hasta el XV d.C., y una de estas características es que durante esta época “*se desarrolló la*

<sup>6</sup> En las etapas finales de redacción de este artículo, llegó a mis manos un catálogo de la exhibición “Las mujeres antes de la conquista” del Museo Arqueológico Casa del Marqués de San Jorge (Vila de Pineda y Rojas 2002: 6) con el siguiente comentario: “Como soporte a la muestra seleccionada, se expusieron fotografías de culturas amazónicas en su estado primigenio, los Nukak, de manera que permitiera visualizar al visitante, modos de vida ajenos a las situaciones actuales urbanas, más semejantes a los grupos precolombinos.” Demuestra que esta ambivalencia sobre la ubicación temporal de los indígenas no es solo un asunto de estos textos escolares.

orfebrería y se utilizaron nuevas técnicas para la metalurgia.” (Lavacude 1999:182, el subrayado es mío). Lo interesante es que cuando pasa a describir el período “*Formativo Superior*” del siglo XVI expone que es acá cuando no sólo se desarrolla la metalurgia: sino cuando se “dominan las técnicas de orfebrería” (Lavacude 1999: 182, el subrayado es mío).

Aquí el cambio parecería estar indicando que la orfebrería fue dominada en épocas tardías en contraposición a épocas anteriores, donde simplemente se desarrolla. Es un argumento que va en contravía de recientes conclusiones que precisamente dan cuenta de cómo el uso de una orfebrería de elaborada factura que fue posiblemente destinada para el uso por parte de individuos de las élites, fue más una situación de épocas tempranas y no tardías para ciertas regiones del país (Langebaek 2000). Incluso, si se siguiera el argumento de quiénes realmente dominaron las técnicas orfebres, se encuentra que en el Cauca Medio no fueron las sociedades que los españoles encuentran en el siglo XVI, como tampoco lo fue para la región Calima y áreas circundantes. Fueron precisamente otras sociedades las que dominaron las técnicas de orfebrería y que se ubican en épocas anteriores al contacto español.

Pero hay algo más y tiene que ver con cómo son los objetos prehispánicos, los vehículos para hablar de diversidad cultural y de “culturas” en el pasado. En su recorrido por las distintas culturas precolombinas del país se asocia una imagen clásica a cada “cultura”.

**Revisa:**

Dos o tres datos y una fotografía guardan relación. **Identificalos y anota las letras respectivas en tu cuaderno:**

- |                 |  |                             |
|-----------------|--|-----------------------------|
| a) Muisca       | f) Quimbaya  | k) Nariño                   |
| b) Tierradentro | g) Huila   | l) Poporos                  |
| c) San Agustín  | h) Sierra Nevada de Santa Marta                            | m) Bachué                   |
| d) Tumaco       | i) Cauca   | n) Estautas muy grandes     |
| e) Tairona      | j) Región de Caldas, Quindío, Cauca, Antioquia y Risaralda | ñ) Altiplano cundiboyacense |

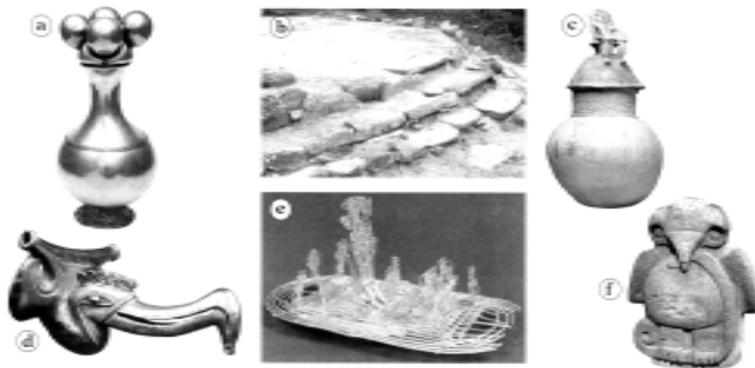


Figura 2. Asociación de objetos a culturas prehispánicas. Reproducido de Lavacude (1999:221), por cortesía de Editorial Santillana.



ciones sobre los grupos humanos del pasado son tanto de sus construcciones monumentales o del avance tecnológico que se reproduce en el desarrollo de la orfebrería.

Todas estas elecciones de por qué se escogen a unas culturas sobre otras, o unos períodos sobre otros para representar al pasado prehispánico, invitan a una reflexión: ¿no se estarán repitiendo aquellas ideas del siglo XIX que buscaban encontrar en las “civilizaciones” que habían tenido las mayores evidencias de avances tecnológicos como orfebrería o monumentalidad, las fuentes de la nacionalidad colombiana? (Therrien 1996). Vale la pena traer el argumento de Martín Hall (2001) al respecto sobre aquellos teatros de la memoria que tienen como protagonistas a la cultura material del pasado y a los hombres y mujeres del presente, para convertir el término “patrimonio” en un término nómádico que se desplaza con facilidad para acomodarse a una variedad de intereses.

Por último, sobre la misma idea de patrimonio, vale la pena exponer lo que estos textos escolares consideran qué es el *legado* indígena. Este legado, según un texto de 6° grado, es: la diversidad política y social, el amor por la tierra, un conocimiento técnico y científico, unas formas no competitivas de hacer comercio, una alimentación variada y nutritiva y un sentido religioso profundo (Lavacude 1999:225). En otro comentario sobre “*qué heredamos y qué conservamos de las culturas indígenas*” del período Formativo, se anotan las siguientes facetas: el cultivo de alimentos, la recolección de frutas y las tareas artesanales (Ibarra y Díaz 2000:93).

Ese legado indígena representado en escenas bucólicas en estos textos escolares pareciera ser la puesta en escena de una utopía que será más simple y pura que la del presente (Hall 2001:55). Escenas de la vida en aldea con personajes bucólicos, de una cotidianidad que no está atravesada por los conflictos actuales son precisamente los elementos que hacen parte de esa utopía (**Figura 3**). Aunque el motivo del artículo haya sido el de relacionar a la Arqueología con los textos escolares, queda en el aire luego de exponer estas representaciones del legado indígena, si estas pueden resumir el significado de aquello que se ha nombrado como "diversidad cultural". Este es un tema que rebasa el presente análisis y tiene que ver con políticas culturales, especialmente, en lo que se refiera a la lucha por la definición de los significados de lo que en este caso sería la "diversidad cultural".

### Comentarios Finales

Quedan más puntos por tocar alrededor de la forma como estos textos escolares exponen el conocimiento arqueológico. Hay que entender que fueron analizados únicamente dos series de textos escolares, la serie Norma y la del grupo Santillana. Por lo tanto, la intención no es generalizar lo que se ha dicho en este artículo para todos los textos escolares. Sin embargo, sí son series que ostentan un 'prestigio' por el hecho de provenir de las citadas casas editoriales. Pero como se dijo al principio, la intención del presente artículo es la de analizar la forma como se está entendiendo la Arqueología por fuera de la misma academia tomando como ejemplo a los autores de estos textos escolares. De esta forma, la intención fue exponer dos ejemplos que contienen





**Figura 3.** Escena de la vida en aldea. Reproducido de Ochoa y Castellanos (1999:119) por cortesía de Editorial Santillana.

“esencialismos”, una ambivalencia con respecto a si los grupos indígenas del presente pertenecen temporalmente al presente o al pasado, y la idea de que una “cultura” prehispánica merece un mayor reconocimiento, o un simple reconocimiento, debido al tipo de evidencia material con la cual esté asociada, entre otros. Llama la atención que todas estas ideas ya han sido denunciadas desde hace un buen tiempo por la academia colombiana. Esta sola razón ya convierte a los textos escolares en un espacio legítimo de ‘lucha intelectual’ en los términos de Said (1994), en donde se busca denunciar y transformar las representaciones del “objeto de estudio” de ambas disciplinas, como lo son los grupos

humanos tanto del pasado como del presente. “Ahora bien, el espacio de acción de esta denuncia y transformación no debe prefigurarse desde las alturas de los intelectualismos, sino también debe descender hasta las mismas negociaciones sobre los contenidos y las representaciones de los mismos textos escolares. De no hacerlo, como lo anuncia Stuart Hall (1996:249), se estaría cayendo en la trampa de pensar que ya siendo teóricamente deconstruidas estas representaciones, estas también han sido desplazadas en otros espacios no académicos, como lo es el de la pedagogía.

### Agradecimientos

Este artículo fue posible gracias al préstamo de estos textos escolares por parte de la sección de Servicios Educativos del Museo del Oro. Un agradecimiento especial a Eduardo Londoño, pues esta reflexión fue comenzada por su iniciativa. Para Juan Carlos Orrantía y a Catalina Cortés también va un fuerte agradecimiento por las discusiones que se generaron sobre versiones anteriores de este artículo. Al público asistente al simposio “Arqueología. Museos y textos escolares en reflexión crítica y didáctica” del reciente Congreso de Arqueología en Ibagué, donde presenté una versión inicial del artículo como ponencia, un agradecimiento por la buena recepción. A los evaluadores, un agradecimiento también por sus buenas críticas. Vale la pena anotar que a pesar de todas estas invaluable ayudas, todos los errores conceptuales y metodológicos son de entera responsabilidad del autor.



- Gaitán, F.  
2002 Expresiones de modernidad en la Quinta de Bolívar. Manuscrito inédito. Centro de documentación, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá.
- García Canclini, N.  
1989 *Culturas Híbridas. Estrategias para Entrar y Salir de la Modernidad*. Editorial Grijalbo, México.
- Giraldo, S.  
s.f. Proyecto de evaluación de textos escolares con contenidos antropológicos. Manuscrito inédito, ICANH. División de Patrimonio, Bogotá.
- Gnecco, C.  
1990 El paradigma paleoindio en Suramérica. *Revista de Antropología y Arqueología* 6(1): 34-56.  
1999 *Multivocalidad Histórica. Hacia una Cartografía Postcolonial de la Arqueología*. Departamento de Antropología, Universidad de los Andes, Santa Fe de Bogotá.
- Hall, M.  
2001 Social archaeology and the theaters of memory. *Journal of Social Archaeology* 1(1): 50-61.
- Hall, S.  
1996 When was the colonial the postcolonial? Thinking at the limit. En *The Postcolonial Question*, editado por I. Chambers y L. Curtis, pp. 242-260. Routledge, Londres.
- Henao, M. C.  
1999 *Experiencias 2*. Editorial Santillana, Bogotá.
- Ibarra, A. R. y R. A. Díaz  
2000 *Milenio 4. Ciencias Sociales*. Grupo Editorial Norma (Educativa), Bogotá.
- Langebaek, C.  
2000 Cacicazgos, orfebrería y política prehispánica: una perspectiva desde Colombia. *Arqueología del Area Intermedia* 2: 11-45.
- Lavacude, K.  
1999 *Ciencias Sociales 6*. Editorial Santillana, Bogotá.

Leone, M. P., JR. Potter, B. Parker y P. A. Shackel

1987 Toward a critical archaeology. *Current Anthropology* 28(3): 283-302.

Márquez, M. C. y A. Melo

1997 *Milenio 6. Historia y Geografía*. Grupo Editorial Norma (Educativa), Bogotá.

Mora, S.

2000 Ámbito pasado y presente en la arqueología colombiana. *Arqueología del Área Intermedia* 2: 153-181.

Ochoa, D. y M. Castellanos

1999 *Ciencias Sociales* 3. Editorial Santillana, Bogotá.

Pearce, S.

1994 Collecting reconsidered. En *Interpreting Objects and Collections*, editado por S. Pearce, pp. 193-204. Routledge, Londres.

Potter, P. Jr.

1994 Appropriating the visitor by addressing the second person. En *Museums and the Appropriation of Culture*, editado por S. Pearce, pp. 103-128. The Athlone Press, Londres.

1997 The Archaeological site as an interpretative environment. En *Presenting Archaeology to the Public: Digging for Truths*, editado por J. H. Jameson, pp. 35-44. Altamira Press, Walnut Creek, California.

Rivera Reyes, H.

1994 Ethnic representations in Colombian textbooks. En *The Presented Past. Heritage, Museums and Education*, editado por P. Stone y B. Molyneaux, pp. 398-407. Routledge, Londres.

Rorty, R.

1997 El progreso del pragmatista. En *Interpretación y Sobreinterpretación*, compilado por U. Eco, pp. 104-126. Cambridge University Press, Madrid.

Said, E. W.

1994 Representations of the intellectual. En *Representations of the Intellectual. The 1993 Reith Lectures*, pp. 3-17. Vintage, Londres.

Shennan, S. (Editor)

1989 *Archaeological Approaches to Cultural Identity*. Unwin Hyman, Londres.

Stone, P.G.

1994 Introduction: a framework for discussion. En *The Presented Past. Heritage, Museums and Education*, editado por P Stone y B. Molyneaux, pp. 14-28. Routledge, Londres.

Therrien, M.

s.f. *Preservación del Patrimonio Cultural Nacional*. Instituto Colombiano de Antropología. Colcultura, Bogotá.

1996 Naciones, imperios y territorios muiscas: historiografía arqueológica de la Sabana de Bogotá. En *Compilación Bibliográfica e Informativa de Datos Arqueológicos de la Sabana de Bogotá. Siglos VIII al XVI d. C.*, volumen I, compilado por B. Enciso y M. Therrien, pp. 23-43. ICAN, Colcultura, Bogotá.

Therrien, M., *et al.*

2002 *Catálogo de Cerámica Colonial y Republicano de la Nueva Granada: Producción Local y Materiales Foráneos (Costa Caribe, Altiplano Cundiboyacense-Colombia)*. FIAN, Banco de la República.

Tilley, Ch.

1999 *Metaphor and Material Culture*. Blackwell, Oxford.

Vila de Pineda, P. y D. Rojas

2002 *Las Mujeres Antes de la Conquista*. Fondo de Promoción de la Cultura. Bogotá.

Wylie, A.

1989 Matters of fact and matters of interest. En *Archaeological Approaches to Cultural Identity*, editado por S. Shennan, pp. 94-109. Unwin Hyman, Londres.

# La poética de los tuestos: El sentido de la cultura material prehispánica en una comunidad Nasa

WILHELM LONDOÑO  
Universidad del Cauca



**Resumen:** *La polisemia inherente a todos los artefactos, en especial a los producidos por los seres humanos en tiempos precolombinos, ha sido regulada por los dispositivos estatales; este es el caso del registro arqueológico. A través de la metáfora del patrimonio cultural, el Estado colombiano definió un solo sentido para la cultura material prehispánica que podía ser emitido por el saber experto y especializado de los individuos que se habían enculturado en los aparatos académicos. Por medio de esta política monosemántica, la academia en Colombia obvió como tema posible de investigación los sentidos nativos que se desprendían del registro arqueológico en el presente: simplemente esto se concibió como algo inexistente. Este artículo quiere dar cuenta de cómo a través de una construcción poética una comunidad nativa concibe la materialidad prehispánica, la dota de sentido y la incorpora explícitamente en su cotidianidad. En consecuencia, no se trata de conocer los sentidos invariables de la cultura material precolombina, sino la significación actual.*

**Abstract:** *The diverse meanings of artifacts, especially the ones produced by human beings before Columbus, have been regulated by the state; such is the case of the archaeological record. Through the metaphor of cultural patrimony, the Colombian state defined a single sense for the material prehispanic culture that could be emitted by the expert and specialized knowledge of the individuals that had been encultured inside the academic apparatuses. By means of these monosemantic policies, the academy in Colombia avoided as a possible topic of investigation the native meanings that sprang from the archaeological record to the present: this was simply conceived nonexistent. This article wants to show how, through a poetic construction, a native community conceives prehispanic materiality, endows it with meaning and incorporates it explicitly in their daily life. In*

*consequence, the article does not try to approach the invariable meanings of material culture before Columbus but rather its current significance.*

### **La separación entre el lenguaje jurídico y figurado: la legitimidad del discurso estatal**

Concretado en el Derecho, la tradición jurídica occidental<sup>1</sup> se ha preocupado hasta la saciedad por implementar un sistema de auscultamiento que dé cuenta de los hechos acaecidos en el pasado y que no se tiene la fortuna de presenciar; en este proceso occidental a diferencia de otras culturas o sensibilidades legales como la musulmana (cf. Geertz 1994:219), ha implementado una separación total entre el sistema de conductas adecuadas llamadas leyes y las acciones concretas; en este sentido lo deóntico deviene regla escrita y la acción social, un mero reflejo de esta.

A través del uso de la *indagatio* en la sociedad secular (cf. Foucault 1996), Occidente estableció una poderosa estrategia por medio de la cual se podría producir la verdad que clarificaría situaciones donde las partes emitían discursos encontrados, como en el caso de pleitos por asesinato, robo, o estafa. Como consecuencia de esta estrategia de investigación, en las sociedades occidentales se estableció una clara delimitación entre el lenguaje real y el lenguaje figurado; el primero se reservó para todos aquellos textos legales que se utilizaban para registrar las transacciones mercantiles, las querellas suscitadas por estas y los procedimientos de legitimación de las ocupaciones de ultramar; el segundo se presentó como el espacio textual de las actividades sin consecuencias económicas y políticas, tan solo estéticas.

Cuando aparecen las ciencias humanas, en el siglo XIX, estas vendrían a desempeñar el papel mediático entre discursos altamente figurados que deberían ser traducidos al lenguaje de la realidad en el cual el Derecho constituía la máxima expresión. Al respecto de este papel de intermediación del discurso de las ciencias humanas, Michel Foucault (1996:18) escribió:

“...lo que llamamos indagación –indagación tal como es y la practicaban los filósofos del siglo XV al XVIII, y los científicos, fuesen geógrafos, botánicos, zoólogos, economistas– es una forma muy característica de la verdad en nuestras sociedades... Fue para saber quién hizo qué cosa, en qué condiciones y en qué momento, que Occidente elaboró las complejas técnicas de indagación que casi en seguida pudieron ser empleadas en el orden científico y en la reflexión filosófica”.

Como lo muestra el filósofo político francés en sus famosas conferencias de Río de Janeiro –de las cuales se extrajo el fragmento anterior–, a partir de las estrategias medie-

<sup>1</sup> Aunque Occidente es un término problemático, su uso en este artículo señala las sociedades cuya cultura se ha nutrido de la tradición jurídica romana, de la tradición política helénica, de la religión cristiana, las cuales actualmente constituyen espacios donde se reproduce el sistema capitalista.

vales usadas por la Iglesia para conocer las propiedades, los recursos agrícolas y el potencial laboral de los siervos, todas las actividades económicas y políticas, surgió un dispositivo de conocer la verdad que sería incorporado por las ciencias. Posteriormente, con el surgimiento de las sociedades republicanas, las formas de indagación cederían el paso a las estrategias de vigilancia y examen, donde ya la finalidad de los aparatos de coerción no es la de poder reconstruir un acontecimiento y sancionar, sino vigilar sin interrupción a través del panóptico.

A pesar de esta transformación, las sociedades occidentales siempre prestaron mayor atención y obediencia a los discursos emitidos desde los aparatos jurídicos y científicos en la medida en que estos producían conocimiento a partir de la indagación. Un proceso concomitante con este, es que el espacio predilecto para la emisión del discurso verdadero siempre debía ser escrito y respaldado por la institucionalidad del Estado o de las academias.

En consecuencia, para la tradición occidental era inadmisibles que discursos altamente polisémicos y carentes de cuerpos escritos que los sustentaran, como el de los grupos indígenas, pudiesen ser el punto de referencia para el registro de hechos históricos, o para la delimitación de territorios, o en otros casos para la adscripción de grupos sociales y culturales. Por ello, la práctica de la etnografía se concibió en los primeros años de su ejercicio como una traducción cultural: traducción en el sentido de que al utilizar los conceptos de las ciencias exactas se concebiría a las sociedades como sistemas en los cuales se discriminarían los nodos de control, de ejecución, las entradas de energía y los estamentos encargados de su transformación; así, la oscura apariencia de los rituales en los que circulaban conchas por los espacios insulares de Oceanía, por ejemplo, se vino a mostrar como un mecanismo para la obtención de prestigio que aseguraría la existencia de un centro jerárquico responsable del funcionamiento social (cf. Bock 1985:170). En suma, la etnografía construyó un sistema de equivalencias, puntos de traducción, que tenían la función de identificar qué prácticas exóticas, una vez suprimidas sus excentricidades, venían a cumplir las funciones políticas, económicas, jurídicas e históricas, tal como ocurría en Occidente, sólo que a un nivel más complejo.

En el ejercicio de la traducción como explicación y su relación con los cuerpos disciplinarios occidentales, se sentarían las bases para dos hechos fundamentales: por un lado, las prácticas culturales deberían ser explicadas, reduciendo así el carácter polisémico que las constituían; por otro lado, la reducción semántica y la puesta en relieve del nivel de significación real a través de la escritura serían labor exclusiva de las disciplinas sociales reconocidas por los Estados nacionales.

En la etnografía científica, la voz del nativo, para poder ser escuchada, debía ser primero contrastada con el sistema de equivalencias occidental. Así, cuando el aborigen hablara de autoridad, Occidente entendería política; cuando el nativo dijese naturaleza, Occidente señalaría economía; cuando las gentes de las primeras naciones hablaran de hermandad, Occidente hablaría de parentesco. En el espacio discursivo de la antropología científica nada de los nativos les era propio.

A través de este reduccionismo, cuando se hizo necesario el estudio de la cultura material nativa para la comprensión del registro arqueológico, los académicos, una vez más, tradujeron la voz nativa para comprender cómo la variabilidad de los artefactos respondía a determinantes medioambientales y no de adscripción social: las conexiones históricas, dentro de la academia, eran relevantes en la medida en que las inferencias construidas eran más verosímiles si había continuidad entre el pasado y el presente, pero de ninguna manera a dicha continuidad se le reconoció un papel central dentro de las dinámicas identitarias de las comunidades locales; el registro arqueológico era un bien de la academia (cf. Gnecco 1999:43) y su valor sintáctico señalaba que la producción de un discurso sobre dicha materialidad debería tener propósitos netamente científicos, carentes de valoración; es decir, que no podían ser utilizados en el presente para simbolizar discursos sociales ya que todos esos artefactos eran de culturas desaparecidas o de sociedades a punto de serlo: cualquier uso diferente del científico era sospechoso.

De esta manera, la academia sancionó negativamente los intentos de estudiar los sentidos que el registro arqueológico tiene en el presente para las comunidades nativas, ya que esto supondría aceptar que la materialidad prehispánica tiene varios niveles de significación, y a la vez esto relativizaría las interpretaciones científicas al presentar otras posibilidades.

Ya que para muchas comunidades el registro arqueológico es una fuente de identidad en la medida en que se concibe como una materialidad de la historia compartida, la academia realizó críticas a estas posturas nativas señalándolas como estrategias de exotización para la atracción turística. En Guatemala por ejemplo, un recién egresado del programa graduado de literatura de la Universidad de Pittsburgh, que goza de un tremendo poder en las esferas periodísticas del país, señala que el movimiento Pan Maya no es más que la consecuencia de acciones concretas de financistas internacionales que en su afán de vender destinos turísticos propician la construcción de una alteridad exótica (Warren 2001:217). Sin embargo, como lo han mostrado los estudios culturales, el uso de la materialidad del pasado no supone una contemplación pasiva de este, ni un enmascaramiento para beneficiarse del capital (cf. Londoño 2002); por el contrario, el uso de esa materialidad constituye el eje paradigmático para la consolidación de espacios identitarios donde se funde la dicotomía establecida por los estados nacionales entre pasado y presente. En este sentido, Kay B. Warren (2001:211) escribió acerca del movimiento nativo en Guatemala:

“Desde el desmembramiento de los estados prehispánicos y la reubicación colonial de las poblaciones indígenas, los intelectuales tradicionalistas –los kamol b’ey de la jerarquía religiosa y civil y los chamanes ajq’ij– centraron sus esfuerzos en la creación de espacios morales localizados para la celebración de esa conexión incomparable de los individuos con su comunidad local, con sus antepasados y su religión, que adoraba el Mundo de la Tierra (ruwach’ulew) –la naturaleza– y el cosmos como algo sagrado.”



tes en relación con la poética: por un lado, “la buena poética”, en la cual los poetas sabían elegir el objeto de representación; de otra parte, “la mala poética”, en la cual los dueños de la palabra se volvían mentirosos al realizar imitaciones inexactas de la realidad; esta desmesura debía subsanarse con la expulsión de la “ciudad ideal”.

Para Platón, la buena poética es aquella en la cual el poeta logra, a través de la imitación, una participación en el mundo de las ideas o en el mundo verdaderamente real. Siguiendo esta línea de pensamiento, Aristóteles señalaba que las formas poéticas son modos de imitación de acciones humanas que se pueden presentar mejor, peor o igual como ocurre en la vida humana. Desde esta perspectiva, la poética es una estrategia cognoscitiva en la cual se representa la realidad por medio de las palabras, se trata en últimas de llegar a través del lenguaje al logos ordenador que determina las acciones de los hombres y de la naturaleza.

Giambattista Vico en el siglo XVIII retomó las ideas de Platón y Aristóteles para comprender la historia de las naciones a través de la poética de los pueblos (Vico 1978). En su *Scienza Nuova*, Vico expuso su posición teórica con claridad al señalar que si se deseaba comprender las acciones humanas de los primeros hombres, se debería primero atender a su metafísica, entendida esta como:

“...aquella que toma sus pruebas ya no del exterior sino dentro de las modificaciones de la mente de quien las medita... porque, si este mundo de naciones ha sido hecho por los hombres, en ellos ha de hallarse los principios” (Vico 1995:181).

Según Vico, el conocimiento de la historia de una nación, una etnia, en todo caso no una comunidad social como los estados republicanos que se formaron después de su muerte, supone comprender sus construcciones culturales, sus guías de comportamiento; en suma, supone comprender su sabiduría poética o su metafísica. Como lo sugiere la tradición helénica, la que Vico de alguna manera reivindicó en una época en que las metáforas se expulsaron de las ciencias (cf. Foucault 1999:131), la labor de los historiadores debe concebirse como una imitación en el sentido Aristotélico, en la cual a través de la poética se construye un modelo del logos poético que caracteriza a una sociedad. Clifford Geertz, que es un seguidor fehaciente de Vico, sugiere que la investigación etnográfica supone la construcción de un texto que es un modelo de otro texto que es a su vez una cultura (Geertz 1989:368). Al igual que las obras literarias, los textos culturales deben ser interpretados reflexionando sobre un hecho etnográfico. De la insular y atormentada Bali, el etnógrafo estadounidense escribe:

“Si uno considera la riña de gallos, o cualquier estructura simbólica colectivamente sustentada, como un medio de “decir algo de algo” (por invocar la famosa fórmula aristotélica), luego se halla uno frente a un problema, no de mecánica social, sino de semántica social. Para el antropólogo interesado en formular principios sociológicos y no en apreciar y evaluar riñas de

gallos, la cuestión es esta: ¿qué puede uno aprender sobre tales principios al enfocar la cultura como textos?” (Geertz 1989:368).

James Spradley, que es otro etnógrafo aliado de los enfoques no materiales de la cultura, ha dicho de una forma muy acertada que la etnografía es cultura estudiando cultura (Spradley 1979:9); es decir, que las invenciones humanas que son por esencia simbólicas deben estudiarse a través de estrategias de análisis que son a su vez construcciones culturales históricas, tal como lo suponía Aristóteles. La diferencia obvia entre el enfoque helénico y aun en el de Vico es que los actuales simbolistas suponen que el logos ordenador de la acción humana –el texto– no es una vertiente de una invención demiúrgica, sino una construcción cultural.

Podríamos añadir que la tarea de las investigaciones culturales es imitar las poéticas de las sociedades a través de nuestras propias poéticas; se trata, como lo sugería Northrop Frye en la glosa de Geertz (cf. Geertz 1989:369), de dar cuenta de cómo un nativo en una isla del Pacífico sur encuentra los caracteres idiosincráticos más representativos de su cultura en eventos sociales como las riñas de gallos; de esta manera se debe construir un texto escrito en el que el etnógrafo imita la cultura y otro a modo de crítica literaria donde delinea los perfiles característicos de la obra, las inclinaciones más frecuentes, el modo esencial de la narración, el carácter tonal de la misma.

#### **La negación de la polisemia en el registro arqueológico por parte del Estado**

Concebir la cultura como un texto supone, como muy acertadamente ha señalado James Clifford, entenderla como un espacio en proceso, nunca acabado, polisémico, con posibilidades de interpretación nunca limitadas (Clifford 1999:12). Esto, a diferencia de las definiciones normativas que son problemáticas a la hora de analizar las dinámicas identitarias en los nuevos contextos de la globalización, la aceleración del tiempo y del espacio (cf. Augé 1996:103-4).

A pesar de que las nuevas propuestas de análisis social (cf. Rosaldo 1989) constituyen el eje paradigmático de la antropología contemporánea, el Estado colombiano ha quedado a la Saga y ha definido a través de su aparato legal el único nivel semántico posible para el registro arqueológico; esta imposición simplemente ha desconocido que el registro arqueológico en tanto elemento simbólico es un escenario importante en la producción y reproducción del sentido de las minorías nativas.

Según el artículo 1º de la Ley 163 de 1959 “por la cual se dictan medidas sobre defensa y conservación del patrimonio histórico, artístico y monumentos públicos de la Nación” se declaran patrimonio de la República: “los monumentos, tumbas prehispanicas y demás objetos, ya sean obra de la naturaleza o de la actividad humana, que tengan interés especial para el estudio de las civilizaciones y culturas pasadas...”.

En consecuencia, el registro arqueológico es un producto humano en el cual no caben conexiones históricas que unan pasado y presente en las comunidades aboríge-

nes. No es posible, según la legalidad jurídica y coercitiva del documento, que los individuos en la actualidad supongan que la materialidad del pasado simbolice las diferenciaciones identitarias a través de la historia compartida.

A pesar de la hegemonía jurídica expresada en leyes como la anteriormente citada, en muchas comunidades nativas en Colombia, el registro arqueológico es una expresión material de las continuidades culturales entre los aborígenes prehispánicos y los actuales nativos; es el caso de los Yanacona (Zambrano 1993, 2000), de la comunidad Guambiana (cf. Vasco 1992, 1997; Urdaneta 1987, 1991), de los llamados Kubeo (Constitución Política en Kubeo 1994), de los Kogi (Giraldo 2002), de los Nasa Yuwe de Tierradentro (Rappaport 2000) y, como lo mostraré en extenso, de los Nasa Yuwe de Novirao.

Debo aclarar que en Colombia existen 81 grupos nativos (cf. Gómez 2000:12) y los 5 últimos que acabo de mencionar han puesto de relieve una continuidad cultural con culturas arqueológicas; puede que esto sea un hecho generalizado en los restantes 76 grupos nativos, pero hasta el momento no existe un programa etnográfico encargado de dar cuenta de una situación que resulta conflictiva para la arqueología científica.

### La poética de los tuestos

El ejercicio que a continuación presentaré está dividido en dos partes; inicialmente presentaré un panegírico que tiene la intención de ser una imitación de un hecho etnográfico: el uso del registro arqueológico por parte de los Nasa Yuwe de Novirao (ver **Figuras 1 y 2**); segundo, una interpretación de ese texto.

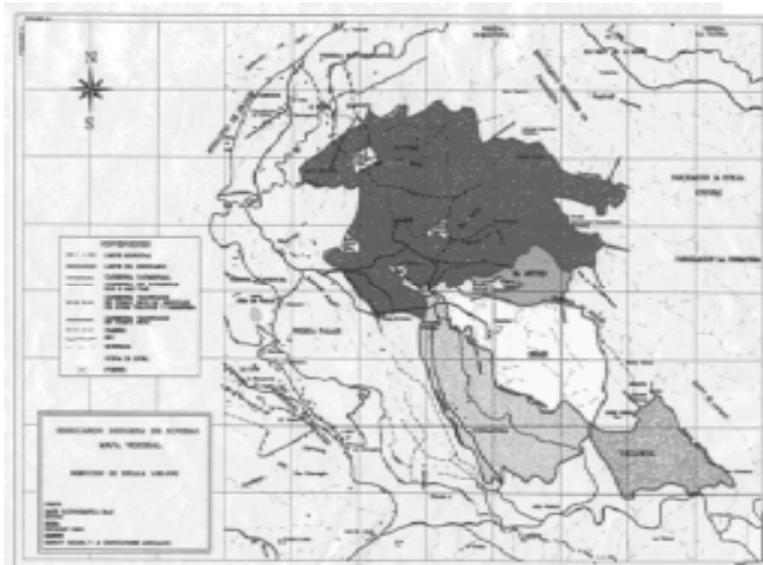


Figura 1. Mapa del resguardo Nasa de Novirao.

## Parte 1

“Al bajar del altiplano donde se encuentra Popayán, la vista se ve favorecida al oriente por el ondular de tenues colinas cubiertas de espárragos. Al cruzar este reino de tiernos tallos, la mirada incrédula se sorprende fácilmente con la armonía de 200 Nasas adornando con sus machetes las irregularidades de la naturaleza: la comunidad se prepara para las siembras colectivas.

Es el último noviembre de los 90, pasamos día tras día por delante de los mingueros, y los saludos matutinos se confunden con tintos dulces y arepas de trigo freídas pocos instantes atrás. Vamos hacia nuestra excavación en busca del pasado, de las marcas aún indecisas de los antiguos; necesitamos encontrar el camino expedito hacia esas generaciones sabias, respetuosas, de grandes poderes, silenciosas.

El monótono silencio de la dura jornada se rompe. Tiesto en mano, los Nasa disertan sobre las realidades del pasado, las cuales sirven para hacer una lectura del presente.

–Doña Josefina: Mire, joven estos tiestos son muy antiguos... Antes eran quenas y tambores. Hoy es vallenato y merengue; antes era fique y maíz, hoy es plástico y trigo...

–Marcela: ¡No...! ¡Qué tal! Uno que se va a poner a tejer, y ustedes ni bailaban...

–Doña Josefina: Antes había más respeto, la gente escuchaba a los ancianos y si uno se ponía a desobedecer le daban con el fuate...



*Figura 2. Grupo de Historia del resguardo de Novirao.*

–Marcela: ¡Qué tal!... Yo no me dejo pegar. Si mi marido me llega a tocar, pues le toca a él solito, porque yo no le vuelvo a preparar el desayuno. Él sabe...

–Doña Josefina: En todo caso yo no sé qué va a pasar. Ya aquí nadie respeta. La gente para vivir tiene que comprarlo todo. Antes, de la tierra se sacaba todo... Si usted necesitaba yuca, iba a la huerta; si necesitaba fríjol, también... Si se le quebraba su vasija, iba por barro y la hacía.

–Wilhelm: ¿Y de dónde se sacaba el barro para hacer las vasijas?

–Doña Josefina: De allá, llegando a Paniquitá, por ahí como que todavía se ve el barranco; ellos allá cogían el barro y con arena del río Palacé hacían las vasijas; y que finas que eran. Esa gente sí sabía de estas cosas; ¿no ve que ellos les aprendieron a los mayores?... A esos de Tierradentro... Usted sí debe conocer... Yo no, pero nosotros venimos de allá. Mire: si usted va allá, usted se va a dar cuenta, Nosotros hablamos un poquito diferente de ellos, pero uno ahí se va entendiendo...

–Wilhelm: Cuénteme, ¿cómo así que ustedes vienen de allá?

–Doña Josefina: Sí, hace 300 años a los antiguos los sacaron de allá y los trajeron para acá, esa gente... Y la gente trabajaba cinco días a la semana y el sábado había que trabajar en la huertica, pero eso se acabó hace como 20 años, eso la gente sacó a los patrones y pues unos sufrieron y otros ganaron, pues los que no tenían nada ahora tienen un pedacito de tierra, pero a los que trabajaban para el patrón, pues ya no les pagan...”

## Parte 2

En su libro *Routes: Travel and Translation in the late twentieth century*, traducido al castellano como “Itinerarios transculturales”, James Clifford (1999:235-236) dedica un capítulo a las relaciones cada vez más cercanas entre los museos norteamericanos y las comunidades nativas. Clifford, relata cómo en 1989 el Museo de Arte de Portland, Oregon, decidió realizar un reacomodo de la colección Rasmussen que incluía varios objetos pertenecientes a la etnia Tlingit, etnia que habita el sur de Alaska y parte de la costa canadiense. Dicha renovación incluyó por parte de las directivas del Museo una invitación a las autoridades Tlingit para que participaran en la planificación. Para sorpresa de Clifford, los Tlingit, al ser expuestos ante una serie de objetos que pertenecieron a sus ancestros, tal vez una o dos generaciones atrás, realizaron varios comentarios, pero ninguno apuntó a la manera específica como se usaban dichos artefactos. Ninguno dio cuenta de sus significados; más bien los objetos sirvieron de “ayuda-memoria” y como “excusas” para narrar relatos que apuntaban a las luchas políticas actuales (Clifford 1999: 235).

Lo que resulta similar del ejemplo de los Tlingit con los Nasa de Novirao es que los artefactos sirven fundamentalmente para narrar un relato en el que la tradición se contraponen a la actualidad: como en todas las comunidades donde no predomina el sistema de producción capitalista, el tiempo no es lineal y no existe en consecuencia la dicotomía pasado-presente. Los objetos que los arqueólogos entienden como históricos, para las comunidades nativas sirven de alegoría para el presente.

Al respecto de las disertaciones de este historiador de la antropología, debo decir que el concepto de ayuda-memoria no resulta útil, ya que en la medida en que la materialidad del pasado se concibe como una mera excusa, una simple mnemotecnica para dar cuenta del presente, por el contrario, entender a estos objetos como dotados de una función poética, permite comprender por qué son tan importantes en los proyectos identitarios. Cuando hablo de una función poética, me refiero al hecho de que a través de los artefactos arqueológicos o etnográficos, comunidades como los Nasa Yuwe o los Tlingit construyen cartografías cognitivas, textos culturales que les permiten evaluar sus posiciones estratégicas en las relaciones interculturales con el Estado o las multinacionales y a la vez reconocerse como colectivos sociales.

Una característica de estos textos poéticos es que no son escritos y permanecen en la superficie social a través de la constante reflexión sobre el pasado. Dicha reflexión se motiva en la interacción directa con lugares sagrados, en el diálogo con los ancianos, los médicos tradicionales, o por medio del registro arqueológico. Cuando las comunidades nativas desean compartir estas producciones culturales, aceptan invitaciones de museos o las propician; ese es básicamente el sentido de la participación de profesionales en estas investigaciones tan sui géneris.

Para poder captar la poética de los tiestos como participante foráneo de la comunidad, tuve que tomar notas de campo sobre los discursos que se emitían mientras excavábamos. Pero fundamentalmente, mientras hacíamos esta labor, a través de la interacción con esta materialidad, la comunidad hacía una lectura de un texto material que se producía simultáneamente en su construcción: la excavación (ver **Figura 3**). No me referiré a los resultados sustantivos de la cerámica, ya que este análisis se puede encontrar en mi tesis de grado (Londoño 2000). Ahora veamos los elementos que contiene el panegírico, que es el texto que da cuenta de la poética de los tiestos.

En la primera parte, los espárragos señalan los monocultivos industriales donde laboran algunos miembros de la comunidad. Esta situación de dependencia económica contrasta notablemente con prácticas no capitalistas como la minga, donde cada martes la comunidad adecua los terrenos del resguardo para la siembra de caña de azúcar, maíz o yuca. Una vez estos productos son cosechados, el dinero conseguido ayudará a pagar los costos de funcionamiento del cabildo. Separados por unos metros, los espárragos y los terrenos comunitarios son un comentario visual a la fortaleza de prácticas económicas comunitarias que han sobrevivido a las formas de producción individualistas del capital.

En el texto de la parte 1, la mirada especializada del etnógrafo evidencia los usos disímiles del espacio. El autor intencionalmente construye una alegoría a la diferencia producción comunitaria-producción individual y renuncia a las formas de reproducción del capital en la medida en que lo que sorprende no es la ternura de los espárragos, sino la aparente armonía de los nativos cuando arreglan los terrenos de la comunidad.

En la segunda parte del texto, el etnógrafo resalta la mirada ingenua del arqueólogo que busca a través del pasado el camino expedito con las generaciones antiguas. En esta parte del texto, sobresalen notablemente las adjetivaciones que señalan el poder de los antiguos nativos, su sabiduría, su armonía con el medio. Puede uno percibir del texto el carácter volátil de la empresa en tanto la Arqueología en este caso supone un uso que sobrepasa el monosemantismo al que está acostumbrada. Sin embargo, la voz nativa surge, cobra vida a través de la indeterminación lacónica del etnógrafo que a la vez es arqueólogo. Evidentemente, el arqueólogo es un aliado indiscutible de la empresa histórica de la comunidad: su papel no es pasivo, es tremendamente activo, su actuación es enteramente iconoclasta en la medida en que desnaturaliza la suposición de que las investigaciones antropológicas deben carecer de valoraciones o de propósitos políticos claros.



*Figura 3. A pesar de que lo intenta, el etnógrafo ubicado en el extremo sobresale de la comunidad.*

En la tercera parte, de forma naturalizada, la voz de los ancianos señala las contradicciones entre el pasado y el presente. A través de las oposiciones binarias, se señala cómo era antes la música nativa y hoy no; cómo eran antes los utensilios propios y los cereales nativos, hoy el frío plástico y el mundano trigo. En estas oposiciones, los productos del presente parecieran acallar el ingenio y la industrialidad Nasa Yuwe. De esta

manera, la voz del pasado reciente en manos de los ancianos cuestiona el presente, supone en la profundidad del tiempo, una inmanencia moral perdida, la cual es añorada.



*Figura 4. Doña Josefina.*

Sin embargo, en un marcado contraste, la voz de los jóvenes Nasa surge, expresa su inconformidad con las directrices del presente que buscan una autenticidad que supondría el papel pasivo de las mujeres nativas. Los comentarios en contra de las costumbres perdidas en boca de los jóvenes enseñan la posibilidad de ser Nasa Yuwe aun bailando vallenatos o usando plástico. El presente se enseña un poco más abierto a los jóvenes: estos no tienen temor de hablar; las mujeres han adquirido posibilidades de decidir. Las nuevas transformaciones culturales han cambiado ciertos hábitos, pero para las mujeres en cierta medida el cambio ha sido provechoso.

En el diálogo del texto en el cual la anciana (**figura 4**) argumenta y la joven replica, la voz de la experiencia cede a las actualizaciones que sufre la comunidad a través de los jóvenes; en medio de un silencio que emite un comunicado en un

lenguaje no verbal, que por lo demás es imposible traducir por medio de la escritura, esta voz pueril no discute y acierta mientras la anciana diserta sobre el pasado y la vida sin necesidad de capital. Mientras la anciana habla de la continuidad entre los habitantes prehispánicos de Tierradentro y ellos los jóvenes escuchan, acuerdan y emerge cierto orgullo: si el hoy es más abierto a las mujeres, en el ayer se encuentra la autenticidad.

Los jóvenes confirman con la cabeza esta diferencia mientras el etnógrafo estimula la conversación. Esta voz protagónica que supone un poder en la medida en que se emite con el apoyo de los años, habla aun más y se refiere al régimen feudal del terrazgo que culminó hace unos 20 años en el Cauca, una lucha que costó varios líderes nativos muertos, otros torturados, una historia que solo a través de las localidades que la padecieron mantiene una vigencia que denuncia cuán plástico es el pasado y cuán poderoso es lo estético.

De esta manera, los tiestos y la interacción con esta materialidad permiten emitir un discurso en el cual encontramos dos elementos: por un lado, el registro arqueológico simboliza una continuidad cultural en la que no hay distinción entre el pasado prehispánico y el presente. Los Nasa Yuwe de Novirao y los constructores de Tierradentro son la misma comunidad. De otro lado, esta materialidad enseña la existencia de una comunidad moral mucho más vigorosa en la antigüedad, la cual de cierta forma se debe imitar para mantener cierta diferenciación en el juego de las relaciones interculturales. Es claro que esta propuesta no es bien aceptada por los jóvenes en la medida en que tal ejercicio supondría excluir de la cotidianidad elementos que se han tomado de la sociedad republicanas. Sin embargo, el texto que emite el tiesto en el juego de la interacción de esta materialidad con la comunidad es aceptado, respetado y de alguna forma incorporado, de manera tal que los jóvenes son los más entusiastas en participar en las disertaciones históricas, como tuve la oportunidad de comprobar.

Si bien es problemático que las mujeres acepten los castigos corporales, tal vez comunes unos años atrás, la mirada hacia el pasado, sin embargo, es aceptada en la medida en que se restablecen los lazos culturales con los ancestros. Un elemento importante de esta ritualidad es que en el juego relacional entre la materialidad del pasado y las pretensiones de revitalización de la cultura, el registro arqueológico permite estructurar un espacio moral donde la disolución de la dicotomía pasado-presente se diluye de tal manera que se experimenta un contacto real con los ancestros. Así como los musulmanes o los cristianos experimentan en su relación con los espacios sagrados y los símbolos que allí se encuentran, estados de ánimo en los cuales es de alguna manera tangible una esfera metafísica, en la interacción con el registro arqueológico los nativos sobrepasan los espacios propios de lo mundano. No se trata, como lo pudieran pensar las miradas anacrónicas propias de los paradigmas instrumentales de la cultura (*e. g.* White 1975), que los seres humanos se engañen a sí mismos a través de sus sistemas de creencias (*e. g.* Binford 1962), sino que ya que los seres humanos son una especie con la capacidad de construir símbolos (Cassirer 1944), estos dan significado a la existencia, permiten la interacción social y ayudan a la configuración del cambio social. En este



ches nosotros retornamos en secreto con nuestro propio pasado, nuestra propia identidad”<sup>3</sup>. (Mamami Condori 1994:49).

Como lo muestra este líder boliviano y como lo intenté mostrar con los Nasa Yuwe de Novirao, el registro arqueológico es una fuente fundamental de identidad, y esta funcionalidad simbólica es posible a través de la función poética.

Así como los musulmanes mueren por Alá en las famosas prácticas terroristas, o como los occidentales mueren en los ejércitos que cuidan los espacios de reproducción del capital, cada cultura tiene en sus cosmovisiones, que son tejidos simbólicos –textos–, los derroteros cognitivos que permiten orientarse en la vida, y estos símbolos son tan importantes, que en todas las sociedades la gente mata y muere por ellos.

### **La negación de la poética de los tuestos por parte de la sociedad republicana**

Tal como lo establece la normatividad jurídica –citada atrás–, que regula la interacción con el registro arqueológico, este es un elemento de investigación sobre culturas pasadas. A diferencia de lo que sucede en Norteamérica, ninguna institución en Colombia ha construido una agenda programática que una nativos con curadores de museos, ya sea para realizar exposiciones que sobrepasen las reificaciones habituales en los museos nacionales o para construir textos de mayor pluralidad.

Como ya lo suponían varios académicos en la primera mitad del siglo XX (cf. Otero 1952), las conexiones históricas entre las poblaciones prehispánicas y los actuales nativos son inconcebibles en la medida en que no hay posibilidad de probar una continuidad en cultura material entre el pasado y el presente. Para que exista tal continuidad, la Arqueología debe mostrar, a través de la indagación científica, que, desde las épocas precolombinas hasta la actualidad, las comunidades que proclaman las relaciones culturales no han abandonado cierta regularidad en los artefactos de uso cotidiano. En esta glosa, el uso inequívoco de los mismos artefactos durante centurias probaría la continuidad de la cultura.

La academia y el Estado colombiano, lo cual en la práctica viene a ser lo mismo, desconocen con este tipo de argumentación los procesos de desestructuración cultural que hicieron en la Colonia que las comunidades rompieran los lazos nativos con los entornos ecológicos y culturales (Barona 1993). Dicha mirada también desconoce cómo a través de la implantación de la religión católica las comunidades fueron encauzadas a olvidar, en apariencia, sus sistemas de creencias. Esta mirada hegemónica no tiene en cuenta cómo fueron orientadas las comunidades aborígenes a transformar su materialidad y adquirir los hábitos civilizados de la hispanidad. En suma, se naturaliza, lo que fue un proceso que, por paradójico que pueda ser, al modificar las costumbres nativas abrió el paso hacia la estructuración del Estado-nación.

<sup>3</sup> Traducción del inglés del autor.

En la mirada naturalizada de los académicos, las rupturas culturales constituyen procesos naturales que señalan el cambio, casi teleológico, de unas sociedades por otras. Este artificio conceptual ha sido denominado catastrofismo: “El catastrofismo, sobre todo las explicaciones que involucran reemplazo poblacional, es racista y colonial, en tanto racionalizador de la expoliación y de la usurpación.” (Gnecco 2000:39). Al respecto de la operatividad del catastrofismo para invalidar las reivindicaciones de los grupos nativos, Gnecco (2000:40) escribió:

“La negación de la continuidad cultural resultó muy útil para deslegitimar las reivindicaciones territoriales de las sociedades indígenas contemporáneas. Así, el reconocimiento de la civilidad indígena prehispánica en Colombia permitió, por un lado, no eludir la realidad de espectaculares hallazgos arqueológicos como San Agustín y, por otro, excusar la lucha por la tierra con los indígenas contemporáneos, salvajes degradados de la civilización precolombina”.

Lo que he intentado mostrar es que el Estado republicano, a través de la legislación que regula la interacción con el registro arqueológico, condenó la polisemia inherente a esta materialidad, y señaló además con ahínco que el único discurso que podía ser emitido sobre esta materialidad debería estar enmarcado por el paradigma científico. A la par, como lo ha señalado el autor citado arriba, el discurso arqueológico en Colombia a través del catastrofismo no solo explicaba el cambio material evidenciado en los estratos de la nación, sino que además disolvía las continuidades culturales significativas en el presente para las comunidades nativas; esto, como una manera de desactivar los reclamos de tierras.

Al convertir el registro arqueológico en un mero objeto de ciencia, conscientemente o no, el Estado colombiano, por medio de su aparato jurídico y académico, desestima los sentidos que las comunidades nativas puedan tener por esta materialidad. En lo futuro, sin embargo, en un escenario donde las comunidades locales cada vez más son agentes activos del cambio y no receptores pasivos –ya que los espacios tradicionalmente habitados por ellos ahora se convierten en puntos estratégicos para el capital (cf. Escobar 1999:205)–. El estado nacional deberá tener en cuenta las políticas de identidad locales que se articulan en la inclusión del registro arqueológico. Seguramente, así como la Arqueología surgió en un determinado momento histórico en el que la burguesía eurocéntrica necesitaba darle el estatus de ciencia a una abrumadora colección de objetos desvinculados de los contextos originales producidos por el viaje colonial, la disciplina se transformará en un momento histórico en que las lógicas del capital desestructuran la dicotomía centro-periferia. A través de los museos étnicos concomitantes a las políticas de generación de recursos en las comunidades tradicionales, la Arqueología se convertirá inevitablemente en una herramienta de uso local y el estatus científico de la disciplina será un recuerdo anacrónico. Por medio de esta lógica de las nuevas condiciones de la economía política moderna, las comunidades entrarán inevitablemente en una

negociación con los poderes económicos, en donde estos respetarán la función poética de la materialidad prehispánica, pero con la condicionalidad de que generen recursos.

En consecuencia, la anacrónica práctica del Estado colombiano de obviar la función poética del registro arqueológico deberá ceder ante la presión de las comunidades étnicas y el capital.

### Conclusiones

Lo que he tratado de evidenciar con esta reflexión es que la materialidad prehispánica desempeña un papel preponderante en comunidades como las Nasa Yuwe. Específicamente, los tiestos, que fue el material recolectado de mayor abundancia, al ser extraídos en una excavación, permiten un diálogo entre los Nasa Yuwe en el cual se cuestiona el presente; se esgrimen, sin embargo, argumentos de las cosas positivas de este; pero fundamentalmente, en espacios rituales como este, se disuelve la dicotomía pasado-presente. Lo curioso es que si en la academia colombiana se ha hecho arqueología para mostrar cómo el registro arqueológico es una evidencia del pasado en el presente, en las comunidades nativas, se hace arqueología para mostrar cómo el presente se encuentra ya involucrado en el pasado. Los fragmentos de cerámica prehispánica no son carentes de sentido dentro de las comunidades nativas, y su sentido es polisémico en la medida en que es una evidencia de la continuidad moral, un relato sobre el repudio hacia las formas de producción del capital, un discurso sobre los nuevos roles de las mujeres en la actualidad y además un elemento de un registro científico definido por el poder del texto jurídico.

### Referencias

Augé, M.

1996 *El Sentido de los Otros*. Paidós, Buenos Aires.

Barona, G.

1993 *Legitimidad y Sujeción: los Paradigmas de la Invención de América*. Colcultura, Bogotá.

Binford, R. L.

1962 Archaeology as Anthropology. *American Antiquity* 28(2): 217-225.

Bock, K. P.

154 1977 *Introducción a la Moderna Antropología Cultural*. Fondo de Cultura Económica, México.

Cassirer, E.

1944 *An Essay on Man*. Yale University Press, New Haven.

Clifford, J.

1999 *Itinerarios Transculturales*. Gedisa, Barcelona.

Condori, C. M.

1994 History and prehistory in Bolivia: What about the indians? En *Conflict in the Archaeology of Living Traditions*, editado por R. Layton, pp. 48-59. Routledge, Londres.

Constitución Política de Colombia en Kubeo

1994 *Letejem mand Kolombia luarents jëbstsenaihayam*. Centro de ediciones CCELA. Universidad de los Andes, Bogotá.

Dumas, A.

1956 *The Count of Montecristo*. Bantam Books, Canadá.

Escobar, A.

1999 *El Final del Salvaje. Naturaleza, Cultura y Política en la Antropología Contemporánea*. ICANH-CEREC, Bogotá.

Ferrater, J

1984 *Diccionario de Filosofía*. Alianza, Madrid.

Foucault, M.

1996 *La Verdad y las Formas Jurídicas*. Gedisa, Barcelona.

1999 *Las Palabras y las Cosas*. Siglo XXI, México.

Geertz, C.

1989 *La Interpretación de las Culturas*. Gedisa, Barcelona.

1994 *Conocimiento Local*. Paidós, Barcelona.

Giraldo, S.

2002 Arqueología de lo contingente: fragmentos disciplinarios y “Ciudades perdidas”. Ponencia presentada en la III Reunión Internacional de Teoría Arqueológica en Suramérica.

Gnecco, C.

1999 *Multivocalidad Histórica*. Universidad de los Andes, Bogotá.

2000 Arqueología, Estado y nación. En *La Formación del Estado Nación y las Disciplinas Sociales en Colombia*, editado por J. Tocancipá, pp. 30-50. Universidad del Cauca, Popayán.

Gómez, H.

2000 *De la Justicia y el Poder Indígena*. Universidad del Cauca, Popayán.

- Halliday, M. A. K.  
1986 *El Lenguaje como Semiótica Social*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Layton, R.  
1994 Preface and recent developments. En *Conflict in the Archaeology of Living Traditions*, editado por R. Layton, pp. xxv-xxix. Routledge, Londres.
- Londoño, W.  
2000 Reflexiones sobre un trabajo de campo en Novirao. Tesis de Antropología, Universidad del Cauca, inédito, Popayán.  
2002 Arqueología y política cultural en una comunidad Nasa en el suroccidente de Colombia. *Revista de Antropología y Arqueología* 13: 78-99.
- Otero, J.  
1952 *Etnología Caucana*. Universidad del Cauca, Popayán.
- Rappaport, J.  
2000 *La Política de la Memoria. Interpretación Indígena de la Historia en los Andes Colombianos*. Universidad del Cauca, Popayán.
- Rosaldo, R.  
1991 *Cultura y Verdad. Nueva Propuesta de Análisis Social*. Grijalbo, México.
- Spradley, J. P.  
1979 *The Ethnographic Interview*, Holt, Rinehart y Winston, pp. Nueva York.
- Urdaneta, M.  
1987 En busca de las huellas de los antiguos guambianos. Tesis de Antropología, Universidad Nacional, Bogotá.  
1991 Huellas de pishau en el resguardo de Guambia. *Boletín del Museo del Oro* 31: 3-30.
- Vasco, L. G.  
1992 Arqueología e identidad: El caso guambiano. En *América Latina Hoy*, editado por G. Politis, pp. 171-191. Fondo de la Promoción de la Cultura, Bogotá.  
1997 Para los Guambianos la Historia es vida. *Boletín de Antropología de la Universidad de Antioquia* 11(28): 115-127.
- Vico, G.  
1978 [1725] *Principios de una Ciencia Nueva en Torno a la Naturaleza Común de las Naciones*. Fondo de Cultura Económica, México.  
1995 [1744] *Principios de una Ciencia Nueva en Torno a la Naturaleza Común de las Naciones*. Tercera edición. Tecnos, Madrid.

Warren B. K.

- 2001 Los movimientos indígenas como retos al paradigma del movimiento social unificado en Guatemala. En *Política Cultural y Cultura Política*, editado por A. Escobar *et al.*, pp. 201-234. ICANH-Taurus, Bogotá.

White, L.

- 1975 El Concepto de Cultura. En *El Concepto de Cultura. Textos Fundamentales*, editado por J.S. Kahn. p.p. 129-155 Anagrama, Barcelona.

Zambrano, C. V.

- 2000 La inacabada y porfiada construcción del pasado: política, Arqueología y producción de sentido en el Macizo Colombiano. En *Memorias Hegemónicas, Memorias Disidentes. El Pasado Como Política de la Historia*, editado por C. Gnecco y M. Zambrano, pp. 195-228. Instituto Colombiano de Antropología e Historia y Universidad del Cauca, Bogotá.
- 1993 Hombres de Páramo y Montaña. Los Yanaconas del Macizo Colombiano. Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá.



# Las sociedades prehispánicas del Alto Magdalena

Robert D. Drennan et al.  
ICANH, Bogotá, 2001

RESEÑADO POR HÉCTOR LLANOS VARGAS

Universidad Nacional de Colombia

.....

Es importante la publicación de este libro, porque en él su autor presenta por primera vez una visión de conjunto e interpretaciones sobre el proceso de evolución de las sociedades complejas en el Alto Magdalena de Colombia, con base en los resultados obtenidos en una primera etapa con el proyecto arqueológico del valle del río La Plata (1984-1996) y su posterior transformación en el proyecto de arqueología regional del Alto Magdalena (PARAM), con resultados parciales, en tanto todavía está en ejecución el análisis de los materiales obtenidos en terreno, en los municipios de San Agustín e Isnos. Antes conocíamos publicaciones de estudios especializados sobre el medio ambiente, cerámica y algunos artículos en los que se anunciaban posibles interpretaciones.

Una cualidad de este texto, que llama la atención desde el comienzo, es el estilo didáctico, directo y analítico con que está escrito. Su autor se propone presentar una reconstrucción tentativa sobre los patrones de organización social, política, económica y cultural de los habitantes prehispánicos del Alto Magdalena, que ofrece para “que sea elaborada, ampliada, modificada, corregida y/o descartada en el futuro, a medida que lo permita el avance del estudio empírico...”.

Para la investigación arqueológica realizada en Colombia, no hay duda de que este proyecto, como lo expresa este libro, ha significado la aplicación de un enfoque conceptual y metodológico no experimentado con anterioridad. La magnitud del mismo, su carácter interdisciplinario y regional ha tenido una repercusión directa en la formación académica de una nueva generación de arqueólogos, que como estudiantes de pregrado o posgrado se han vinculado a él ya sea a escala de prácticas de terreno y laboratorio, o con la realización de tesis de grado.

Robert D. Drennan, desde el comienzo, aclara que aunque es su visión particular, tiene en cuenta los resultados obtenidos por otros colegas en

proyectos adscritos a su programa de investigación del Alto Magdalena, bajo una misma orientación conceptual, como es de esperarse en estos casos.

El libro, además de una didáctica presentación de la metodología interdisciplinaria y “multiescalar” y conceptos básicos referentes a la evolución de las sociedades complejas, expone en los primeros capítulos el manejo dado a la cerámica, la estatuaria, centros funerarios y la vivienda prehispánica, retomando, de manera general, información de otros proyectos realizados en la región, por otros investigadores con posiciones arqueológicas diferentes.

La cerámica es el elemento de cultura material básico para definir e identificar una periodización no histórica, sino cronológica y sobre todo, para realizar los estudios de “patrones de distribución de la ocupación territorial”, a través del llamado “reconocimiento regional sistemático”, que es considerado “un estudio en sí, y no simplemente un paso preliminar a la excavación”, como se acostumbra en otros proyectos de arqueología.

Es claro que lo fundamental de este programa de investigación está dado, a manera de una infraestructura empírica, por la información obtenida en “el reconocimiento sistemático regional”, que se basa en un manejo estadístico de los materiales culturales en los que tiene preponderancia la cerámica con su ubicación cronológica, que permite llegar a la realización de cálculos cuantitativos demográficos. El libro muestra e interpreta, con la ayuda de gráficas y mapas computarizados, cómo ha sido la evolución demográfica de las diferentes zonas del Alto Magdalena, para cada uno de sus períodos.

Como la demografía no es la única variable social considerada, en el texto también se presenta la utilización de un sistema de información geográfica para el análisis de los estudios medioambientales (productividad agrícola de los suelos, recursos naturales, paleoclimatología) y su correlación con la densidad de ocupación territorial, a fin de interpretar el papel que desempeñaron en el surgimiento y evolución de las sociedades complejas.

Llama la atención que el análisis de las variables demográficas y económicas cuantificadas no sustenta el surgimiento de una jerarquía social y política en el Alto Magdalena, lo que lleva a Drennan a hacerse preguntas y a proponer interpretaciones hipotéticas, entre las que sobresale que la organización social y política “se enfocó fuertemente en algunos personajes individuales, quienes aparentemente eran capaces de ejercer gran poder espiritual, aunque no controlaron aspectos de la economía local ni acumularon mucha riqueza personal”.

No hay duda, como lo anota Drennan y como es de esperarse, de que este libro genere discusión no solo en nuestro país, sino también en el ámbito americano, por la aplicación de su propuesta teórica y metodológica y sobre todo por los resultados que se atreve a presentar. Si leemos el libro en detalle, apreciamos algunos puntos desiguales en los análisis deductivos e inductivos. En algunas oportunidades se desconoce infor-





# Arqueología en el Bajo Magdalena: Un estudio de los primeros agricultores del Caribe colombiano

CARL LANGEBAEK Y ALEJANDRO DEVER  
ICANH-UNIANDÉS, Bogotá, 2000.

RESEÑADO POR  
MIGUEL ÁNGEL MACKENZIE  
Arqueólogo Independiente

FRANZ FLÓREZ  
Instituto Colombiano de Antropología e Historia

.....

Carl Langebaek y Alejandro Dever (2000) presentan los resultados de un estudio realizado para ISA, Interconexión Eléctrica, con motivo de la instalación de torres eléctricas en un trayecto de 40 km entre Sabanalarga y Barranquilla (Atlántico), en 1998. Las evidencias se remontan hasta unos 6.000 años antes del presente (4000 a.C.) y llegan hasta la época de la Conquista española, hace apenas 500 años. En este tipo de narración histórica, producida por la Arqueología, no cuenta tanto el tiempo transcurrido (“5.500 años de historia”) como los problemas de estudio y las variables que los hacen visibles. En este caso, se trata del impacto que tuvo la adopción de la agricultura en el tipo de vida en sociedad que había predominado, aparentemente sin mayores cambios, durante unos 7.000 años, desde la llegada de los primeros pobladores al norte de Sudamérica.

Algunos antropólogos norteamericanos de las décadas de 1940 y 1950 denominaron “etapa Formativa” a la producción estable de alimentos y la sedentarización que, al parecer, posibilitó el surgimiento de la “civilización”, el equivalente de la “revolución neolítica” propuesta para entender la “prehistoria” de Europa y el Cercano Oriente. El Formativo se hacía visible a través de los lugares donde se hallaban vestigios de cerámica, de fauna y de cierto tipo de artefactos de trabajo, con 4 o 5000 años de antigüedad. En la década de 1910 se propuso que en la costa Caribe de Colombia se originaran la cerámica y la vida sedentaria basadas en la agricultura y que de allí se dispersó a otras regiones del norte de Sudamérica y el resto del



sentado que el “sedentarismo” era una ley y no una hipótesis por desarrollar. Y la segunda premisa los hubiera llevado a clasificar la cerámica de cierta manera, puesto que no había que dedicarse tampoco a evaluar el problema de la relación cerámica-alimentación procesada.

Cuestionadas estas premisas, se encuentra entonces no innovador, sino apenas natural que la manera como se trató de buscar la información necesaria para evaluar los planteamientos sobre los primeros agricultores del Caribe colombiano fuera diferente de la de buscar sitios para excavar. Pero, todavía mejor, que se modificó sobre la marcha, dado el tipo de terreno. Los vestigios arqueológicos hallados y analizados provienen del área afectada por la instalación de las torres, conocida técnicamente como “derecho de vía”, es decir, un corredor de 10 metros de ancho por 40 kilómetros de largo entre Sabanalarga y Barranquilla. A esto se sumó un reconocimiento de 5,5 km<sup>2</sup> realizado entre Galapa y Caracolí, al occidente de Barranquilla, lo que dio un total de 9,5 km<sup>2</sup>.

El reconocimiento, desde que fue introducido al país, por Robert Drennan en la década de 1980 consiste en hacer sondeos con pala de 40 x 40 cm de lado x 40 cm de profundidad, además de practicar recolecciones de vestigios en superficie y anotar estos hallazgos (“lotes”) en una fotografía aérea (regularmente de escala 1:10.000). Pero, a diferencia de otros lugares en donde esta estrategia ha resultado productiva en términos del hallazgo de materiales (Valle de La Plata, Isnos, Mesitas, Valle de Fúquene, La Guajira, Santander del Norte), en el Bajo Magdalena los suelos son producto de erosión eólica y gruesos sedimentos de hasta dos metros se acumulan en corto tiempo. Sin embargo, los autores trataron de determinar si había una correlación entre los lugares de hallazgo de la cerámica y los suelos más aptos para la agricultura, además de los cursos de agua. Aquí es preciso tomar en cuenta las limitaciones de las inferencias que se saquen de este tipo de ejercicio, dado que “los suelos más aptos” en cierto momento no necesariamente lo son diacrónicamente.

Los autores plantean que “los resultados obtenidos en el reconocimiento no necesariamente son una muestra adecuada para entender los procesos en un contexto regional más amplio, es decir en el Bajo Magdalena en general” (Langebaek y Dever 2000: 51). Esta afirmación muestra las limitaciones (metodológicas) de un proyecto cuya área de estudio ha sido establecida por un proyecto de ingeniería; pero, desde otra perspectiva, muestra, a nuestro modo de ver, que los autores asumen una metodología “inductivo-espacial”: esperamos que en zonas vecinas al área estudiada se encuentren correlaciones de variables análogas, porque en el área de estudio se encontró que era así. Esta sería una inducción que se justifica con otra inducción a falta de una hipótesis que aspira a convertirse en ley. Tal vez por esta perspectiva metodológica en la sección de antecedentes se advierte que ante la carencia de “estudios regionales que permitan evaluar la validez de la propuesta sobre patrones de asentamiento e intensificación de la agricultura”, se encontró provechoso “complementar esos estudios desde una perspectiva regional” (Langebaek y Dever 2000: 21). Con la “inducción-espacial” se espera entonces prever lo que se ha de encontrar en otras partes. Se requieren entonces más proyectos



que, más que sedentarización, los autores enfatizan el problema de la adopción de la agricultura. La “movilidad” es un problema que aparentemente no motivó mayores discusiones metodológicas o reformas al modelo interpretativo.

El Período II es la matriz central del trabajo. Resulta interesante recordar que el Período II no fue considerado relevante (o previsto) en el proyecto que dio lugar al estudio (Langebaek 1998). Y es a este y, en menor medida, al Período III o Malambo, que corresponden la mayor parte de las evidencias materiales encontradas (cerámica, líticos, restos de fauna). Las evidencias materiales del primer y el último período son mínimas, a pesar de haberse obtenido una datación del siglo XVI d.C. para un nivel de excavación en el sitio Curtiembre con cerámica “post-Malambo” y colonial.

El Período II presenta un aumento demográfico respecto al hipotético Período I. Este es el resultado de comparar la distribución de lotes de ambos períodos, ilustrada cartográficamente. Este aumento coincidiría con el establecimiento de aldeas sedentarias. La demostración de sedentarismo se argumenta con el análisis de tecnología cerámica y el tamaño del sitio La Sierra, además de la densidad de lotes. Para el primer punto los autores aplican los parámetros utilizados por Pratt (1999) sobre la alfarería de San Jacinto y comparan las diferencias observadas en ambos conjuntos cerámicos. Enfatizan el cambio entre el uso de desgrasantes orgánicos hacia los desgrasantes inorgánicos, mayor diámetro en la boca de las vasijas, descenso en la popularidad de los tocomates y la aparición de nuevas formas cerámicas. El resultado de este procedimiento los conduce a establecer la posibilidad de un mayor grado de sedentarismo, énfasis en la cocción directa de alimentos y su almacenamiento.

Sin embargo, los argumentos sobre las implicaciones de la introducción de nuevas formas cerámicas se prestan a debate. Los bordes ilustrados en las Figuras 26 y 27 son similares a los encontrados en otros sitios del Formativo Temprano, excepto por los que aparecen en la última fila de la Figura 27, en cuyo caso desconocemos si provienen del reconocimiento o de la excavación. Además, aparece cerámica del Período III en varios niveles. El mayor tamaño en el orificio de las vasijas puede ser cierto comparado con San Jacinto; pero si comparamos los datos de la Sierra con los disponibles para Monsú habría que decir que este sitio fue ocupado de manera sedentaria, argumento que no parece soportado por las evidencias.

En el texto de Langebaek y Dever se asume que la correlación entre suelos más fértiles y asentamientos humanos es condición suficiente para establecer la importancia de la agricultura para las comunidades del Formativo Temprano. Es decir, aparte de considerar que este mismo correlato se repite en otras partes, los autores no plantean alternativas que permitan contrastar esta hipótesis, aun cuando toda el área de estudio está contemplada dentro de “suelos fértiles”. También indican que el período en cuestión está inscrito dentro de un evento climático húmedo, “el cual ofreció cierto potencial para el desarrollo de la agricultura” (Langebaek y Dever 2000:52), pero la idea merece una mayor elaboración.

Los resultados y discusión referentes a los Períodos III y IV son menos abundantes. Los mapas de ocupación señalan un descenso demográfico a partir del 800 a. C. para el Período III y casi no señalan evidencias para el Período IV. Respecto a la cerámica del Período III, señalan que el grosor de las paredes es consistente también con la idea de un mayor énfasis en la cocción directa de alimentos, pero disminuye el diámetro de la boca, ante lo cual aducen que la muestra no es suficientemente representativa.

### **Adopción de la agricultura**

Los autores abordan la discusión sobre la adopción de la agricultura en el Bajo Magdalena distinguiendo conceptos como domesticación, cultivo y agricultura. El primero hace referencia “a la intervención humana en los ciclos de plantas o animales”; el segundo “al conocimiento de los ciclos de vida de las plantas y a la intervención humana sobre ellos en beneficio de su reproducción en ambientes más o menos controlados” y el último implica “cambios en la forma como una sociedad humana produce... cambio social basado en la decisión u obligación de aumentar la productividad de ciertas plantas y modificar sustancialmente las prácticas de sobrevivencia” (Langebaek y Dever 2000: 22).

Los autores proponen estudiar la adopción de la agricultura de acuerdo con la distribución de asentamientos en los suelos más fértiles, situación que para ellos está apoyada por el registro arqueológico de otras partes. El segundo aspecto es mucho más específico y tiene relación con los cambios en la tecnología cerámica durante el Formativo Temprano. Al adoptarse la agricultura, la frecuencia de tecomates disminuiría, lo que coincidiría con una mayor presencia de vasijas especializadas para almacenamiento o transformación de alimentos cultivados. Adicionalmente, postulan que los procesos crecientes de sedentarización y dependencia en la agricultura estuvieron asociados con la disminución del grosor de las paredes de la cerámica y la utilización de desgrasantes más adecuados.

En el Capítulo IV, “patrones de asentamiento y tecnología cerámica en el desarrollo de la agricultura”, se encuentra la columna vertebral de la discusión. En ese capítulo, los autores no discuten sobre los parecidos entre la cerámica Malambo de La Sierra, el Magdalena Medio y las Tortolitas de Venezuela, trascendental problema para el espíritu tiestológico de marras, sino sobre los argumentos del economista Douglas North, quien a finales de la década de 1970 encabezó la “nueva historia económica”. Aparecen, entonces, las nociones de “costos y beneficios” para discutir la transición de una forma de vida relativamente móvil y predatoria a una dependiente de la agricultura, en la que se producen en forma estable y predecible los bienes básicos para la subsistencia (Langebaek y Dever 2000: 22-23). Langebaek y Dever citan la obra de North, Estructura y Cambio en la historia económica (*Structure and Change in Economic History*, 1981), que trata de aplicar la economía neoclásica a toda la historia universal. Así atribuyen a los antiguos cazadores/recolectores/agricultores del Bajo Magdalena nociones como “producto marginal” y “decrecimiento en el rendimiento” de las actividades de caza y recolección.

North esbozó desde hace tres décadas una historia institucionalista para explicar el crecimiento económico. Desde Adam Smith se asumía que el crecimiento era el resultado de la existencia de un individuo racionalizador que buscaba mejorar su posición en el mercado optando por las decisiones que le produjeran más beneficios. Pero North no sólo vio un problema formal (medios escasos y fines alternativos), sino también uno “institucional”. La cuestión no era solo que un individuo se adaptara a las reglas de juego del mercado, sino que, si esas reglas no son estables (o sea, garantizadas por el Estado), no hay mercado ni crecimiento económico a largo plazo. Es decir, en términos arqueológicos, el problema no era solamente que los antiguos cazadores y recolectores se dieran cuenta de que su estrategia económica daba pocos rendimientos en un momento dado y escogieran incrementar el cultivo de plantas, sino que las instituciones sociales que los regían fueran estables y les permitieran evaluar los costos y beneficios que representaba mantener unos niveles de producción de alimentos acordes con la demanda alimentaria.

El aumento de fragmentos de cerámica en el Período II; la localización de los mismos en relación con los suelos más fértiles; condiciones de humedad más altas que en la actualidad, el cambio tecnológico en la composición, grosor y tamaño de la cerámica, así como en el predominio o no de la decoración, fueron las variables ideadas por Langebaek y Dever para hacer visible la propuesta de North con respecto a la transición hacia la agricultura en el Bajo Magdalena.

Pero las tesis de North no tienen que ver con los primeros agricultores del Bajo Magdalena de hace 4.000 años, sino con la idea de que el crecimiento económico no depende de la abolición de la propiedad de los medios de producción, sino de que se garantice su existencia a través de ordenamientos jurídicos e institucionales. Esta legitimación de la idea de propiedad debe ser puesta en tela de juicio para el caso de grupos “premodernos”, dado que una cosa es pensar en “el crecimiento” basado en la fluidez de capital y, por ende, en los rendimientos financieros, y otra, el “crecimiento” basado en... ¿qué?

Estaríamos, entonces, ante las limitaciones de un enfoque predominantemente materialista de la historia que asume la producción como la instancia que determina la organización social, ya sea que se trate de siervos del feudalismo, obreros de la revolución industrial o recolectores-alfareros del Formativo Temprano. Faltaría profundizar en el texto el estudio de las “instituciones”. No hay, por ejemplo, referencias a alguna noción de “cultura” en el texto. Si se entiende la cultura como el soporte institucional no productivo, como la instancia a donde van a parar o de donde provienen las reglas para el intercambio de bienes, o para la producción y distribución de los mismos, entonces este enfoque falla al tratar de comprender “lo económico” en sociedades donde no hay garantía de que la producción funcionará como instancia determinante de las relaciones sociales “de producción”, pese a lo cual los autores señalan que “el mayor recurso disponible para los miembros de un grupo de cazadores-recolectores es su propio trabajo” (Langebaek y Dever 2000: 22-23). ¿Marx dixit?

## Referencias

Flannery, K. ( Editor)

- 1986 *Guilá Naquitz. Archaic Foraging and Early Agriculture in Oaxaca, Mexico.* Academic Press, Orlando.

Gnecco, C.

- 1995 Movilidad y acceso a recursos de cazadores recolectores prehispánicos: el caso del Valle de Popayán. En *Ámbito y Ocupaciones Tempranas de la América Tropical*, editado por I. Cavelier y S. Mora, pp. 59-71. Erigaie -ICÁN, Bogotá.
- 2000 *Ocupación Temprana de Bosques Tropicales de Montaña.* Universidad del Cauca, Popayán.

Langebaek, C.

- 1998 Propuesta técnica y económica para la fase de rescate y monitoreo arqueológico de la Línea A 220 kV Sabanalarga-Nueva Barranquilla. Manuscrito sin publicar, ISA, Interconexión eléctrica S.A. E.S.P., Universidad de los Andes, Bogotá.

Langebaek, C y A. Dever

- 2000 *Arqueología en el Bajo Magdalena: Un Estudio de los Primeros Agricultores del Caribe Colombiano*, Informes Arqueológicos del Instituto Colombiano de Antropología e Historia, N° 1. ICANH - Universidad de los Andes, Bogotá.

Legros, T.

- 1992 Puerto Chacho et les premiers ceramistes americaines: nouvelles donnees sur le formatif ancien du littoral caraibe de Colombie. Manuscrito sin publicar, Universite de Paris., Paris.

Mora, S.

- 2000 Early inhabitants of the Amazonian tropical rain forest. A study of humans and environmental dynamics., Ph D. Dissertation. Department of Archaeology, University of Calgary, Alberta.

Oyuela, A.

- 1993 Sedentism, food production and pottery origins in the tropics: the case of San Jacinto 1. Tesis de Doctorado. Pittsburgh: University of Pittsburgh. Ms.
- 1996 The study of collector variability in the transition to sedentary food producers in northern Colombia. *Journal of World Prehistory* 10(1): 49-93.

Politis, G.

- 1996 *Nukak.* Sinchi, Bogotá.

Pratt, J. A.

- 1999 Determining the function of one of the new worlds earliest pottery assemblages: the case of San Jacinto, Colombia. *Latin American Antiquity* 10(1): 71-85.

Reichel-Dolmatoff, G.

1971 Early pottery from Colombia. *Archaeology* 24(4): 338-345.



# Arqueología y guerra en el valle de Aburrá: Estudio de cambios sociales en una región del noroccidente de Colombia

Carl Henrik Langebaek, Emilio Piazzini,  
Alejandro Dever e Iván Espinosa.

Ediciones Uniandes, Centro de Estudios Sociales, Departamento  
de Antropología Universidad de los Andes; Strata; IFEA y Fondo  
de Promoción de la Cultura del Banco Popular, Bogotá, 2002.

RESEÑADO POR SOFÍA BOTERO PÁEZ

Universidad de Antioquia

.....

“Los factores subjetivos influyen claramente en la interpretación de los datos arqueológicos a todos los niveles. No son meramente elementos contaminantes que puedan eliminarse mediante el compromiso con un código científico neutral supuestamente moralizador o más específicamente por medio de procedimientos para probar hipótesis, como sugieren los más ardientes positivistas.” (Trigger 1992:375).

Me es difícil pensar en un trabajo y en un texto relacionado con la Arqueología que haya despertado tantas expectativas en la región. La rapidez con que aparece la publicación y la importancia de las instituciones involucradas indicarían que, quizá, el interés no sólo era local. El contexto en el que fue propuesto y las características y calidad del equipo de investigación auguraban el advenimiento no sólo de nuevos datos, sino de nuevas miradas, de una ya tan necesaria síntesis, de una fresca y mesurada evaluación de los resultados de casi diez años de continua investigación, etc.

Sin embargo, ninguna de estas expectativas fue cumplida. ¿Qué ocurrió? En realidad, es difícil saberlo. Aquí sólo intentaré proponer algunos elementos para el análisis, no sólo del texto en referencia, sino de una manera de entender y usar los marcos conceptuales y de hacer arqueología que todavía se encuentra muy en boga en nuestro medio, y que a mi juicio es lo que genera un círculo vicioso de exigencias y problemas muy difíciles de resolver. Comienzo describiendo una situación que aunque pudiera parecer una caricatura, percibo que es así como funciona; de aquí en adelante todos los signos de interrogación se refieren a aspectos que considero poco claros.

## El marco teórico

Explicar el surgimiento de las “sociedades complejas” y los procesos de cambio social son ya viejos problemas planteados por los evolucionistas marxistas, y, a mi juicio, resueltos por ellos hace rato. Aceptar el postulado marxista de que en cada formación social se encuentra el germen del cambio hacia otro tipo de formación social, no plantea problemas demasiado complicados, porque finalmente no hay tantas partes adónde ir: del comunismo primitivo, al esclavismo y del esclavismo al feudalismo, si las cosas van en el orden más conocido y correcto, y si no, del esclavismo al “Estado asiático” y de allí sí, sin más dilaciones, se debe ir al capitalismo.

El “otro” orden posible es el de cazadores-recolectores, precerámicos o paleoindios (¿organizados a partir de gens?) a las fratrías, tribus, jefaturas o comunidades agroalfaceras, para luego sí entrar de lleno a los cacicazgos, estadio de la evolución social en el que sin ninguna duda se encontraba una gran cantidad de sociedades en el momento de la conquista española.

Se trata —con matices más, matices menos— de sociedades, pueblos, tribus o comunidades en las cuales un jefe, un cacique, un líder concentra el poder político (real o imaginario) por diversos mecanismos (matrimonios, fiestas o incluso la fuerza), obtiene excedentes o tributos y crea con ello evidentes relaciones jerárquicas (fundamentadas en el sexo, el parentesco, el trabajo o incluso el mero capricho del “señor” de turno), las cuales desembocan necesariamente en desigualdades.

Dado que el poder es algo así como una fuerza a la que no se puede renunciar o controlar, cada vez es mayor la concentración de poder. Por razones de mayor productividad, o debido a ciertos adelantos tecnológicos, esta concentración de excedentes y estas relaciones también generan altas densidades de población, las cuales a la larga hacen surgir graves conflictos y tensiones sociales que llegan a alcanzar el estado de guerras, que —al menos teóricamente— desembocarían en una nueva formación social o al menos en un nuevo estado de cosas (¿más equitativo?, ¿igualitario?).

Para las sociedades americanas descritas en el siglo XVI no se sabrá, ya que se extinguieron o fueron arrastradas por el naciente modo de producción capitalista. Pero lo importante es que en el valle de Aburrá, en Antioquia, naturalmente, las cosas no podían ser distintas. Los datos “muestran” no solo la existencia de un precerámico. Se ha encontrado, además, polen y fitolitos de maíz que, asociados a una cerámica color marrón y con finas incisiones, nos hablan de un desarrollo posterior más o menos importante asociado a la existencia de cacicazgos. Además, las crónicas de conquista hablan de guerra.

Como un argumento de fuerza incontrovertible, alguien en Estados Unidos, siguiendo el mismo marco conceptual, no duda de la existencia de estas guerras y afirma (¿o postula como hipótesis?) que en medio de estas difíciles montañas, la guerra se generó debido a una feroz competencia por los pocos suelos fértiles existentes. Lógico, ¿o no? ¿Qué más queda por saber una vez aceptado (sabido) esto? Evidentemente no mucho, así que el



producidos luego de la entrada española. Se afirma además que el crecimiento demográfico y el surgimiento de sociedades complejas en la región coincide con el interés por asentarse cerca a minas de oro y sal y se relaciona con el período denominado Pueblo Viejo. Es importante anotar que los autores, en contravía al modelo propuesto, no encontraron evidencias de guerra y más bien concluyen que el interés por asentarse en las zonas de tierras más fértiles no estaría asociado a grandes densidades de población ni a competencia por estos suelos; durante el período temprano se habría hecho una utilización más intensiva de ellos, en tanto que en el tardío se ocuparon todos los suelos, tanto los más fértiles como los menos fértiles.

### Las preguntas que quedan

Sobre los supuestos: ¿cuáles son los datos que permiten aceptar un marco conceptual como el planteado, en general, para todas las sociedades y en particular para este valle? ¿Por qué no se consideraron las críticas (Jaramillo 1995) que se han planteado tanto al modelo general como al particular propuesto para Antioquia? Siendo la guerra o “la amenaza de ella” un aspecto tan difícil de identificar”, ¿por qué comenzar por ahí? ¿Qué tipo de sociedad se estaba buscando? ¿Pequeña? ¿Grande? ¿Fragmentada? ¿En relación con otras o aislada? ¿Existió la misma todo el tiempo? ¿Unos llegaron? ¿Otros se fueron? ¿Se establecieron los dos? ¿El poblamiento del valle tuvo alguna dirección? ¿Cuáles son las características de unos suelos fértiles? ¿Estas gentes harían o no harían manejo del suelo?

Sobre la metodología: ¿cuál fue el concepto de “sitio” utilizado en un “sitio” tan altamente urbanizado como el valle de Aburrá? ¿Cómo se midió la representatividad y qué efectos tuvo sobre el muestreo? Teniendo en cuenta la alta proporción de suelos en pendiente que forman el valle, ¿cómo se evaluó y controló el efecto de la erosión sobre la existencia o ausencia de materiales arqueológicos en esas zonas? Se sabe de la existencia de zonas inundables en el valle, ¿cuál era su proporción en el contexto total del valle? ¿Y lo eran permanente o solo estacionariamente? Si estamos hablando de sociedades que vivían de la agricultura, ¿cuáles serían los lugares más adecuados para construir aldeas? ¿Cuál es el patrón de asentamiento que se está presumiendo? ¿En el contexto biótico y geográfico del valle sólo existieron el oro y la sal como recursos de interés? ¿Cuáles son los argumentos que permiten seguir pensando que la cerámica sí es un indicador de procesos sociales como los que se están buscando?

Sobre los resultados: ¿habría que insistir y continuar buscando vestigios de la guerra o “la amenaza de ella”? ¿Distinta cerámica implica distinta gente? ¿Distinto modo de producción?, ¿Modas?, ¿Intercambios?

Finalmente, la utilización circular de la información y una ausencia de crítica a las fuentes –solo aplicada al momento de revisar las fechas obtenidas en anteriores investigaciones, con el único criterio de establecer su “directa” relación con la cerámica– no permiten pensar en el texto como un balance útil a la hora de plantear nuevas preguntas e investigaciones.





# Catálogo de cerámica colonial y republicana de la Nueva Granada: Producción local y materiales foráneos (Costa Caribe, Altiplano Cundiboyacense –Colombia–)

Monika Therrien, Elena Uprimny, Jimena Lobo Guerrero, María Fernanda Salamanca, Felipe Gaitán, Marta Fandiño.  
FIAN, Bogotá, 2002

RESEÑADO POR SONIA ARCHILA

Universidad de los Andes

.....

Esta publicación constituye una fuente obligada de consulta para aquellos investigadores interesados en la historia de las sociedades habitantes de la costa Caribe y altiplano cundiboyacense en Colombia, durante los períodos colonial y republicano.

El catálogo incluye información obtenida durante más de diez años de trabajo de los autores. Por su alta calidad y características, es un material estimulante para profesionales y estudiantes. De la misma manera, es un trabajo importante para los arqueólogos e historiadores de otras regiones del norte de Suramérica y el Caribe.

El catálogo de cerámica se refiere a la producción local y consumo de este material en la Nueva Granada. Incluye información sobre las características morfológicas, de estilo, tecnología del material producido localmente e importado, así como información sobre los grupos sociales que fabricaron y usaron la cerámica. Se consideran dos regiones: la Costa Caribe (Cartagena y Mompo) y el Altiplano Cundiboyacense (Bogotá, Samacá y Villa de Leiva). Es en estas áreas, donde hasta el momento los autores han recuperado y analizado información arqueológica e histórica. El catálogo está bellamente ilustrado, se usan láminas con reproducciones de pinturas de la época para mostrar objetos cerámicos completos.

Los autores están interesados en el estudio de la cultura material desde una perspectiva que sobrepasa el puro nivel clasificatorio. El catálogo enmarca

la producción de cerámica en el contexto de los distintos procesos sociales y culturales ocurridos en las regiones estudiadas. También tiene en cuenta esa producción con respecto a la consolidación de esos grupos humanos y de centros urbanos. Es importante recalcar que este es uno de los pocos trabajos de arqueología colombiana que involucra el estudio de materiales culturales provenientes de contextos urbanos y, por lo tanto, se convierte en una importante herramienta de consulta para especialistas en otros países de América.

En el trabajo se aborda el significado de los objetos para los grupos humanos que los produjeron y usaron. Así, uno de los objetivos principales es considerar aspectos de la cultura material que no solo tienen que ver con su producción y tecnología de manufactura, sino con los aspectos sociales relacionados con el consumo de esa cultura material y con las relaciones sociales que se manifiestan a través de la misma.

El catálogo no sólo es una herramienta útil para arqueólogos interesados en períodos anteriores y posteriores al contacto europeo, sino que también es una fuente de consulta útil para los investigadores dedicados a la restauración de bienes inmuebles y muebles, puesto que aborda el análisis de materiales de construcción. Por otra parte, es un trabajo interesante para las labores de curaduría de museos, pues describe en detalle aspectos sobre el consumo y uso de cerámica durante los períodos colonial y republicano. Estos aspectos son interesantes porque se constituyen en información plausible de ser usada en guiones de exposiciones temáticas o permanentes en los museos. En este contexto, es importante notar el valor de la información sobre el consumo de cultura material relacionada con actividades cotidianas y no solo con actividades rituales, excepcionales o practicadas por élites y para ellas.

Los autores llaman la atención sobre hechos muy relevantes. Por ejemplo, mencionan que el discurso antropológico sobre los grupos indígenas como prístinos, originales e iguales ha cambiado, pero no esas mismas concepciones sobre los artefactos de la producción artesanal, los cuales siguen considerándose como objetos estáticos en el tiempo. Algo interesante del catálogo es que resalta la importancia de dejar de considerar como “moderno” a toda la cerámica producida después del siglo XVI, hallada en sitios arqueológicos. Esta catalogación contribuye a ocultar diferencias étnicas, sociales, temporales y espaciales.

Además, los investigadores hacen una invitación a los lectores para que se emprendan estudios interdisciplinarios sobre cultura material, desde la Historia, la Antropología y la Arqueología, para llenar vacíos de conocimiento sobre las trayectorias de la producción artesanal y consumo de cerámica.

Desde el punto de vista conceptual, se deben resaltar las definiciones de los términos tradición, estilo y tipo. La tradición comprende “las posibilidades cosmológicas e ideológicas que ofrecen unas maneras de entender y conocer el entorno, a las que los individuos acuden para dar respuesta a las situaciones que enfrentan”; los estilos formales son respuestas de “carácter ideológico” dadas en un momento y lugar particular a las cir-

cunstances por medio de las que se establecen relaciones sociales. Finalmente, los tipos cerámicos son respuestas de carácter tecnológico a las tensiones derivadas de las interrelaciones sociales (p. 37).

En el trabajo se definen cuatro tradiciones: indígena, europea, mestiza y criolla. La primera comprende las prácticas cotidianas que permitían la producción de cerámica para satisfacer necesidades de alimentación, almacenamiento, transporte de productos, así como las prácticas que llevaban a producir artículos suntuarios.

Los autores opinan que el estilo incluye dos dimensiones: las formas y los motivos decorativos. Las dos dimensiones forman parte de la tradición e implican que existe un conocimiento creado, mantenido o asimilado por los artesanos para elaborar y adornar objetos. Por su parte, el estilo es un medio de comunicación por medio del cual los grupos humanos definen relaciones y asociaciones.

Los tipos se refieren a las características tecnológicas de la cerámica; por ejemplo: métodos de manufactura, acabados de superficie y materia prima. Las formas y decoración son parte del estilo y pueden caer en desuso, marginarse o cambiar rápidamente, mientras que la tecnología puede mantenerse igual por largo tiempo, como de hecho ocurrió en la Nueva Granada.

Para la Costa Caribe se definen tres estilos: Crespo Contacto, que comprende tres tipos; Crespo colonial y Cartagena Criollo Colonial, también con tres tipos. Para el Altiplano se definieron los estilos Altiplano Contacto con tres tipos (Guatavita Desgrasante Tiesto, Desgrasante Gris y Naranja Fino); estilo Altiplano Doméstico, que incluye cuatro tipos; estilo Colonial Fino, que comprende tres tipos; el estilo vidriado contacto comprende dos tipos; el estilo Vidriado Colonial, con un tipo, y el estilo vidriado republicano con tres tipos. Por último, dentro del material del Altiplano se incluye la loza industrial que se produjo en una fábrica de Bogotá.

En el caso del Altiplano, los autores llaman la atención sobre un problema que ocurre con las tipologías, cuando se separan los tipos indígenas de los coloniales y no se sabe con exactitud si los primeros continuaron produciéndose algún tiempo después del contacto. Es entonces importante recordar que el conocimiento detallado de los materiales poscontacto es una garantía para evitar inconvenientes con la interpretación de la cerámica.

La sección sobre material foráneo define los estilos cerámicos Barro Temprano, Vidriado-Contacto y Colonial Temprano, Vidriado-Colonial Tardío Preindustrial, mayólica Hispana, Hispano-morisco, Italo-Hispano, Triana Colonial Tardío Preindustrial, Faience Hispano, Mayólica Italiana, Mayólica Europea y Pedernal. Cada estilo comprende una variedad de diferentes tipos.

En el capítulo sobre estilos de vida, los autores analizan los mecanismos de distinción social, su transformación o persistencia en el tiempo para las dos regiones estu-

diadas. Esos estilos de vida los relacionan con sus manifestaciones materiales, es decir, con los objetos culturales recuperados en las excavaciones arqueológicas. Así notan cómo en la costa Caribe y en el resto de territorio de la Nueva Granada prevalecieron prácticas cotidianas nativas durante los primeros años del período de contacto. Los autores realizan una síntesis de la historia de los elementos que hacían parte de la vida indígena y de los productos alimenticios tanto de origen animal como vegetal, para analizar los estilos de vida.

En la parte final del catálogo se incluye un glosario muy útil para los investigadores interesados en el tema. También al final existe una descripción de las características tecnológicas y de las formas de cada uno de los tipos cerámicos definidos para las dos regiones de estudio que incluye dibujos de los fragmentos cerámicos encontrados. Todo este material, cuidadosamente organizado, hace del catálogo una herramienta de trabajo imprescindible para los estudiosos de los períodos de contacto, colonial y republicano del país.

# Sociedad Colombiana de Arqueología

## Acerca de la SCA

La Sociedad Colombiana de Arqueología (*SCA*) fue fundada el 7 de diciembre de 1997 en el marco de la celebración del VIII Congreso Nacional de Antropología en Colombia, realizado en la Universidad Nacional en su sede central de la ciudad de Bogotá.

Dicha institución se creó con el objetivo de establecer un foro para la comunicación entre los arqueólogos y antropólogos colombianos y del Área Intermedia y para la divulgación de las actividades científicas relacionadas con la investigación, la docencia y la extensión de la Arqueología y la Historia Prehispánica de esta importante región de América. La *SCA* promueve dichas actividades por medio de la revista Arqueología del Área Intermedia y el Boletín Virtual *SCAnet*. Igualmente, organizando, promoviendo y apoyando diversas actividades relacionadas con la práctica y la divulgación del quehacer arqueológico (congresos, seminarios, conferencias, talleres, simposios, charlas, exposiciones, etc.). Sus miembros trabajan en diversas organizaciones de tipo académico, gubernamental, ONG y firmas privadas. La *SCA* representa una de las organizaciones latinoamericanas interesadas en el estudio, rescate y conservación del patrimonio arqueológico e histórico de los colombianos, con base en la implementación de metodologías modernas de investigación.

La junta directiva de la *Sociedad Colombiana de Arqueología* está compuesta por los siguientes miembros:

© Sociedad Colombiana de Arqueología

**Luis Gonzalo Jaramillo**, Presidente

**Carlo Emilio Piazzini**, Vicepresidente

**Carlos Armando Rodríguez**, Secretario

**Martha Cano**, Vocal

**Cesar Velandia**, Tesorero

Departamento de Antropología y Sociología Universidad de Caldas, Manizales

Correo electrónico: [jaramillo\\_gonzalo@hotmail.com](mailto:jaramillo_gonzalo@hotmail.com)

**Cristóbal Gnecco V.**, Vocal. Antropología, Universidad del Cauca. Popayán, Colombia.

Favor solicitar un formato de membresía a la SCA. Los costos por membresía son: Estudiantes (con carné vigente) \$40.000; Profesionales \$80.000; Instituciones \$160.000. Fuera de Colombia, pago en dólares: Para Estados Unidos, Canadá, Europa US \$40 y para el resto de países US \$25; Instituciones US \$80. Favor remitir copia del recibo de pago.

# Adpostal



*Llegamos a todo el mundo*

**CAMBIAMOS PARA SERVIRLE MEJOR  
A COLOMBIA Y AL MUNDO**

**ESTOS SON NUESTROS SERVICIOS**

VENTA DE PRODUCTOS POR CORREO  
SERVICIO DE CORREO NORMAL  
CORREO INTERNACIONAL  
CORREO PROMOCIONAL  
CORREO CERTIFICADO  
RESPUESTA PAGADA  
POST EXPRESS  
ENCOMIENDAS  
FILATELIA  
CORRA  
FAX

**LE ATENDEMOS EN LOS TELEFONOS**

243 8852 • 341 0304 • 341 5534

9800 1550

FAX 283 3345

### INFORMACIÓN PARA AUTORES

La revista ARQUEOLOGÍA DEL ÁREA INTERMEDIA, publicación del Instituto Colombiano de Antropología e Historia y de la Sociedad Colombiana de Arqueología, es una revista internacional arbitrada por pares académicos que se publica anualmente. La revista publica artículos de arqueología y disciplinas afines que discutan temas cuyo *locus* geográfico sea el Área Intermedia de América, es decir, la zona localizada entre Mesoamérica y los Andes Centrales.

La revista publica tres tipos de trabajos: artículos, informes y reseñas. Los artículos deben realizar contribuciones teóricas o metodológicas y no pueden exceder de 40 páginas tamaño carta a doble espacio; los informes deben presentar resultados de investigaciones concretas que supongan una contribución disciplinaria y no pueden exceder de 30 páginas tamaño carta a doble espacio; las reseñas no pueden exceder de 3 páginas tamaño carta a doble espacio.

### NORMAS PARA LA PRESENTACIÓN DE ARTÍCULOS

1. Los artículos que presentan investigaciones basadas en colecciones de restos arqueológicos producidos por saqueos de tumbas o por excavaciones no autorizadas de sitios arqueológicos no deben presentarse a esta revista.
2. Las contribuciones deben ser enviadas directamente a los editores en dos copias impresas en papel y una copia en archivo en disquete o por correo electrónico en formato Word 6.0 o compatible.
3. El autor debe enviar con el artículo un resumen (en español) y un *abstract* (en inglés), cada uno de entre 80 y 120 palabras, así como también una traducción al inglés del título del artículo.

4. Los autores deben enviar también información sobre vinculación actual, dirección de correo, dirección electrónica, teléfonos y fax.
5. La revista usa citaciones en el texto; para un solo autor (Pérez 1998:40); para dos autores (Pérez y Ramírez 1998); para más de dos autores (Pérez *et al.* 1998). Las formas de citar las referencias en la bibliografía son las siguientes:

Libro:

Pérez, J.

1998 *Arqueología y Tolerancia*. Nuevo Milenio, Bogotá.

Artículo en revista:

Pérez, J.

1998 Arqueología y tolerancia. *Arqueología del Área Intermedia* 2:14-37.

Artículo en libro:

Pérez, J.

1998 Arqueología y tolerancia. En *Política de la Arqueología*, editado por P. Romero, pp. 198-234. Nuevo Milenio, Bogotá.

6. Las ilustraciones originales deberán estar marcadas en la parte de atrás con el apellido del autor y el número que las identifica en el texto. Todas las ilustraciones deben estar numeradas bajo una sola serie consecutiva de "Figuras". Las gráficas en formato electrónico deberán estar en formatos compatibles con el procesador de palabras Word 6.
7. Las tablas y leyendas de las ilustraciones deberán ir en páginas separadas al final del texto e insertas al final de los archivos electrónicos.

Cualquier inquietud adicional será atendida por los editores en las siguientes direcciones:

Víctor González Fernández  
Instituto Colombiano de Antropología e Historia  
Calle 12 No. 2-41 / A.A. 407  
Bogotá, D.C. Colombia  
vgonzalez@mincultura.gov.co  
Tel.: 57-1-5619896 (109)  
Fax: 57-1-2811051 (144)

Cristóbal Gnecco Valencia  
Departamento de Antropología  
Universidad del Cauca  
Popayán, Colombia  
cgnecco@unicauca.edu.co  
Tel.: 57-28-209800  
Fax: 57-28-209860

